

of
JULIO CABALLERO

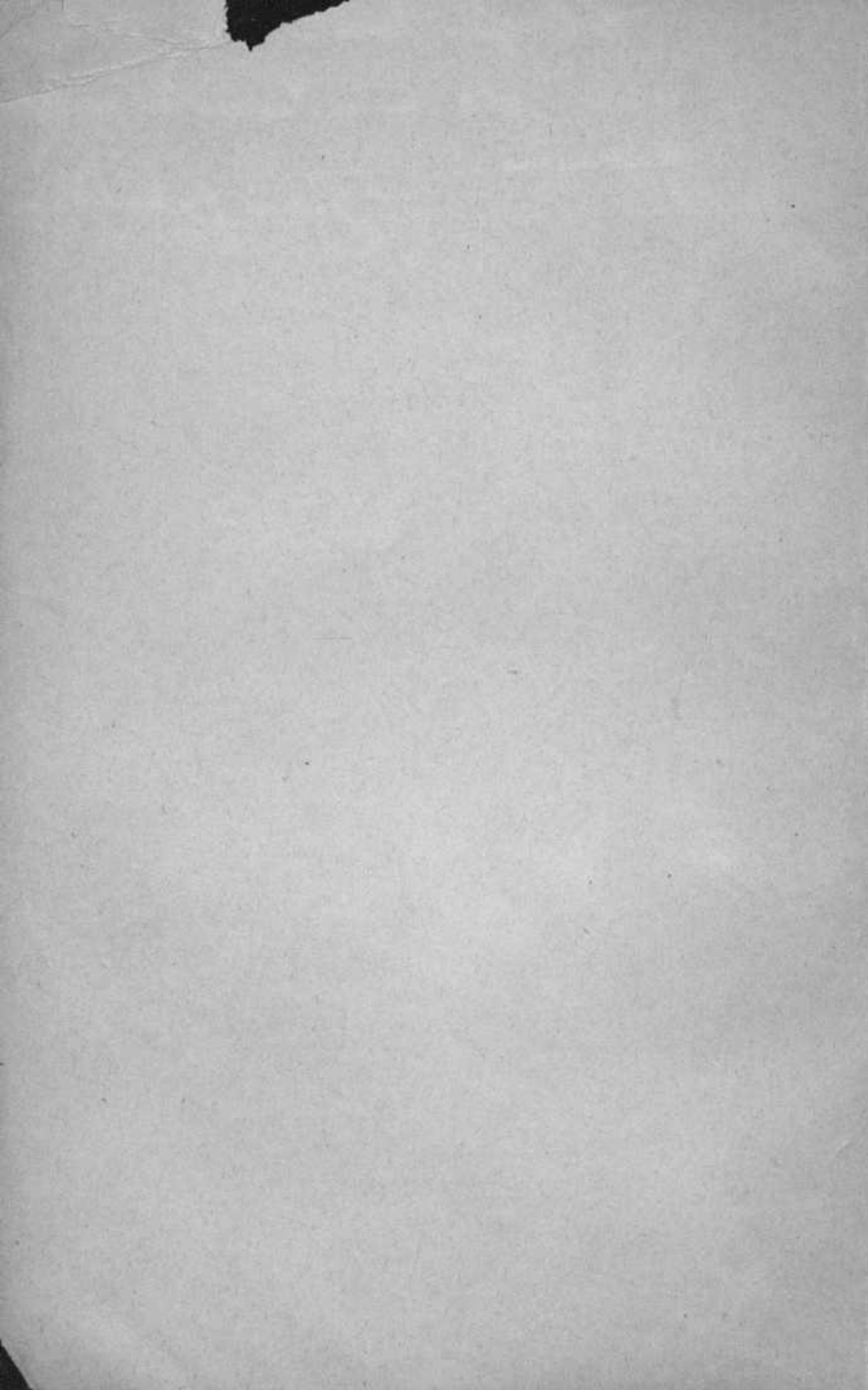
AL AMOR
DE LA LUMBRE

CUENTOS



VALLADOLID
IMPRESA DEL COLEGIO SANTIAGO

1915



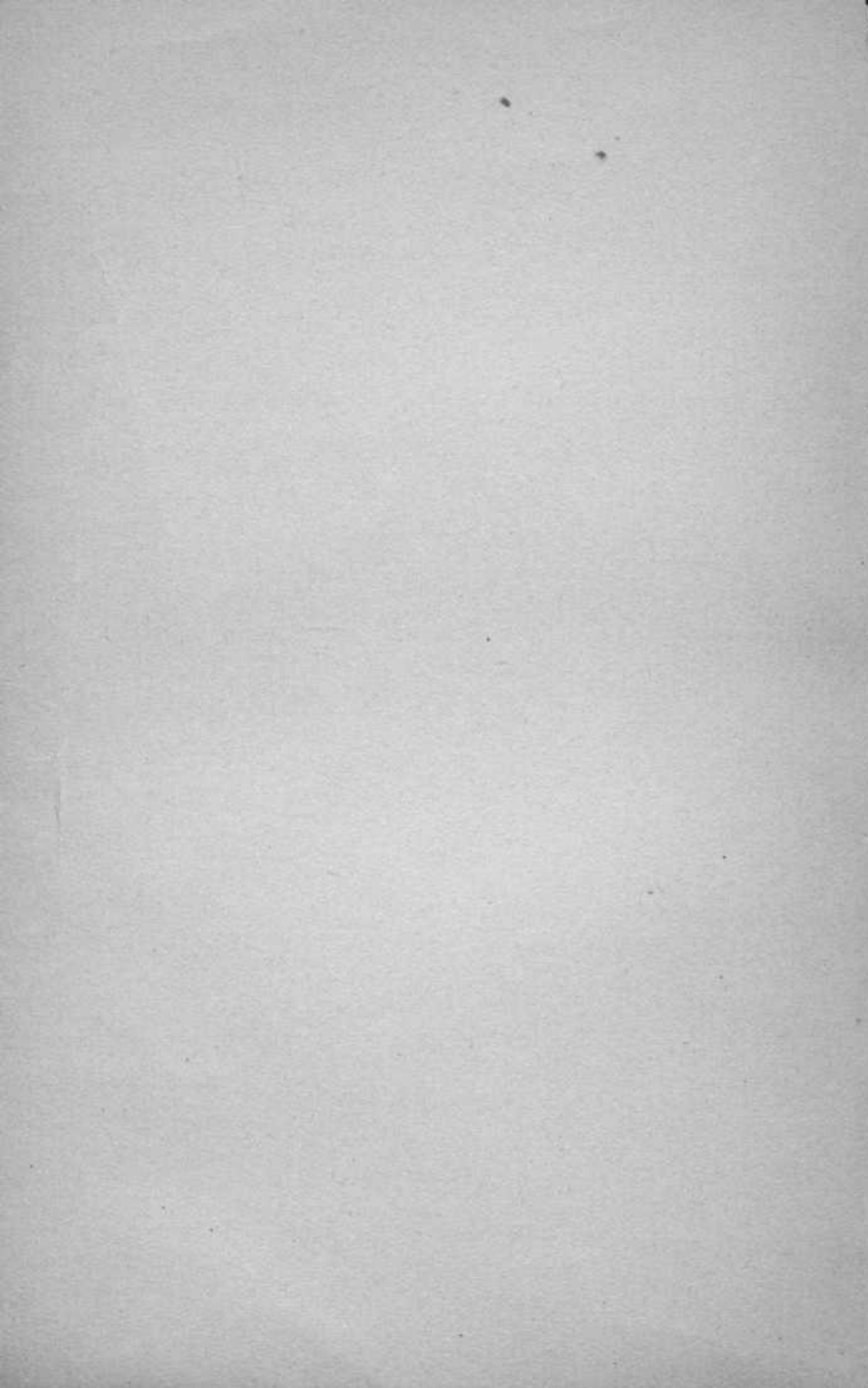
Al Sr. Director de "El Por-
venir" de su entusiasta colabora-
cionista....

Julio Caballero

DG
COM

AL AMOR DE LA LUMBRE

t. 1381968
C.



JULIO CABALLERO

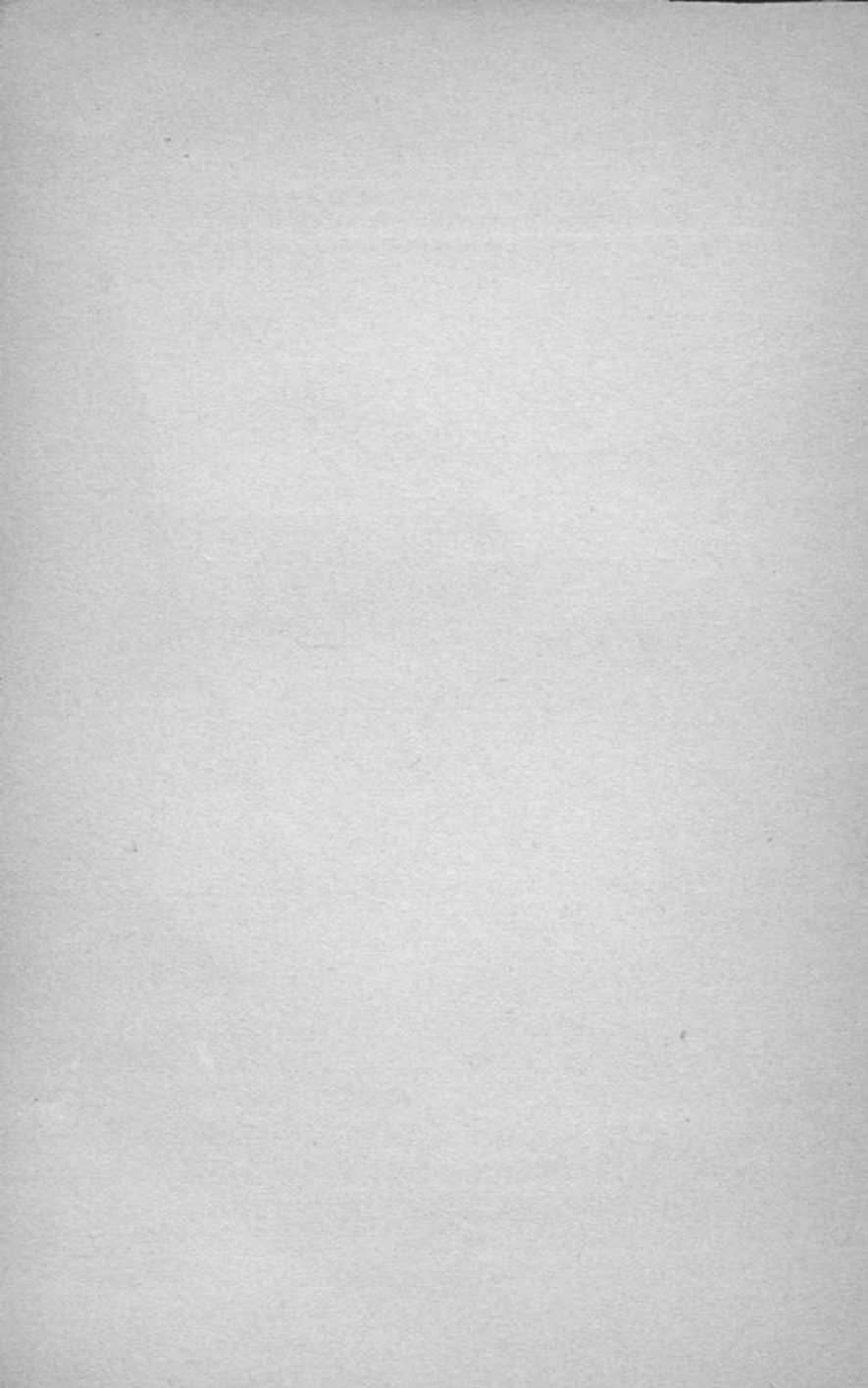
AL AMOR
DE LA LUMBRE

CUENTOS



VALLADOLID
IMPRESA DEL COLEGIO SANTIAGO

1915



A mis padres.

*Testimoniándoles mi más
acendrado cariño filial.*

Julio.

AL LECTOR

Fiado en tu benevolencia, doy á la publicidad este libro de cuentos, fruto imperfecto de mi pobre y desmedrado ingenio, sin que ningún escritor consagrado haga mi presentación en *comodísimo* prólogo, como en tales casos suele hacerse, pues estimo que,—y permítaseme la vulgaridad—el autor novel que requiere la egida de una firma renombrada, parodia en cierto modo á esos enamorados tímidos que, no atreviéndose por sí mismos á expresar su amor á la mujer de sus ensueños, válense de un tercero que posee la benévola confianza de tal mujer, á la que transmiten el ruego erótico de su tímido pretendiente.

Peró yo no soy tímido hasta el punto de recelar ponerme en contacto contigo, lector benévolo; ni tú eres tan despiadado que me induzcas á temer de tí el desaire siempre doloroso de unas calabazas...

Por lo tanto, me presento solo; con la animosa seguridad de quien sabe ha realizado una obra que, si bien carece de condiciones para reputarla provechosa ni de interés para nadie, en cambio tiene la persuasión de que tampoco es lesiva;

pudiéndola, pues, leer, ¡oh lector! sin menoscabo de tu dignidad, y dulce satisfacción de mi alma si la tuya lograra deleitarse con tal lectura.

Temo que mis cuentos no atesoren todas las cualidades inherentes á este género de producción; pero si así fuese, lector amado, ruégote seas indulgente con quien te ofrece en ellos las primicias de su pluma; y que al escribirlos, más fué impelido por el acicate de su imaginación soñadora, que por necia vanidad de creerse poseído del don privilegiado de escritor cuentista.

Perdón, pues, y ten paciencia, lector; que no poca se precisa para leer los quince cuentos que en este volúmen te ofrezco; y que si tú al conocerles estimáreles sosos y desmedrados, yo en cambio... ¿qué quieres? No en vano soy el legítimo autor de su existencia.

Indulgencia, pues, para los hijos de mi tosco entendimiento.

JULIO CABALLERO.

AL AMOR DE LA LUMBRE

PREFACIO

LEGÓ la noche. Una noche fría, crudísima. El cierzo helado del Norte mugía iracundo al sacudir las vetustas ventanas y cerrados portones de los viejos casularios de un pequeño y arcaico pueblo, cuyo reducido vecindario no osaba en noche tan pésima transitar por sus callejuelas estrechas y embarrancadas.

Sólo á intervalos, percibíase cruzar rápido, el debil reflejo de algún farolillo alumbrando los pasos de los que, caminando ligeros, habían dejado el calor de su hogar para ir en busca de la tertulia con la que pasaban la invernál noche; tertulia necesaria y justísima en estos pueblos en que, sin luz, sin cafés, comercios, ni talleres y demás elementos de vida activa que existen en las poblaciones de numeroso vecindario, el día termina á las cuatro y media de la tarde, y no principia hasta las siete del siguiente. Me refiero á la estación invernál: desde mitad de Noviembre, hasta mediados de Febrero.

En casa de la señora Basilia, honesta y labo-

riosa viuda que sobrellevaba la vida auxiliada por una humilde tiendecita de ultramarinos y géneros de pañería, comercio heterogéneo que abastecía de lo principal y más necesario á sus forzosamente probos y ahorrativos consumidores, era donde se reunía más numerosa y animada tertulia; ora fuese por hacer compañía á su triste estado de viudez, ora por endosarla los que á su casa asistían, los cuatro ó cinco céntimos que en aceite el clásico velón consumía.

Las ocho de la noche marcaba ya la acerada manilla de un grave y vetusto reloj de péndola. Los tertulios de la señora Basilia, reunidos ya en una amplia estancia, caldeada por las emanaciones calóricas de un enorme brasero de bronce, esperaban á que D. Lino, el viejo capitán retirado, llegase para contar aquellos cuentos que él con tanto donaire sabía referir.

Para su costumbre, ya tardaba. Era el más puntual de todos; el primero en llegar á la tertulia, en la que ocupaba invariablemente y cerca del brasero, un asiento reservado como todos decían,—para cuando llegue D. Lino,—como sitio de honor ganado en virtud de servicios beneméritos contando cuentos y narrando historias, que los contertulios agradecían pagándolo con muestras de respeto y atenciones de consideración.

—Es extraño que D. Lino tarde tanto; siempre es el primero en llegar...—decía una vieje-

cilla dejando en su negra falda la gruesa media de lana que tejía con monótono movimiento de sus dedos flacuchos.

—¡Si estará enfermo!—arguyó una jovencita que hacía puntilla, mirando de soslayo á un mocetón que forraba una pelota.

—¡Quiá!—replicó un labriego que cosía una collera—le he visto esta tarde de paseo, conque no estará enfermo.

—Con seguridad,—añadió otro contertulio bostezando ruidosamente y estirando los brazos en espurreo agradable,—que D. Lino no viene esta noche por el frío que hace.

—¡Buen caso hace D. Lino del frío!—rectificó una matrona gruesa y frescachona, retorciendo con sus manos una pieza de ropa blanca que almidonaba.—Ya veréis cómo viene, ya.

La puerta de la calle chirrió. En la tertulia prodújose un movimiento de espectación.

Todos exclamaron:—¡Ahí está!

Efectivamente, D. Lino, envuelto en un grueso capote y calado el sombrero hasta las cejas, penetró con pausada gravedad en la estancia.

—Buenas noches, señoras y señores:—dijo desembozándose, y saludando á la tertulia con una sonrisa de bondad.

—Buenas noches, D. Lino,—contestaron á una voz los contertulios, y con esa inflexión cariñosa con que se saluda la llegada de una persona á quien se aprecia.

D. Lino ocupó su asiento. Puso ambas puntas de su capote sobre las rodillas, y después de avivar la lumbre con las tenazas, frotóse satisfecho las manos arrojando una mirada cariñosa á sus contertulios.

Era D. Lino de regular estatura, y de compleción fuerte y sanguínea. Podría frisar entre los cuarenta y ocho á cincuenta años. Había hecho numerosas campañas, de las cuales conservaba una cicatriz en la mejilla derecha, como imperecedero atributo de su valor y bizarría. Era soltero, y no se casó porque según él decía, no le había dado la real gana; pues mujeres hubiera hallado él, que muy complacidas le hubiesen acompañado al Gólgota ayudándole á llevar la pesada «cruz matrimonial...»

Y ante este chiste de tan poquísima gracia, pero que ponía de manifiesto el temperamento alegre del capitán, sus coaldeanos reían en carcajadas ruidosas celebrándole con regocijo.

D. Lino era el único tertulio de la señora Basilia, que acudía al domicilio de ésta sin que le guiase el tacaño objetivo de ahorrarse en su casa los cinco céntimos de luz diarios.

Pero las malas lenguas, que nunca están ociosas—y menos en aldeas y villorrios,—ya dieron en decir que, si el capitán iba á velar á casa de la señora Basilia la *tendera*, amén de alguna que otra visita diurna que la hacía bajo pretexto de cascar una perruca de cacahuets, era por... «¡Pero

qué gente más burlesca hay en los pueblos!» Porque á D. Lino no era grano de anís la señora Basilia, ni á ésta saco de paja el señor capitán...

Y coreando estos susurros de aldea, ya decía el barbero del pueblo, que era un parlanchín insuperable:—D. Lino no va á tertuliar á casa de la señora Basilia, por ahorrarse en su casa el aceite del velón. Pero sí va por ver si puede chuparse el aceite y petróleo que en la tienda tiene la señora Basilia...

Que D. Lino fuese á velar con uno ú otro fin, y aun cuando fuese con los dos, creo no ha de importarnos á nosotros; pues, si nada tenemos con la señora Basilia, menos aún con el bizarro señor capitán...

Cuando éste hubo trocado el frío intenso que yertaba sus miembros, en un agradable calorcillo al amor de la lumbre, sacó de su petaca un pitillo de á cincuenta, y luego de haber ofrecido de fumar á todos los que de ello gustaban y podían hacerlo, comenzó la tertulia con sus preguntas favoritas á los trabajadores que allí se encontraban:

«Dónde habían estado, qué habían hecho, si pasaron frío»...

Luego la conversación se generalizaba animándose gradualmente.

Y por último, como sucedía invariablemente, entusiasmados los contertulios con la charla amena y chistosa del capitán, concluían por rogarle que contase «aquellos cuentos que sabía».

D. Lino siempre se negaba en un principio; pero al fin, animado por las insistentes súplicas de sus contertulios, acababa por brindarse á ello endilgándoles tantos cuentos como largos eran, y según la resistencia física de los oyentes á luchar con el testarudo Morfeo.

Unas noches le oían hasta las diez, otras hasta las doce, y no faltó víspera de fiesta que llegaban á la una de la madrugada.

Hoy sería uno de ellos. Era sábado, y...—decía con gozo un mozalbete que trabajaba en el monte:—mañana no se trabaja, es domingo.

Ante tan magno anuncio la alegría crecía. Los hombres fumaban más y las mujeres cosían menos. El agua del botijón común mermábase notablemente, y el aceite del velón consumíase hasta la última gota, quedando solamente la torcida, seca y deshilachada, que al atizarla con las tijeras la dueña de la casa, parecía protestar con rabiosos chisporroteos.

D. Lino volvió á encender el segundo cigarrillo. Bebió agua, atizó la lumbre, tosió, y al fin comenzó ante la atención general:—Pues señor... —principio de todo cuento.

AMOR FILIAL

LA noche era obscurísima, pero tibia y serena con suave brisa que prestaba sus gratos efluvios á los anhelantes pechos atrofiados por el excesivo calor diurno.

Serían aproximadamente las diez. En el pueblo, un pueblo pequeño con toscas casas de adobe y calles sucias y tortuosas, no se advertía el más leve é insignificante ruido. Todos dormían, ó á lo menos así lo demostraban.

Sin embargo, un destello de luz escapábase por el resquicio de un ancho ventanón de la planta baja de una casa de piedra y ladrillo; la mejor casa del pueblo, el más vistoso ornamento arquitectónico que orlaba el grupo de sus edificios amontonados.

Era la vivienda del señor Tomé, el labriego más adinerado del pueblo; propietario de dos yuntas, un crecido número de excelentes viñas, y según fama entre sus convecinos, poseedor del envidiable *gato* relleno de buenas onzas que he-

redara de su abuelo, y al que la tacañería roñosa de su actual propietario hacía esperar una reclusión indefinida en la inflada cavidad de aquella piel gatuna.

La luz que desde la obscura calle se advertía, alumbraba una habitación rectangular amueblada decorosamente á uso de las casas bien acomodadas de los pueblos: reloj de pared con péndola, una máquina de coser «Singer», mesa redonda vestida con amplia cubierta de yute, media docena de sillas de paja, dos sofás, un aparador para loza, y pendiendo del techo la indispensable lámpara de metal dorado. La cual, ahora ociosa, era suplida por un alto velón de cobre del que provenía aquella luz que se fugaba por entre las rendijas del mal ajustado ventanón.

Sentada cerca de la mesa, y apoyando en ésta un codo cuya mano sostenía su cabecita despeinada, una joven muchacha parecía hallarse esperando á alguien, según la intranquilidad que mostraba mirando de vez en cuando y cual si escuchase con atención hacia la anchurosa ventana.

Era Petrilla, hija única del señor Tomé y de la *señá* Restituta. La cual Petrilla, *mal ferida de amores*, esperaba la hora de charlar con su novio, burlando así la vigilancia de sus padres que se oponían tenazmente á sus amores con Pacorro; muchachote bizarro y buen mozo, pero que nada tenía de interés material para halagar el avariento afán del matrimonio Tomé.

Las diez y media solía ser la hora escogida por los muchachos para pelar la pava.

El reloj ya señalaba las diez veinte... Petrilla acercóse á la ventana, pareciéndola haber oído pasos en la desempedrada calle. Mas su creencia fué ilusoria; nadie se acercaba aún...

Petrilla era una muchacha rubia, con ese rubio tan común y que tan barato se cotiza. Un rubio acastañado y basto, de cabello asperote y lacio y cara pecosa con ojos pardos.

Lo mejor de Petrilla era el busto. Un busto desarrollado y carnoso, ornamentado por la exuberancia castiza de unos senos amplísimos y voluminosos, que se destacaban impudicamente bajo la fina tela del chal percalíneo que los cubría.

Aquello era lo único que hacía resoplar de voluptuosos deseos á los robustos mozarrones del pueblo.

—¡Rediez y qué güena está la Petra!—decían al verla pasar por el corro que formaban en la plaza, al atardecer y después de haber venido del campo, pensando también y no sin vivos deseos de poseerlo, en las tierras y viñas del señor Tomé, y en aquel fantástico *gato* repleto de onzas...

Cinco minutos más serían de las diez y media, cuando unos pasos medio ahogados por el polvo que cubría el pavimento de la desempedrada y sucia calle, detuviéronse en la ventana á la vez que en ésta sonaban unos significativos golpecitos.

Petrilla mató la indiscreta luz del vetusto velón, y abrió sigilosamente la ventana.

—Adiós, Petrilla;—musitó la voz del galán.

—Hola, Pacorro;—contestó Petrilla desviando discreta su busto de la reja que circuía la ventana, evitando así el primer achuchón que las callosas manos de su novio intentaban propinarla.

Pacorro era un joven de unos diez y nueve años. Alto y cuadrado, con anchurosas espaldas y robusto tórax, la cara poblada de pelos hirsutos y enmarañados, aparentaba en realidad tener más años de los que el calendario de su vida contaba.

Vestía unos pantalones de pana, sostenidos por un ancho cinto de lona. Llevaba la americana colgada del hombro, y desabrochado el chaleco demostraba el calor que sentía en aquella hermosa noche estival.

Su cabeza cubrÍala una gorrilla de color ya indefinible por el sarro que la inundaba, la cual coquetonamente echada hacia el occipucio, dejaba libre la espaciosa frente, exhibiendo así la compostura del tupé, el cual exageradamente elevado sobre un lado, caía hacia el otro semejante á la crin de un caballo andaluz.

Petrilla, al fin, no pudo ó no quiso evitar que su robusto talle fuese enlazado por el izquierdo brazo de Pacorro.

Éste hablábala con inflexiones suavÍsimas de arrulladores mimos. Parecía cual si quisiere obtener de su novia la suprema concesión...

Petrilla sentíase turbada.

—No, no...—decía con acento azorado al negarse á la sollicitación de su novio.

Pero éste insistía. Con esa voz apremiante de quien intenta persuadir, rogábala insistentemente accediese á otorgarle lo que de ella pretendía.

«Había venido decidido á ello. Cansábale ya tener que hablarla siempre así en las altas horas de la noche, cuando todos dormían, no pudiéndolo hacer como los otros; «*Pablo y Ramona*», «*Manolo y Juanilla...*» en el baile y á la luz del día. Y sólo porque era pobre. Bien sabía él, que á su padre, el señor Tomé, le constaba lo trabajador que era, lo formal y decente de su conducta... Pero no era suficiente, necesitaba más; tener un *gato*, como el señor Tomé... Por eso había decidido que aquella noche fuese la última que así hablasen; pero también la primera de su unión... Sí, de su unión... Allá, allí... lejos, muy lejos; juntos, junticos uno y otro; unidos por el cariño, enlazados por su amor...»

Petrilla comprendió el pensamiento de su novio.

—¡Huir! ¡huir!—exclamó llena de asombro cruzando sus manos, y mirando con extraviados ojos á Pacorro.—¿Quieres que huya contigo, pobre Paco? ¿Y dónde quieres llevarme, dí? ¿dónde iríamos?

Pacorro se encogió de hombros y clavó sus ojos en el espacio umbroso, cual si quisiere

sondear las negras tinieblas de la obscurísima noche.

«El no sabía. Lo mismo daba. Lejos, muy lejos; ó cerca muy cerca... Allá, allí... donde al amanecer pudiesen hallarles juntos sus padres. Lo suficiente para entonces quererle y casarles en un periquete».

Petrilla protestó.

«No, no... aquello sí que nunca lo haría. Bastante hacía con quererle... ¡Vaya con el mocoso, lo que se le había ocurrido! En seguida iba ella á escaparse así de casa, por la noche y burlando el tranquilo sueño de sus padres. Para que la gente se riera. Eso no lo hacían más que las mujeres malas...»

Pacorro extremó sus caricias dulcificando más su acento. Había cogido entre sus gruesas manotas las diminutas de su novia, besándolas con fruición apasionada instándola á satisfacer su ruego.

«Serían los dos tan dichosos... querríanse tanto... Además era el único medio por el cual lograrían casarse. Porque lo que es por sus padres... Ya podrían esperar que les saliesen canas».

Petrilla disentía meneando tristemente la cabeza.

«Ella bien desearía complacerle dando así placer á su corazón que tanto le amaba. Pero sus padres, sus pobres padres... ya viejos, débiles,

achacosos... Sería para ellos un golpe rudísimo, que su hija, la única hija que tenían, manchase sus canas venerables con afrenta tan denigrante... No, no y no. Jamás haría cosa tan fea».

Miró á su novio fijamente, y con expresión delatora de la energía firmísima que la animaba al expeler tan decisiva negativa.

Luego arrullóle con el suave acento de su voz dulcificada.

«¡Tonto...! Pero qué tonto era. Querer fugarse del pueblo, ir no sabía donde, á la ventura, con la irreflexión de sus pocos años, y su escaso ó nulo conocimiento que del mundo tenía... ¿No habrían de reirse todos de firme cuando lo supiesen? Diez y nueve años él, diez y ocho ella... ¡Vaya unos bebés más precoces!»

Y se reía intentando contagiar con su risa á Pacorro. Mas éste no se reía. Serio, muy serio, plegados sus labios en contracción nerviosa, y cejjunto el cerco de su ancha frente, desesperábase considerando vanos sus esfuerzos para vencer á Petrilla.

Irguióse tomando esa actitud pedantesca del amante que quiere imponerse al desdén de su amada.

—¿Esa es tu última resolución?—preguntó á Petrilla.

Esta miróle estupefacta.

—Sí,—contesto;—¿por qué lo dices?

—Porque con ella me demuestras que no me

quieres; que me engañas; que... ¡Bah! Necio he sido al no reconocerlo hasta ahora.

Petrilla entornó los ojos. Desasíó sus manos de las de su novio que las aprisionaba, y depuso toda la amargura que las palabras de éste habíanla causado, hablando con pesaroso acento; con triste congoja.

«Que no le quería... que le engañaba... Entonces, ¿por qué abandonaba todas las noches el lecho, si no era por hablar con él, por quererle? ¡que no le quería! ¡que le engañaba!»

Estas frases repercutían cual doloroso eco en su corazón enamorado.

Aquello era una ingratitud... Miró á su novio que la contemplaba sonriendo.

«No iba mal la cosa; Petrilla al fin cedería.»

Volvióla á coger sus manos estrechándolas con pasión.

—¿Verdad que sí, querida Petrilla? ¿que te irás conmigo; que me querrás siempre?

Petrilla balbuceó:

—Lo último sí, lo primero no... Te quiero, Paco; siempre te querré... Pero también quiero á mis padres, á mis viejos padres, á quienes mataría la vergüenza y el dolor que mi huída les causara...

Pacorro desasíóse violentamente de su novia profiriendo esa suprema y clásica amenaza del amante despechado.

«Bueno; que no le acompañase, nada le im-

portaba. Se iría solo... y para siempre. Ya jamás volvería á verle».

Petrilla hizo un gesto de amarga decepción. Miró con pesar á su novio.

—¿Te vas, dí? ¿te vas?—preguntóle balbuciente.

Pacorro se estremeció de alegría. Ya era suya.

—Sí, me voy;—contestó resuelto:—me voy...

—Bueno, vete;—susurró Petrilla;—ve donde quieras, eres libre. Así es como pagáis los novios... con ingratitudes. «Mis padres jamás se irían sin mí»...

Y cerrando la ventana encendió el velón yendo á acostarse.

Pacorro se fué, sí; pero á su casa, echándose vestido en su ancho camastrón, y pasándose la noche dándose cabezotadas como un insensato.

.
A la noche siguiente volvió... y así las sucesivas, sin que ya Petrilla volviese á impresionarse ante la irrealizable decisión de irse... Era muy grande el amor que su Pacorro la tenía, en virtud de las tierras y viñas de su padre, y aquel *gatazo* repleto de onzas.

EL JURAMENTO

ERAN las diez de la mañana. Una mañana asfixiante, de canícula irresistible.

El sol enviaba en toda su intensidad calórica todo el fuego de su disco en ignición.

La tierra, seca y polvorosa, emergía de entre sus partículas vahos de calor que asfixiaban.

Por el campo veíanse aquí y allá algunas yuntas que araban. Apenas se advertía su paso corto, ya cansino. Los jayanes iban detrás, con la izquierda mano empuñando en crispación nerviosa la esteva, y con la diestra el largo palo de apéndice férreo, con el que sacudían el dental hundido entre la tierra que asurcaban, notándose únicamente el movimiento pausado del brazo al levantarse para volver á caer sobre la grama, que ahogaba la acción del arado trabándose ensortijada en derredor de su camba curva.

En una pequeñita parcela de terreno, hallábase en sosegado ocio una yunta de grandes y

hermosos bueyes rojos, cuyos ijares, ahondados ya por causa de un trabajo excesivo, y una si se quiere tanto ó más excesiva necesidad de alimento sólido y líquido, agitábanse en raudo balanceo á impulsos de la respiración fatigosa.

Sus cornúpetas cabezotas doblégándose bajo el peso del yugo, inclinábanse hacia el suelo con media vara de lengua afuera, por la que resbalaba una aberronada y blancuzca baba que caía infiltrándose en la tierra sedienta y seca.

Muy cerca de la yunta, hallábase el jayán dueño de ella, sentado en duro é incómodo guijarro.

Era Damián, bizarro mozarrón de una aldehuela próxima, que parecía hallarse bajo el influjo de algún triste pensamiento, según demostraba su actitud de apesurada melancolía.

Tenía la barba en su mano izquierda, cuyo codo apoyábase sobre la rótula doblada. Y con el amplio pañuelo de cuadros que apretujaba con la diestra, limpiábase el sudor que copiosamente inundaba su rostro congestionado.

Su robusto pecho, que la desabrochada camisa dejaba entrever, levantábase y deprimía á guisa de fuelle al aspirar la brisa escasa y cálida, pero saturada por las emanaciones perfumadas de los espliegos, que en abundancia suma llenaban la superficie abrupta de la montaña.

Ni el más leve ruido turbaba la calma galvanosa de aquella mañana calurosísima.

Sólo allá, en las orillas de un ancho riachuelo bordeado de añosos álamos, millares de pajarillos trinaban con grande alborozo, complacidos al disfrutar la grata sombra que los copudos árboles ofrecían; esquivando así prudentes la chamusquina de aquel foco ardentísimo, que hacía de la tierra un horno inmenso.

Los pensamientos que gravitaban en la mente de Damián eran amorosos.

Pensaba en su novia. En aquella linda Julieta como él la llamaba, y á quien tanto quería, habiendo á la vez recibido de ella inequívocas pruebas de corresponderle. Dos años hacía ya que se querían sin que en ese lapso de tiempo hubiese habido entre ellos falta ninguna que reprocharse.

Y lo que á Damián traía desazonado é inquieto, haciéndole desvariar en amargas incertidumbres, era que, el día anterior por la tarde y en el baile que se celebra todos los domingos en una hermosa pradera, habíase presentado un joven natural de un pueblo inmediato, de quien se susurraba que andaba enamorado de Julia.

El cual se permitió bailar con ella y pasear algo, así como una hora, auxiliado por ciertos individuos de la aldea, que mal relacionados con él favorecían las maniobras del forastero.

Y no es que Damián temiese que su novia le fuese infiel, pero... una amarga incertidumbre escarabajeábale robándole el sosiego...

Aquel pretendiente de su Julieta era mucho

más rico que él, y uno de los buenos partidos de aquellos contornos; y aunque Damián tenía la vanidad de creerse físicamente superior á su rival, tenía que el demonio de la codicia cegase á Julia y le despreciase... Luego ¡mal haya su mala estrella! Aquel pretendiente habíase presentado, cuando por única vez se hallaba algo disgustado con su novia; circunstancia que él estimaba muy favorable para su rival... Disgusto que él ¡no se lo explicaba! Y que sin duda sería así como un pequeño incidente, que dividía como un paréntesis aquellas relaciones tan largas y amorosas; una de esas riñitas que surgen entre los novios que se quieren, y necesitan reñir algo para luego quererse más...

Por último, pensaba en la posibilidad de que su novia le calabacease. Este pensamiento le volvía loco.

—¡Rediez!—exclamaba con enérgico acento: —Pa eso mejor es morir. Si allegara á sucederme eso, yo, como me llaman el Tozudo, la acocotaba á ella y le espanzurraba á él...

Quiso tranquilizarse y no pudo. Siempre aquella maldita idea de que si Julia quería ó dejara de querer á aquel odioso *foraino*.

Dió un suspiro y se puso en pie. Fué hacia la yunta, apretujó con el fuerte correón el yugo contra el testuz de los bueyes, y luego de librar á éstos de varios tábanos que se clavaban en la roja piel tiñéndola de hilillos sanguinolentos,

acercóse al arado, y empuñando la esteva, con la larga pica azuzó á los bueyes que, reposada y cachazudamente echaron á andar, arrastrando el arado cuya puntiaguda reja abría la tierra en surco anchísimo.

Los bueyes avanzaban con lento paso. Sus luengas colas agitábanse balanceándose á uno y otro lado de los rojos corpanchones, y á veces una lengüetada limpiaba la sucia cavidad de sus fosas nasales.

Damián, con el ancho sombrerote caído hacia la frente, seguía pensando.

De vez en vez desplegábanse sus labios resequidos para azuzar á los bueyes con voz galvanosa y triste.

—¡So... allá buey! Vamos Castillo. ¡Toma acá Coronel!

Aún no había cantado, á pesar de su afición por cantar jotas de altisonantes tonos, que acompañaba en el baile con la guitarra.

Otros días no había cerrado la boca... llamando la atención de todos los labriegos, que viendo allá lejos una yunta de bueyes cuyo jayán no cesaba de cantar, decían:—Allí está Damián: na más oírle...

Y al fin cantó. Pero más por hábito que por gusto. Cantó melancólico, tristón, improvisando con su habilidad de cantador aficionado á improvisar tonadillas, la siguiente cantinela alusiva al desazonado sinsabor que le embargaba:

Muy disgustado y muy triste
estoy, al considerar
que me puedes olvidar
á mí que tanto quisiste.

* * *

El sol había ya remontado los altos picachos de dos montañonas que circundan la aldea, cuando Damián, á pie firme y con paciencia inacabable de enamorado, esperaba muy cerca de la fuente á que su novia fuese por agua.

Había quedado una apacibilísima tarde. Aún se advertía el fuego ardoroso que tras de sí dejara el igneo astro, y la brisa, débil y casi imperceptible, apenas movía las verdosas hojas de los árboles que circundaban á una fuentecita cuyo caño único arrojaba el agua sin interrupción.

No tuvo que esperar mucho tiempo Damián. Por un estrechuco y bajo puentecito cruzaba una linda y guapa muchacha, llevando sobre la redonda cadera un cántaro de teja cuya abultada panza rodeaba con su blanquísimo brazo desnudo.

Llevaba su cabellera peinada en dos trenzas, y recogida hacia la nuca formando un moñete puntiagudo en el que brillaban las piedras falsas de una peineta de siete reales.

Dirigió hacia la fuente sus ojos, de un azulado marino. Y al ver á su novio que se acercaba

á ella, sintió enrojarse sus rosadas mejillas, y el pecho agitóse con casta complacencia.

—Buenas tardes, Julieta—dijo Damián mirándola alelado.

—Hola, Damián—contestóle Julia con amorosa sonrisa. Y luego preguntó poniéndose más colorada:

—Pero chico, ¿por qué me miras hoy así?

—Pues... porque...—balbuceó Damián arrascándose la cabeza—porque yo, al verte, dije... digo... aura es la mejor ocasión para hablarla, porque si no... luego no voy á poder, y así...; dije... digo...

—¡Pero chico!—exclamó festivamente Julia,—¿vas á quedarte con dije... digo? Vamos hombre, acaba pronto y dí lo que tengas que decirme, pues me temo que no vas á decir nada en dos platos.

—¡Eso sí que no!—rectificó Damián.—Lo que es eso de no decir nada... no pué ser. ¿A qué entonces iba haber venido esta tarde á la fuente? Porque yo, Julia, quiero decírtelo todo...

—Bueno hombre, dímelo. Pero acaba pronto, ¿eh? Vamos á ver: ¿De qué se trata? De nada acaso.

—¡Sí que no! Pues de lo de ayer, conque ya ves tú.

—¡Ah, vamos!—exclamó Julia colocando sobre una piedra de superficie alisada, el cántaro sobre el cual caía el agua que la fuente chorreaba. Y volviéndose de espaldas á su novio, para que éste

no viese el rubor de su linda cara, añadió con voz tierna:—¿Conque es de lo de ayer de lo que quieres hablarme?

—¿Pos de qué había de ser si no? ¡Moño! Si tú supieras lo que yo he pensau y repensau en toda la mañana de hoy en lo que sucedió ayer, ¡si tú allegaras á comprender el malestar que siento cuando me acuerdo de los ipisodios de ayer; y que hoy no he comido ni bebido pensando que aquel mostrenco de *foraino*, ha venido sólo por tu querer, y que tú podías quererle á él y que...! ¡Amos! Que cuando me acuerdo deso... *me se regüelven* las tripas. ¡Qué moño!

Una carcajada de su novia, de su Julieta como él la llamaba, le llenó de confusión.

—¿Por qué te ríes?—preguntó.

—¿Conque tenías miedo de que yo admitiese las pretensiones de ese... mostrenco como tú le has llamado?—interrogó Julia sin contestar á la pregunta de su novio.

Éste contestó afirmativamente á lo que Julia le preguntara.

Ésta continuó:

—¿Y si yo te dijese que eres un imbécil, un casi mostrenco como tú lo has dicho de tu rival, al suponer que yo después de haberte dado mi corazón y haberte jurado que no querría jamás á otro que no fueses tú, iba á traicionarte ahora precisamente cuando más te quiero? Vamos á ver. Si yo te dijese esto, ¿qué harías?

—Pos mira:—contestó Damián con ojos fulgurantes de alegría, y el alma rebosando de felicidad.—Daría más de cuarenta coscorrones, y tiraría por el puente del Ebro abajo, á todo el que no dijera que yo no soy el hombre más feliz del mundo. Luego iría á Zaragoza, y me pondría á los pies de la Virgen del Pilar y la diría: «Virgen del Pilar: por el amor de mi Julieta, y por tu carilla pintadica y resalá, que paice que quiere perdonar sus pecados al mismo Barrabás, te juro que autro año tal que hoy, te vendré á traer una velica pa que te alumbres mientras velas por mi Julieta y por mí...» Después la cantarí la jota, y cantarí...

—Bueno. Déjate de cantares y dime: ¿Qué motivo te ha inducido á creer que yo iba á dejarte á tí para querer al otro?

—¡Toma! Como es más rico que yo, y tú aunque vives aquí, en la aldea, t'has criau en Zaragoza donde t'has elustrau tanto que hablas cuasi como un abogau, y yo soy un zote que no sé lo que me digo... dije... digo... Julieta puede que quiera al otro como es más rico, para así ser una señorita. Y el corazón cuando ama, al instante desconfía...

—Ahora sí que has dicho una verdad como un libro, dijo Julia amorosamente.

Habían llegado á casa de Julia. Allí, en el quicio de la puerta y cuando la lobreguez nocturna llenaba el espacio con la capa negruzca de

sus sombras pavorosas, y la luna brillaba allá, en lo alto, rodeada de estrellas cual excelsa reina de la bóveda etérea, y un silencio de absoluto reposo extendíase por la aldea toda, Damián y Julia con las manos enlazadas, el cántaro entre ambos y mirándose con miradas encendidas en el amor inmenso que se profesaban, prometíanse ser fieles uno á otro, haciéndose ardientes juramentos de amor eterno.

—Júrame en este momento, Julieta,—decía con amoroso acento Damián—que nunca querrás á otro más que á mí.

—Te lo juro—contestó Julieta poniendo toda su alma en este juramento.

El ruido suave de un beso resonó en el espacio, y la brisa en sus alas recogióle transportándole á regiones ignotas.

A media noche oyóse la voz de Damián que, acompañado con la guitarra, cantaba bajo la ventana de Julia:

Aura que sé que me amas
y que mía tú has de ser,
compadezco al *Sacalanas*
que buscaba tu querer.

Y cuando venga gozoso
el domingo á ver tus gracias,
no vendrá á hacer más que el oso
llevándose calabazas.

La ventana del cuarto de Julia crugió, y por ella asomó un blanco brazo cuya mano diminuta arrojó una flor que besó apasionado el trovador galán.

III

GRATITUD

ATARDECÍA. Una tarde espléndida, primaveral. Tarde apacible y poética de mediados de Junio, con sus tibias brisas y efluvios cálidos, remembranzas de un excesivo y ardentísimo calor diurno.

El sol habíase ya puesto, siguiendo á su fulgor esplendoroso una franja luminosísima que teñía de arrebol el azulado dombo del espacio. Cantaban los grillos refrotando acompasada y monótonamente sus élitros incansables, prestando á la serenidad augusta del crepúsculo vespertino un tinte de agradable placidez no exento de melancolía.

El canto de los grillos es triste. Cuando en esas noches serenas de primavera ó estío, nos hallamos en un solitario y extenso campo, rodeados de rumorosos trigarrales que parecen susurrar en nuestros oídos indefinibles murmullos de pavorosos ecos, el áspero y antimelódico *gri-gri*

de los ortópteros saltadores, cáusanos inexplicable languidez que influye á que nuestro espíritu se turbe con imaginarios y ridículos espectros fantasmagóricos.

Mas en la tarde que nos ocupa con la descripción del suceso en ella acaecido, nadie podía sentir su espíritu turbado por vagas melancolías.

El campo, sobre todo el que libre de sembrados laboreábase guardando la periodicidad anual de *año* y *vez*, hallábase invadido por numerosas comparsas de paseantes, que diseminados por aquí y acullá, ocupaban parcelas de terreno variables en su extensión, é idénticas en el colorido verdoso y matizado por infinitos puntos blancos y violados.

Eran guisantales con sus ramas verdosas y flores multicolores, que brindaban ya el agradable y tiernísimo manjar de sus frutos recién maduros.

Es la estación que más gratos atractivos ofrece á los humildes habitantes de las aldeas. La naturaleza, cual si quisiera compensarles de la reclusión forzosa que por su causa padecen junto á las chimeneas caldeadas por ígneo fuego, durante esos tristes y larguísimos meses del arrugado y antipático invierno, más antipático y triste aquí, en estos pueblos insignificantes, que en las grandes urbes donde los espíritus hallan esparcimiento y solaz en sus variadísimos espectáculos recreativos, prodigábales ahora la galanura bellí-

sima de sus florestas impregnadas de perfumes; el tibio y suavísimo ambiente de sus brisas cálidas en los atardeceres serenos, y los productos preciadísimos de su suelo fertilizado por una temperatura benigna y plácida, que le enriquece otorgándole sus elementos indispensables á la producción vegetal.

Por eso los aldeanos, en los domingos y demás días festivos celebrados por ellos con rigurosa observancia al precepto tercero del decálogo, después de jugar los hombres la acostumbrada partida al *mus*, á la sombra fresquísima del reducido zaguán que precede á la bodega honda y húmeda, de cuyo seno lóbrego extraen en voluminoso jarro, el néctar oloroso que remoja sus gargantas resecaídas por el espelimiento monótono del *envido* y quiero; la *chica*, la grande, el órdago y los duples... Y las mujeres, una vez cumplidas con la Iglesia asistiendo al rosario rezado en el templo parroquial, salen unos y otras por distintos caminos, en diferentes grupos clasificados en sexos; los hombres con los hombres, las mujeres íd... Allí no se guardaba la caballerosidad cortés de acompañarse respectivamente los consortes; cada cual por su sitio. Así los hombres hablaban de sus cosas, sin cuidarse de omitir las narraciones poco honestas, los cuentos verdes... las mujeres estorbaban.

Y con envidiable libertad de pájaros ya volanderos, las muchachas, las doncellas, distri-

buídas en comparsas según el relieve y prosapia de cada cual, juntas amigablemente las labradoras ricas, las *señoritas*; luego las menos ricas, hijas de labrigos humildes, de *medio pelo*; las jornaleras, las sirvientas... Unas y otras seguidas con fidelidad *canina* por los jóvenes del pueblo de su respectivo rango; estudiantes unos, en período de vacaciones que paseaban por el pueblo tristón y empolvoreado, sus humos empalagosos de hombres ilustradillos; recitando con aire figurón de embrionarios filósofos, casos y cosas, aprendido todo en revistas ilustradas, leídas en un bar de á 15 ó en el revuelto y desordenado camaranchón del domicilio huespedil.

Confundidos con los estudiantes alternaban los señoritos lugareños; aquellos que en idéntica posición social pasábanse la vida ganduleando por el pueblo, sin más honores que un suspenso del primer año del bachillerato, y sin otra ilusión que la de esperar ser en lo porvenir los ricachos y testarudos opositores á la dignidad autócrata de monterillas pueblerines, que al presente monopolizaban sus respectivos padres con no menudos y flojos chapuceos y chanchullos electorales.

Luego seguían los jóvenes labradores que araban las tierras de sus padres; mozos robustos y sanotes, que ostentaban en sus rostros retostados por el sol campestre, la salud envidiable de sus cuerpos entomillados, y que representaban digá-

moslo así, la clase media del pueblo; entre la clase distinguida, rica, aristócrata..., y la más humilde, la pobre y la proletaria; compuesta esta última por los jayanes que araban á jornal, y que en los domingos, trajeados pulcra y decorosamente con sus chaquetillas de paño á real la terciá; pantalones de pana confeccionados con chulapería, á gusto expreso de los interesados que gustaban vestir como los organilleros que tocaban el manubrio en los días de función, aquellos resalados tipos andaluzados, que decían la *caye*; el *pianiyo*, las *chiquiyas* bonitas como soles, y *resalás* como una libra de sardinas en salazón..., y cubiertas sus rapadas cabezas con gorrillas de alpaca negra y lustrosa que á ellos figurábaselo seda finísima y de gran valor. «Habían engañado al comerciante. Por dos pesetas cincuenta, habíales dado género de un valor superior»... Y pertinaces en emular la vestimenta achulapada de aquellos cuscos callejeros, calzaban sus pies con alpargatas de blanca lona atacadas en derredor de las canillas con largas cintas negras, y sus anchos y enroñados cuellos desaparecían bajo un pañolón abigarrado y chillonesco, que caía entrelazado y nudoso á guisa de corbata sobre la blanca pechera de la almidonada camisa.

Mas lo que descuidaban lastimosamente en copiar de sus modelos, era lo concerniente á la limpieza de las manos; aquellas manotas de fa-

langes fortísimas, poderosas, acostumbradas á oprimir con rígido crispamiento el duro astil de un azadón, las cuales habían perdido la noción de su color corroída por una capa negruzca y espesa, capa formada por la acumulación abundosa de sudor y polvillo, mezclado en fusión compacta durante una época larguísima de cotidiano trabajo, en tierras y viñas resecaadas por el fuego ardoroso de un sol asfixiante, y una persistente y tenacísima sequía.

Ellos no se lavaban más que una vez al año; el día de la función del pueblo. Luego, en los domingos y demás días de fiesta, «¿paqué?» No era cosa de estarse media hora lavando y relavando, gastando agua y más agua, para al día siguiente volver á ensuciarse. Además de que el agua al arrancar la roña de las manos, las suaviza y reblandece restándolas la dureza indispensable para efectuar los trabajos campesinos.

Y con ellas, sin escrúpulos de ningún género, con el estoico convencimiento del cerdo que, consciente en su condición de guarro sucísimo, escoge su alimento entre el hediondo estiércol de la pocilga, comían en el campo la insípida tortilla de patatas, sacándola á pedazos del fondo renegrido de la descascarillada fiambreira. Y así los días festivos comían el escabeche ante la agazapada puerta de la bodega. Y luego, cuando llegada la hora del paseo compraban una *perruca*

de cacahuets, que embolsaban en los hondísimos bolsos de sus pantalones entallados, los sacaban á puños; y apretujados con la mano izquierda, con la diestra los ingerían en la boca sacando luego las cáscaras con sus dedazos pastosos y enroñados, parte de cuya suciedad mezclábase en la insalivación con la pasta oleagínosa degluyéndolo todo con pasmosa indiferencia. «Ellos no se ahogaban por más ó menos residuos mierdosos. ¿A qué los escrúpulos? eso no era bueno más que para los ricos, que pueden comer con melindres y *cirimonias*».

Acompañaban en el paseo á las muchachas de estirpe igual á la suya: á las criadas, las pastoras. Muchachotas rollizas, de carnes frescas, ojos de mirar atrevido y lujurión, cuyas pupilas irradiaban al mirar á los mozos, toda la pasión sensual de sus instintos sexuales. Ellas no conocían el lenguaje fino, la cortés lisonja. El amor que sus pretendientes las ofrendaban, recibíanlo en la obscena expresión de un vocabulario hirviente en groseras alusiones; en el rudo apretujón de las varoniles y callosas manos que palpaban con sátiro cinismo, sus carnosidades palpitantes y temblonas en la voluptuosidad ingente de unas ansias mal contenidas. Mas que no se propasasen mucho los muy en sin vergüenzas. Ellas sabían atizar solemnes bofetadas con sus manos habitadas al roce asperísimo de escobajos y rodillas, amén de ciertas épocas que empuñaban con

briosidad hombruna herramientas toscas de utilidad agrícola.

Vestían con sencillez no exenta de vanidad presuntuosa. Falda amplísima de percalina ajustada al anchísimo talle por un estrecho cinturón de lona, el cual supliendo la falta del corsé anti-gigiénico, pero artístico, ceñíase estrechamente con manifiesta intención de reducir el excesivo tamaño circular de aquellas cinturas tonelescas. El busto cubríale un matiné de rancios colorines, muy vistosos y elegantes ante el poco escrupuloso gusto de sus rústicas y únicas consagradas, adornado por innumerables cintajos y puntillejas que las semejaban á *mariscales* en uniforme de gran ceremonia.

Peinábanse con refinada coquetería sin concierto ninguno de buen gusto. Su peinado reducíase á mucha vaselina, exagerado atuseo, varias peinetas con profusión infinita de piedras falsas, que brillaban al sol con grandísimo contento y gusto de sus dueñas que las estimaban joyas valiosísimas de ricos brillantes, y un altísimo moñete piramidal, ornamento grotesco de aquel promontorio de cabellos cerdosos y asperotes, domados y sometidos á fuerza de vaselina y cosmético.

Hablaban recio, á voces; sin esa dulzura melosa característica de un sexo todo armonía, suave expresión, y con la brusca tonalidad de hembras *marimachadas*, maleza agreste de ese vergel deli-

cioso llamado pomposamente el «bello sexo». Y cuando sus galanes, los toscos émulos del golfín organillesco, tirábanlas al rostro puñados de mondajas de cacahuets, acompañando esta acción con frases descaradas de impúdico colorido, ellas celebrábanlo con risotadas destempladísimas exhibiendo al reirse la amarillenta costra de sus dientes siempre sucios.

Aquello sí que las agradaba. ¡Qué bruto era Ulogio! «¡Tenía unas ocurrencias... decía unos chistes...!»

Y por eso esta tarde, tarde hermosa de asueto dominical, unos y otros, señoritos y labriegos, propietarios y jornalistas, saliéronse del pueblo abandonando el reducido circuito de la desigual plazoleta, ordinario centro de sus bailes *gaitetamborileteros*.

Inundaban las estrechucas sendas, los polvorientos caminos, llenándolo todo con el abigarraído conjunto de sus vestidos multicolores; alegrando el atardecer melancólico con las regocijadas notas de sus locas risas.

Retornaban ya hacia el pueblo. La tarde finalizaba, y el manto grisáceo de la noche extendía sus amplias umbrosidades por el extenso campo, solitario ya, silencioso... sin más indicios de vida animal que el áspero y monótono trinar de los grillos.

Mas sin embargo, alguien alentaba aún entre la verdosidad blancuzca de los guisantales. Un

hombre, vestido sencillamente á estilo de los obreros agrícolas en traje de día festivo, americana corta de paño bien conservado, pantalón de pana, voluminoso sombrero de anchurosas alas y camisa de lienzo planchado con pulcra perfección, hallábase sentado en la linde que circuía un reducido y diminuto campo sembrado de algarrobas, apoyado su cuerpo sobre una fuerte gancha cuya punta hundíase en el suelo.

Parecía sentirse impresionado por un recóndito y hondísimo pensamiento. Su cabeza, casi libre del ancho sombrerote que descuidadamente caía sobre el occipucio, inclinábase sobre el desarrollado pecho, que latía agitado por infinito malestar de acerbos incertidumbres.

Súbitamente varió de postura recostándose ahora sobre el parduzco césped de la lindera. Miró distraída y maquinalmente hacia el espacio umbroso, y su vista contempló con indiferente y estúpida fijeza de animal que mira sin discernir lo que ve, la extensísima capa de radiantes estrellas, que titilaban fulgurosas en el fondo negrísimo de la lobreguez nocturna.

La noche era muy oscura. En derredor de él sólo percibía el monótono tridinteo de los grillos. Allá lejos, ya en el interior del pueblo resonaban destemplados y sin concierto ninguno los groseros cantares de los mozos que rondaban, y las chillonas vocecitas de algunas muchachas que rezagadas aún no habían penetrado en el pueblo.

Levantóse bruscamente.

—¡No, no y no!—exclamó monologando sordamente cual si contestase á algo interno en que su mente bregaba.—Jamás haré yo tal cosa, es una infamia.

Púsose en marcha dirigiéndose hacia el pueblo. Mas de pronto paróse sorprendido, contrariado, quedando inmoble... Tres sombras bullían en la obscuridad adelantando hacia él. Eran tres hombres. Llegáronse á nuestro desconocido saludándole con fosca brusquedad.

Los tres vestían blusa, calzaban zapatillas de cordel y sus cabezas cubríanlas mugrientas gorri-llas desviseradas. Llevaban sendos garrotes con entachuelados apéndices.

—¿Vamos?—insinuó uno.

—Toma,—agregó otro alargándole un objeto negro, grande, lúgubre.

—¿Qué es esto?—interrogó el aldeano.

—Un pistolón antiguo cargado con cápsulas del 15; nunca estorba, por lo que pueda ocurrir.

—Es que....

—¿Qué?—interrogó rudamente el que otorgara el arma.—¿Titubeas quizá?

—Sí; lo confieso... No ha mucho que sentí vacilar mi ánimo ante la idea horrible de cometer tal infamia. Si tardais un minuto más no me encontráis ya aquí; pensaba irme á casa y acosarme sin realizar lo que prometí... Me causa horror.

—¡Bah! Estás loco, Payo;—arguyó desdeñosamente el que hasta entonces estuviera silencioso. —¡Mira que ahora titubear! Después de tenerlo todo preparado, dispuesto para dar el golpe con éxito y tú ya tan animoso... ¡Vamos! que no sabes lo que dices... Por fuerza debes estar atolondrau.

Payo callaba. Con ambas manos puestas sobre la cayada hundida en el suelo, y apoyado en ella su robusto y poderoso pecho que alentaba con agitado anhelo de buey cansado, oía los argumentos persuasivos y rotundos de sus camaradas, que elocuentes le instaban á la realización de sus planes ya preconcebidos.

«¡Era tan fácil lo que tenía que hacer! ¡Tan sin peligro...! Luego un negocio de resultados tan ventajosos, tan concienzuda y maduramente llevado á la práctica. Parecía mentira. Por su causa perderían lo menos, lo menos... ¡Quién sabe lo que su amo, el ricachón D. Norberto podría tener allí, escondido en aquella arca que notoriamente para todos guardaba en un reducido aposento de la planta baja! ¿Y ahora después de tanto discurrir, tanto pensar el cómo y la manera de realizar aquel golpe soberbio, iban á renunciar á las doradas onzas y las blancas *nevadillas* que don Norberto encerraba en gran cantidad en el grueso arquetón del lóbrego aposento? ¡Pobre Payo! Mal andaba de meollo... Indudablemente que aquel día, como domingo que era, en la misa el señor cura habíale catequizado... Si no, era inconcebi-

ble. Él tan animoso el día anterior, y ahora tan irresoluto.»

Siguieron los tres, alternando sucesivamente en el uso de la palabra, hablándole de aquel soberbio asunto; atiborrando su inculto cerebro con halagadoras esperanzas de fabulosas riquezas. Aquella sería la noche última de su pobreza. Al día siguiente serían ricos... muy ricos... el oro de su amo, la plata, el papel, alhajas, todo cuanto de valor en aquella arca encerrase, pasaría al dominio pleno de ellos... se lo distribuirían equitativamente, con leal proceder de camaradas que bien se entienden. Ellos dejarían aquella vida azarosa de merodeadores nocturnos; y él, el pobre Payo, siempre tan sufrido, tan paciente en aquellos trabajos bestiales del campo, donde se derretían los sesos bajo aquel sol de infierno, y los riñones curbábanse doloridos y dislocados por la violenta postura de una inclinación constante hacia la tierra seca, ardiente, asperísima... hallaría un dulce sedante á sus pasadas fatigas con la placidez regalona de una posición independiente y rica, que le transformaría de obrero rústico, extenuado y mísero, en opulento burgués que digiere sus abundantes y opíparas comilonas, hundido en mullido butacón ante la humeante taza de aromático café. ¿Eh? ¿Qué tal? Bonita perspectiva, Payito.

Payo sonrió. Levantó la cabezota rapada y sucia; encasquetóse el ancho sombrero, y mi-

rando á sus inductores con ojos cuyas pupilas irradiaban la intensa avaricia que á su alma invadiera, contestóles con voz temblorosa asintiendo definitivamente á coadyuvar con ellos en el negro complot de robar á su amo.

«No había más que hablar. Estaba decidido. Su indecisión no obedeció más que á un sentimiento de ridícula dignidad... Ahora, cuando quisieran.»

Pusiéronse en marcha los cuatro dirigiéndose hacia el pueblo. Iban silenciosos, preocupados, reflejando en sus rostros la desasosegada presunción de posibles peligros.

Unos y otros instintivamente pulsaron el suave perfil de relucientes armas. Llegaron á la casa primera del pueblo, algo alejada de éste.

—Separémonos—indicó uno.—No es conveniente ir en grupo... Tú, Payo, entra en el pueblo y directamente ve á casa de tu amo. Nosotros esperamos cerca la señal convenida... ya sabes. Un silbido.

—Está bien, descuidad.

—Mucho cuidado, Payo...—insinuó otro.—Mira que de tí depende el éxito de nuestra empresa... Por tí podremos penetrar en la casa sin obstáculo alguno.

—Lo sé—afirmó Payo.—Eso debe tenerse en cuenta cuando...

—Se tendrá—prometió uno de ellos, corroborándolo los otros dos.

Separáronse. Payo hendió las oscuras calles del pueblo... silencioso, triste, recogido en la tranquilidad soporífica del sueño nocturno. Allí nadie trasnochaba. Al siguiente día todos habrían de reanudar el cotidiano trabajo dispensador del sustento... Llegó á una casita pequeña y de fachada mísera enclavada en un callejón estrecho y sucio. La puerta hallábase abierta. Esto le admiró. Penetró en un portalito rectangular, amueblado con tres banquetas y una mesuca de madera. Sobre ésta había un candil apagado... Payo receló algo. ¿Por qué la puerta de su casa estaba abierta? Y aquél candil allí... apagado. ¡Quién sabel Encendió luz. Tomó el candil, y á su luz mortecina y débil subió intranquilo las escaleras... Entró en una alcoba diminutísima, una especie de celda conventual. En ella una cama hallábase intacta; nadie dormía entre su ropaje cuidadosamente ordenado, que conservaba aún la acicalada hechura matinal. Al lado de la cama veíase una cuna también vacía. Un reloj despertador hacíase notorio con su tic-tac acompasado... Payo sobresaltóse. ¿Por qué su mujer no se hallaba acostada? A hora tan avanzada de la noche faltar de casa, con su hijo Luisín...

Volvió á bajar al portalito. Y al disponerse á matar la luz del candil una mujer entró presurosa... Era Mercedes, su mujer, con su hijo Luisín en brazos, dormido.

Payo increpóla airado.

—¿Qué horas eran aquellas para acostarse? A las doce de la noche toda mujer honrada debe hallarse recogida en casa.

Mercedes pujitó acongojada.

—¡Ay hijo! Si vieras lo que yo he sufrido... temí que..., te hubiese ocurrido una desgracia...

—¡A mí...!—exclamó Payo asombrado.—¿Por qué?

—Porque..., verás: estaba yo ya disponiéndome para acostarme, cuando llegó el amo preguntando por tí. Figúrate mi sorpresa. Yo te creía ya durmiendo en casa de D. Norberto como todas las noches haces... y si no te esperé á cenar fué por suponer que, habiendo merendado con los amigos, y prolongándose mucho la merienda te hubieses ido desde la bodega á acostar... muchos domingos haces esto, ya lo sabes.

—Sí, es verdad. Pero bueno, D. Norberto...

—¡Ay! El pobre señor, venía extrañado de tu tardanza, á ver en qué consistía ésta. Y cuando le dije que tú no estabas en casa, que yo creía que ya estarías en la suya, inquietóse de tal modo que... al instante envió en busca tuya... Remigio el pastor, Juan y Gabriel, los mozos de yunta y Ciriaco el hortelano, todos, y cada uno por un lado han salido á buscarte al campo... Ellos no querían, pero el amo obligóles amenazándoles con despedirles si no le satisfacían en su deseo. ¡Cuánto debe apreciarte el amo, Payo! ¡Con qué interés esperó á los que fueron al campo en bus-

ca tuya! Y cuando éstos sucesivamente fueron llegando, y unos y otros anunciaron no haberte visto, manifestó un pesar tan intenso, una tan amarguísima pena, que... mi alma llenóse de profunda gratitud... A cada instante oíamosle lastimarse: «¡Pobre Payo! Quizá le haya acaecido algún desgraciado accidente en el campo... Tan bueno, tan fiel, tan leal para el servicio. En él tenía puesta toda mi confianza.»

Dejó de hablar sollozando emocionada. Era una mujer pequeñita, rubia, de facciones agradables, que serían lindas si no careciesen del aseo natural que tan lastimosamente las faltaba. Vestía un maliné ya muy usado y manchoso. Sus cabellos, de oro si los cuidase, y así de doblé no muy legal por la suciedad en ellos acumulada, llevábalos despeinados en revuelto laberinto de trenzas enmarañadas. Era el desaliño más completo, justificado en parte por la pobreza muchas veces su más culpable inductora.

Payo mirábala atolondrado, absorto en un pensamiento íntimo que asaz impertinente le mortificaba.

«¡Él fiel! ¡Él leal! Depositario absoluto de la confianza de su amo, cuando..., aquella misma noche...»

Ocultó el rostro entre sus manos, y un escalofrío de pena y vergüenza recorrió su cuerpo que tembló azogado.

Su mujer advirtió su trastorno. Levantóse

sobresaltada, con el niño en su regazo, que despertó asustado refrotándose los soñolientos ojos.

—¡Payo, Payo!—exclamó Mercedes apoyando una mano sobre la cabeza de su esposo.—¿Qué tienes, di? Estás triste, turbado, convulsivo... ¡Cómo! ¡Lloras, lleras también!

Payo lloraba... lloraba de arrepentimiento, de dolor, de vergüenza.

Rechazó suavemente á su esposa.

—Déjame, Mercedes, no tengo nada. Sólo que...

Interrumpióse bruscamente. Luisín, su hijo, ya bien despierto, abrazóse á sus piernas hablándole con mimo; con esa melosidad dulzona de los niños.

—¡Anda! ¿Pos ande has estau tú que yo no t'ha visto, pade!

Payo puso sobre sus rodillas á su hijo acariciando su rubio y sucísimo rostro.

—*Mila, mila;*—prosiguió el pequeño exhibiendo un dulce que hasta entonces apretujara en su diestra.

—¿Quién te lo dió, hijo?—preguntóle Payo.

—*El amo, y me dijo, dice..... toma; pa tí. ¿Verdá pade, que tú no cheres nada? Ya eres gande...*

Payo no contestó. Dejó en el suelo á su hijo, y levantándose convulsivamente salió de casa... Y Mercedes intranquila, desasosegada, con la presunción de una posible desgracia, siguióle con

Luisín en brazos llamándole con voz queda, llorosa, suplicante.

* * *

Al día siguiente tres hombres de mirar adusto y cínico, eran conducidos á la cárcel por la guardia civil. Habían intentado robar á D. Norberto; al más rico propietario del pueblo. Y las gentes no se cansaban de prodigar los encomios más hiperbólicos, al honrado, al fiel, leal y pundonoroso Payo... «Si no hubiera sido por él que cogió infraganti á los ladrones, dejándoles encerrados dentro de la misma estancia donde su amo guardaba el dinero, le roban. ¡Vaya si le roban! Pero Payo fué todo un hombre...»

UN FATUO

I

AL apearse del tren Manolita, halló en la estación á sus primas Rosarito y Candelas que la esperaban.

Recibiéronla cariñosas, tiernísimamente amables como primas hermanas que eran, y ser aquella la vez primera que se entrevistaban.

No se conocían. Manolita, jovenzuela de unos diecisiete años, rubia, delgada, alta y esbelta, con ojos de mirar dulce y melancólico, y faz siempre orlada por cierta expresión de lánguida candidez, jamás había salido de aquel poblacho chiquirritín y mísero, cuna de su familia y sudario de sus dorados años infantiles.

Vivía allí al lado de su padre, labrador opulento, riquísimo; señor absoluto y prepotente de su pueblo, y con potestad indiscutible sobre los restantes pueblos del contorno.

Era una especie de reyezuelo *taifano*; un sátrapa poderoso y solemnísimo, dictador de leyes y árbitro de voluntades. Lo que él ordenaba se hacía; pero sin más dilaciones, sin que nadie osase aducir objeción ninguna. Alcalde por derecho propio de su pueblo, la vara *monterillesca* jamás salía de él más que cuando así le convenía; bien por manifestar cansancio administrativo, bien por traer entre manos algún asunto incompatible con la autoridad ruralesca. Mas siempre tenía especial cuidado de procurarse sucesor en su primer mozo de mulas, ó en el mayoral de sus obreros vitícolas. «Alcalde de su pueblo era facilísimo. Con que supiesen deietrear los sobres de los oficios, y garabatear regularmente su firma, los bastaba; lo demás él lo haría.»

En influencia política era omnipotente. Los más intrincadísimos chanchullos municipales, y las más árduas cuestiones litigiosas, resolvíanse siempre á su sabor y gusto con la mayor facilidad y prontitud.

Bastaba con que él girase una visita al político *A*, ó al magistrado *B*... En todas las esferas de la administración tenía ambiente de cordialidad.

Por eso en el distrito se le respetaba, le querían y le envidiaban. Tres sentimientos distintos encarnados en una sola personalidad...

¿Que había elecciones de diputados á Cortes ó provinciales? En uno y otro caso, el jefe del partido donde él militaba, le escribía el acostum-

brado billetito concebido siempre en términos casi idénticos:

«Querido Cayetano: No dudo que, vista la
»consecuente fidelidad de V. hacia los ideales
»que yo patrocino, en la presente ocasión no ne-
»gará V. su valioso concurso, trabajando en el
»distrito por la obtención del mayor número de
»votos coadyuvadores del triunfo de nuestra can-
»didatura electoral.

»Sabe puede contar con el apoyo oficial de
»su afmo. s. s. q. e. s. m. *El Conde del Cebollar.*»

Posteriormente á esta misiva, y cuando ya próximas las elecciones el candidato á la representación popular venía al pueblo de D. Cayetano, éste le acompañaba luego en su visita á los restantes pueblos del distrito.

En éstos ni se dudaba siquiera. «¿No era aquel señorito de chisterilla que acompañaba á D. Cayetano Escosura, el que se *ponía* de diputado en las próximas elecciones? Pues á él votarían. Lo decía D. Cayetano... Ya se aprovecharían luego de su influencia, en las muchas ocasiones que la necesitaran.»

D. Cayetano vivía en su pueblo modestamente, sin ostentación ninguna de lujo fastuoso.

Su casa, casa grande con aspecto de vivienda señorial, fachada oblonga de sillería con numeroso y rasgado balconaje, aposentos amueblados con sencillez para el uso ordinario y habitual, y estancias lujosísimas reservadas para la recepción

de los candidatos, y demás señorones amigos políticos y visitantes del ricacho labriego, era el único distintivo de su cuantiosa y sólida fortuna.

Revistaba sus numerosas labranzas jinete en un caballejo humildemente sencillo, y noblemente leal. Sus viajes á la ciudad, algo lejana del pueblo realizábalos por tren, yendo á la estación en tálburi... El coche, el hermoso coche landó, arrastrado por un soberbio par de mulas, que excluía para tal objeto de las quince ó más yuntas destinadas al cultivo de sus heredades, reservábase para cuando sus distinguidas amistades honrábanle con el cordial aviso de su llegada á la estación.

Había quedado viudo al nacer Manolita. Sus atenciones respecto á la educación de ésta, fué pensionarla en un colegio de señoritas establecido en un pueblo grande cercano al suyo; uno de esos pueblos con aire de urbes minúsculas, centro del comercio abastecedor de los pueblecillos que le circuían. Por eso la niña, la señorita lugareña, rica sucesora de vastas heredades, no conocía aún la ciudad aquella donde tenía primitas que la enviaban postales y programas de ferias y conciertos... Hasta que el padre de éstas, culto y prestigioso letrado con bufete abierto, y hermano de D. Cayetano, envió á éste una carta reprochándole su absoluta carencia de afectuoso interés para la única hija que tenía. «¿No le daba vergüenza que Manolita hubiese llegado á los

diecisiete años, sin haberla llevado ni una vez siquiera, á la ciudad conocida ya seguramente hasta por las hijas de sus criados?»

D. Cayetano sintió el reproche. «Razón, mucha razón tenía su hermano. Ya era tiempo de que su hija frecuentase aquella sociedad que no conocía..., la sociedad culta y distinguida de las grandes urbes.»

Llevó á Manolita á la estación dejándola en un coche de primera. Él no podía en aquella ocasión abandonar su casa, para acompañarla á la ciudad. Telegrafiaría á su hermano. La distancia no era muy larga... media hora escasa de tren. Y cual si se tratase únicamente de una importante factura de bacalao, telegrafió á su hermano la salida del tren en que iba Manolita; «él no podía acompañarla... ya iría cuando retornase al pueblo».

Y por tal razón Manolita apeóse del tren sin compañía ninguna... acogida ¡menos mal! por el sincero y afectuoso cariño de sus primas, naturalmente buenas y cariñosas.

II

Al llegar á casa del hermano de su padre, Manolita sentíase trastornada por el incesante y rumoroso ajeteo de la ciudad. Parecía aún percibir en sus oídos, con mezcla infernal de

ruidos distintos, el ruidoso movimiento y algazara de la estación; el rodar estrepitoso y trepidante de los coches de alquiler, y el zumbido característico de los tranvías eléctricos, que pasaban ante ella extasiándola con su raudo deslizamiento sobre los paralelos rieles. Todo aquello atolondrábala horriblemente, cual si en su cerebro sintiese el incesante golpeteo de innumerables martillos, descargados por cíclopes forzudos sobre durísimos yunques...

Luego tanta gente, tantísima alma como allí había.

Ingenuamente confidenció á sus primas su admiración. «¡Dios mío! ¡qué diferencia á su pueblo!»

Rosarito y Candelas rieron la candidez de su bella primita.

Eran ambas hermanas, si no muy bellas con esa belleza prodigiosa de la mujer que constituye tipo excepcional, bonitas é interesantes hasta el extremo de ofrecer sus físicos, grata delectación á los galanes entusiastas del bello sexo.

Eran rubias, airosas, de rostro sonrosado y mirar atrevido.

Parecían gemelas, sin más diferencia de una á otra que su edad. Rosarito, no llegaba á diecinueve años; Candelas no excedía mucho de los veinte... Hallábanse en absoluto identificadas en sus gustos y complacencias; sin repugnar á la una lo que agradase á la otra. Jamás reñían. No

pareciéndose en esto á la casi totalidad de las hermanas que viven juntas... Reían gozosamente con infantil regocijo, cualquier trivialidad que las chocase; divirtiéndose á costa de los pedantes que, ansiosos de agradarlas torturaban sus *meollos* para extraer el insípido chiste de su árido y pobrísimo ingenio...

Manolita ante la fluidez verbosa de sus primas, perdió la cortedad aquella que embarazó su espíritu al percibir por vez primera el ambiente bullicioso de la ciudad.

Su timidez nativa modificóse algún tanto sugestionada por la halagadora y risueña cordialidad de aquellos temperamentos expansivos... riendo al fin con deliciosa complacencia los atrevidos y osados juicios que sus primas hacían de los señoritos del pueblo. De aquéllos estudiantillos que ella las dijo formaban su tertulia de los domingos. El hijo del médico que cursaba el primero de medicina; el del secretario de Ayuntamiento, que ya era maestro elemental y se preparaba para el grado superior, y otro muchacho que aquel año se graduaría de bachiller...

Rosarito hizo á su prima el bosquejo físico de aquellos estudiantes lugareños. Ella se los figuraba así: altos, fornidos, de rostro mofletado, miembros rígidos y gruesos, con grandes piezas, descomunales manotas... muy atildados y correctos al ir de la ciudad al pueblo después del curso; bastotes y rusticaños luego que hubie-

sen experimentado los efectos incinerantes del sol agostino trillando en la era...

Candelas replicó á su hermana informando en pro de los aldeanos.

—¡Pero mujer! ¡Qué vas á decir de los estudiantes de pueblo! ¿No sabes que precisamente éstos son los que llenan las universidades? Aquí en la nuestra, seguramente que entre todos sus matriculados la mitad son de pueblo. ¿Encuentras tú acaso diferencias notables entre ellos y los de ciudad? No; porque entre unos y otros los habrá de mil distintas cualidades. Quién será bajito y rechoncho; quién altiricón y delgado como cable telegráfico. Unos serán finos y amables, otros groseros y antipáticos... Los habrá guapos, los habrá feos... ¡Bah! Todos ellos han brotado de un mismo plantío. Son sarmientos más ó menos afloxerados de la gran cepa humana...

Rosarito rióse arguyendo burlesca:

—¡Ay hija! Qué filósofa estás. Ni Rousseau podría si viviera discutir contigo...

Interrumpióse al ver entrar á sus padres que volvían de saldar una visita de cumplido.

D. Juan Escosura, alto, cuadrado, sanguíneo, con rostro expresivo poblado de recias barbas, detallando en toda su musculosa humanidad la salud plena de que disfrutaba, era el tipo clásico de la aldea metamorfoseado por la acción directa de los estudios y el trato social de la ciudad culta. Vestía con elegancia suma. Era abogado

de talento con grandes prestigios entre sus colegas togados, y había sabido acrecentar su fortuna viviendo con cierto boato de grandeza, en íntimo y cordialísimo trato con la más selecta y distinguida sociedad.

Su esposa, una señora alta, gruesa, de rostro abermejado y terso que debió ser bello en sus floridos años, y cabellos trigueños un tanto ya agrisados y blanquecinos, era el prototipo de la bondad, la dulzura y placidez más perfecta, armonizado todo por un carácter expansivo y campechano que atraía la voluntad de toda persona que la tratara.

Ambos esposos besaron con grandes trasportes de cariño, á su sobrina Manolita. La cándida niña lloraba de emoción al verse tan querida y mimada por aquellos parientes que hasta entonces no conociera...

D. Juan, irónico y mordaz preguntóla por su papá.

—No había podido venir, ¿verdad? Lo comprendía. Tantas ocupaciones... tantos asuntos como tenía impedíanle dejar su casa por unas horas... Si se hubiese tratado de acompañar á algún político, bueno; haría un sacrificio y vendría á la ciudad. Pero á su hija... ¿Para qué? Mejor venía él solo. Y entonces se estaba días y días en la ciudad sin acordarse de los asuntos de su casa... Ya conocía él del pie que cojeaba su hermano.

Rosarito y Candelas llevaron á Manolita á sus habitaciones. «La enseñarían la ropa que vestían; sus galas...» Luego pasaron al salón de música, donde un piano fué víctima de la afición medianamente educada de aquellas señoritas, que tocaban sólo por el mero hecho de serlo. Manolita también conocía algo el arte de Rossini.

Cansadas muy pronto del piano pusiéronse al balcón. Era el atardecer, hora de paseo. La calle, una calle céntrica siempre concurridísima, hallábase invadida ahora por una multitud enorme de paseantes, que afluían todos con dirección idéntica hacia un jardín extensísimo, espacioso, sombreado por copudos árboles... Manolita contemplaba con ávida admiración aquella muchedumbre incontable, infinita, heterogénea, que pasaba bajo su vista con discordante tonalidad de voces distintas, edades, policromitud de colores...

Veía ancianas vestidas de negro, venerables, encorbadas bajo el peso abrumador de sus años; cubriendo sus nevadas cabezas la capota austera, recogida, sujeta bajo la barbilla rugosa y afilada por cintas de seda... y apoyadas en caballeros también ancianos, imponentes con sus barbas blancas, patriarcales; severamente correctos con sus levitas abrochadas, sus copas altísimos acharolados... Señoritas elegantes, risueñas, dichosas al exhibir en público la riqueza de sus galas; invisibles sus rostros bajo aquellos sombrerotes anchísimos, feos, ridículos. Y jóvenes señoritos

que en nutridos grupos, pasaban riendo, bromeando, insolentes muchas veces en sus osados chicleos á las mujeres bonitas.

En estos últimos posóse más detenidamente la atención de Manolita. Al fin era mujer en sus años más floridos...

Rosarito y Candelas describíanla con su tono zumbón y chancero á los jóvenes por ella conocidos. Todos eran estudiantes. Unos laboriosos, ilustrados, de talento... Otros vagos, pedantes, juerguistas y viciosorros. Y todos eran de la ciudad. Había vacaciones... Candelas recordó á su hermana el tema de su anterior discusión. Allí no los había de pueblo; pero entre ellos los había malos, los había buenos...

Rosarito contrajo su hociquillo en mohín desdefñoso.

—Sí;—formuló con zumba.—Pero en cambio ahí tienes á *Pombal* que vale más que todos... los de ciudad y de pueblo juntos.

Ambas hermanas riéronse burlonamente indicando á Manolita al estudiante objeto de su risa.

Era un joven de estatura media; delgado, elegantemente vestido con una americana gris muy ceñida á su cuerpo entallado; un chaleco blanco bordado, pantalón de igual color, y zapatos bajos atacados con anchos cordones que al andar agitábanse ondulando grotescamente. Llevaba sombrero flexible con el ala toda echada hacia abajo; un bastoncito de caña, una pulserita de

reloj en la muñeca; prendida en el ojal izquierdo de su americana una flor... y del derecho pendía una cadenita de oro que desaparecía en parte en el bolsillo superior abierto por bajo de la solapa.

Considerado físicamente era hermoso. Tenía ojos negros, muy rasgados. Su nariz bien modelada, fina y artística, ornamentaba admirablemente el rostro ligeramente moreno y terso, cuidadosamente afeitado. Gastaba un bigotillo negro y sedoso de guías retorcidas, enhiestas...

Manolita miróle atentamente.

—Pues es muy guapo:—dijo á sus primas.

Sí..., en verdad que lo es,—corroboró Candelas.

—Pero es lástima. Si no fuera tan tonto...

Manolita miróla con extrañeza.

—¿Por qué es tonto?—interrogó.

—Porque sí, verás.

Y Candelas después de corresponder al saludo que el joven las hizo, bosquejó su retrato moral vaciándole en los moldes de su fraseología burlesca y zaheriente.

«Era estudiante del tercero de Derecho. Sin afición ninguna al estudio, que seguía obligado por sus padres, deseosos de que su hijo poseyese algún día el ornato de un título literario, sus exámenes eran siempre glosados por unos cuantos suspensos, que le forzaban á presentarse en Septiembre para aprobar mediante algún paso

influyente de su padre, las asignaturas en Junio suspendidas. En cambio, aficionadísimo á los azares del tapete verde, sus conocimientos en el *Bacarrá*, el *Monte* y la *Ruleta*, hacíanle muy respetable y considerado entre la *grey* trasnochada y disoluta de sus compañeros de juego. Gustaba también de frecuentar asiduamente, los lugares donde hallara desparramado el néctar de la prostitución y el vicio, que él paladeaba con verdadero deleite de crapuloso corrompido. Muchas veces los serenos llevábanle á casa completamente borracho... Pero á pesar de estas faltas lamentables que él reputaría quizá como virtudes juiciosas, era bueno; es decir, de leal querer, corazón bondadoso...

«Vestía siempre lujosísimamente acicalándose con exagerado y ridículo pedantismo. En este sentido era, ya lo había dicho, un tonto en toda la extensión de la palabra. Un gomoso, un fatuo; el personalismo de la más ridícula extravagancia... Como era rico, estimaba que cuantas más jocosas vistiese más admirado sería por todos. Como era guapo, creía que todas las mujeres habían de rendirse á sus solicitudes amorosas que asaz mujeriego prodigaba en gran número... Pero el pobre se engañaba. Nadie copiaba sus maneras de *lechuguino*, esclavo de la absurda presunción de transformar las modas. Lo que hacían era tomarle por blanco de sus chirigotas burlescas... Como igualmente ninguna mujer

decente y de distinción, correspondía á su amor que quizá muy halagada hubiese admitido si fuesen otras sus condiciones morales. Le llamaban el *Marqués de Pombal*. Alias calcado en su vanidad exagerada. Era tan despreciado por ésto, como por su fama de vicioso corrupto y borracho contumaz»...

Candelas calló. Y Manolita, en su ingenuidad candorosa lamentóse de que joven tan guapo y de tan buenas prendas físicas fuese tan vanidoso y calavera...

Rosita riéndose la predijo que cuando la viera la requebraría. Quizá en aquella misma noche, en el baile, en cuanto tuviese ocasión... ¡zas! Pepito, el *noble Marqués de Pombal*, diríala que la amaba; que la idolatraba, que la... en fin, que ella lo creía segurísimo... Ya vería, ya.

Manolita manifestó turbación.

—¿Ya te emocionas?—preguntóla riéndose Candelas.—No creas á esta loca; es una broma.

—No..., si no es por eso. Es que, como dice que en el baile...

—Sí, en el baile de esta noche; en el casino Principal. Ya estamos invitadas...

Manolita lamentóse tristemente. «Ella no sabía bailar. Y luego así, de repente, nada más venir de la aldea, sin prepararse, asistir á un baile de sociedad... De aquellos bailes ceremoniosos y elegantísimos, que ella había leído en las novelas. ¿No haría ella el ridículo entre aquella socie-

dad distinguida? Lo mejor sería dejar de asistir... Irían al teatro que no conocía.

Candelas animóla.

«¡Tonta! pero qué tontina era. ¿Creía que aquel baile era uno de esos bailes imponentes, majestuosos, que los reyes dan en sus palacios y á los cuales no asisten más que aristócratas, ministros y embajadores? No, hija, no... aquel baile sería elegante, distinguido, pero sin ceremoniosidades exageradas de empalagoso ritual. La etiqueta sencilla y natural de una educación correcta... Las personas que á él asistieran eran de su misma clase; y algunas de más humilde prosapia que ella. Además que ya de nombre la conocían muchos. Sabían que en un pueblecito rústico y chiquito florecía una flor digna de mejor ambiente... A su papá le conocían todos; era socio del casino donde el baile había de celebrarse, por lo cual ya veía cómo todos apresurábanse á honrar á la hija de un personaje influyente en la provincia... por más de no tener otros títulos que el de su opulenta y riquísima posición. Que era no sólo bastante, sino sobrada causa para ser honrado y bienquisto por el más linajudo señorón de la rancia aristocracia.»

Había anochecido. La calle alumbrábase por la intensa y luminosísima luz de los arcos voltaicos, que hacían irradiar con resplandores vivísimos los aparadores de las joyerías.

Había si se quiere tanta ó más animación que

al atardecer. Ahora los paseantes orientábanse en sentido inverso..., volviendo al centro de la ciudad.

—Van á pasear á la plaza mayor, hay concierto hasta las diez,—manifestó Candelas contestando á una pregunta de Manolita.—Nosotras no hemos salido hoy considerando que tú deberías sentir cansancio del viaje. Luego, como tenemos que prepararnos para asistir al baile...

¡El baile! Manolita sentíase sobrecogida de emoción ante aquella palabra tan sencilla. Iría á un baile de la ciudad; de aquella ciudad populosa, inmensa, mundial... ¡Ella que, por un destello de orgullo señorial, que la impedía descender al demócrata contacto de las humildes doncellas, sus coaldeanas, muchas de ellas hijas de los criados de su casa, jamás había asistido á los rústicos bailes de su pueblo! Y ahora tendría que asistir á aquel otro, elegante, distinguido, ceremonioso... escarabajado su amor propio de señorita rural, por el recelo de no poseer la necesaria cultura para alternar con la alta sociedad donde sus primitas gozaban de excelente consideración y aprecio; por su temor de parecer tosca, cursi, simplona como una aldeana que era... y lo que más la mortificaba era la idea de no vestir con la elegancia de aquellas señoritas que pasaban ante su vista cual visiones etéreas ataviadas lujosamente á la moda mundanal. Muchas de ellas quizá fuesen también al baile...

Mirábalas fijamente tratando de inquirir bajo el aspecto exterior de su inconmensurable y rimbombante lujo, el problemático é indefinible estado de su posición hacendada. ¿Serían ricas, muy ricas? Examinaba sus amplísimos y voluminosos sombreroes; los vestidos lujosísimos, las refulgentes joyas... Ansiando hallar en ello algún defecto, alguna fútil presea muy inferior á las usadas por ella. Mas deseo vano. Todo estimábalo á cual más valioso y superior á su vestuario... Y la candorosa niña ni posó siquiera un breve instante su vista deslumbrada, en las humildes grisetillas muy dichosas y complacidas con sus sencillas galas percalíneas. ¡Quizá en la contemplación de estas hijas del trabajo, hubiese hallado Manolita un delicioso sedante á su vanidoso prurito de superar en lujo á sus imaginarias y presuntas rivales! ¿Por qué no? Siempre es un consuelo para nuestro egoísmo hallar inferioridades en los semejantes nuestros...

Luego contemplaba á los jóvenes del sexo feo, á los señoritos. Correctísimos unos, pedantescos otros, excelentemente trajeados todos... sugiriéndola su modestia esta pregunta ingénuas: «¿Sería ella digna de los obsequios de aquellos jóvenes, algunos de los cuales asistirían al baile? Quizá la desdeñaran desconsideradamente. Era una aldeana palurda. Rica sí, muy rica. Pero al fin palurda...»

Y cual fúlgida bengala que surca rauda el

espacio umbroso, cruzó por su mente el recuerdo del estudiante aquél tan duramente zaherido por sus primas... *El Marqués de Pombal*. Vicioso, calavera, jugador y beodo, vanidosamente fatuo... Pero admirablemente hermoso, bello como el ángel rebelde á la autoridad suprema de su Creador. En aquel viciosorro temía Manolita hallar al primer mofador de su puebleril rusticañería.

III

Las once. D. Juan Escosura esperaba muellamente sentado en mullida butaca á que sus hijas y sobrina concluyesen su tocado. Este parecía prolongarse. El abogado para distraer su impaciencia hojeó distraidamente un «Nuevo Mundo»... es la mejor distracción para el espíritu que se aburre y carece de ánimos para leer. D. Juan vestía de etiqueta, dispuesto para el baile al que asistiría acompañando á su familia. En él hallábase citado con varios amigos... jugarían una partida al billar, su juego favorito.

Algo impaciente ya, dejó el semanario ilustrado poniéndose de pie. Dirigióse hacia la puerta monologando: «¡Estas mujeres! Son eternas en el tocador. Para un baile de tres horas deberían prepararse con cinco ó seis de antemano».

Abrió la puerta saliendo á un pasillo ancho, larguísimo. Una especie de galería con puertas á uno y otro lado. En una de éstas creyó percibir vocecitas alegres, regocijadas risas... Llamó con un golpecito suave, ténue.

—Entra, papá;—dijeron del lado de adentro.

D. Juan entró. Era el tocador de sus hijas. Un tocador elegante, monísimo. Rosarito y Candelas dispuestas ya, concluían de componer el tocado de su prima.

—¿Qué te parece Manolita, papá?—interrogó Rosarito mostrando al abogado la linda figura de su prima.

D. Juan contempló á su sobrina detenidamente, escrutando su tocado con la suficiencia de un hombre de mundo no profano en galas femeninas.

«Estaba muy bien, muy elegante, era un tocado distinguidísimo».

Candelas besó cariñosamente á su primita.

—¿Ves... tontina? Si estás monísima, idealmente sugestiva. Ya ves cómo papá lo asegura... y créelo cuando papá lo dice.

Rosarito añadió riéndose, con su risa siempre pueril y siempre graciosa.

—¿Querrás creer papá, que Manolita tiene recelo de causar ridículo en el baile? De eso nos reíamos cuando tú llamaste... pues dice que, como nunca ha bailado, como jamás ha alternado con sociedad tan distinguida, tan elegante... que si se burlarán todos de la señorita rural.

D. Juan motejó á Manolita sus infundados celos animándola á la vez con moderados elogios.

«Si no sabía bailar, que no bailase; mejor, más descansada. Si por razón natural, considerando que su vida habíase deslizado entre el tosco vecindario de su pueblecillo, no poseía la práctica de una etiqueta refinada y empalagosa, bastábala con la sencilla y correcta educación que en grado sumo poseía. Los ritos ceremoniosos y reverencias solemnes, moneda falsa de las grandes recepciones, ya se la asimilarían con el frecuente trato de la sociedad culta. Todo aquéllo era rutinario, práctico... Lo indispensable era la posesión de una delicadeza extremada, que impeliese á obrar siempre con recta intención de no ofender ni causar sonrojo á nadie. Luego iba elegante, distinguidísima. No diría él que superaría en elegancia á todas las señoritas que asistieran al baile; pero lo que es poder sumarse al núcleo de las más elegantes... eso se lo aseguraba á fuer de hombre aficionado á admirar tocados femeniles.»

Manolita sonrió. Las palabras de su tío halagando su amor propio de jovencita, desembarazáronla del desasosiego que la produjo su presunción de parecer cursi y burda á aquella sociedad que no conocía. Se mostraría resuelta, animada, sin timideces ni cortedades que la ridiculizasen... Alguna vez había de ser la prime-

ra, en que se iniciase su presentación ante un mundo al cual por su posición elevada pertenecía. Al cabo, ¿no era su padre uno de los contribuyentes más ricos de la provincia?

La idea de comprenderse rica, opulenta, amignoró en parte la delicada modestia que constituía su carácter. Era el imperio despótico del dinero que al fin poco ó mucho llega á predominar en el corazón más puritano... Manolita siempre modesta, candorosa, casi tímida, erguía su ánimo apocado ante el recuerdo de la enorme hacienda que su padre tenía allí, en aquel pueblucho mísero donde hasta entonces pasaran sus años niños...

A instancias de su tío colocóse ante un espejo contemplándose en toda la magnificencia de su lujo extraordinario. Admiró el riquísimo vestido, todo blanco, ornamentado prodigiosamente, de confección admirable... El fulgor radiante de sus joyas; de aquellas joyas valiosísimas, esplendentes, farautes de una fortuna fabulosa, inmensa..... y que hasta entonces jamás usara, guardándolas como preseas de inestimable origen al proceder de su madre, en cuyo retrato veíalas brillantes, mas sin rielar; cual astro gráfico que adorna el fondo oscuro del satinado papel de una obra cosmográfica.

Sintió alarmada su castidad de niña pudorosa, al notar el indiscreto escote del vestido, que exhibía con oficiosa complicidad de celoso favorecedor de lo bello, la nitidez purísima de aque-

llos hombros blanquísimos, mórbidos; el arranque de un seno virginal todo palpitante, tembloroso, agitado por la emoción intensa que la niña sentía, viendo expuesta al mirar libre y lujurión de los hombres su carne rosada, pura, jamás profanada por las miradas curiosas de los extraños.

Sonrióse con pueril satisfacción juzgándose hermosa, interesante; deleitándose con vanidad femenil en la contemplación de sus encantos personales... Y á su lado, muy arimaditas á ella, sonrientes, también bellas, veía á sus primas Rosarito y Candelas que la miraban; que se miraban... escrutando por centésima vez la compostura de su tocado tan elegante y rico como el de su prima.

Y algo más detrás, invisible para sí en la transparente luna del amplísimo espejo, su tío, envolviéndolas en cariñosa y tierna mirada, sonreía maliciosamente con indulgencia de varón recto y respetable; experto en la psicología de una edad todo ilusión, vanalidad, romanticismo... Viendo también reflejada en el espejo, la obesa y monumental figura de su tía, que, comodísimamente recostada en una butaca, esperaba pacientemente la conclusión de un tocado que daba muestras de no finalizar jamás.

Mas al fin concluyóse. Las tres gentiles señoritas, nobilísimos heraldos de un apellido prestigioso, dejaron el espejo volviéndose al abogado. Cuando quisiera, estaban dispuestas.

Salieron del tocador. Abajo, en la calle, esperábales un *simón* arrastrado por dos caballos escuálidos, mal entroncados. No era ocasión de ir á pie por esas calles de Dios á baile tan distinguido. El abogado gustaba de entonarse á veces, paseando en coche la sólida reputación de su bufete fecundo en minutas elevadas...

IV

El baile celebrábase en el salón más hermoso del casino Principal. Un salón grande, rectangular, magnífica y suntuosamente decorado al efecto. El mueblaje era soberbio, valiosísimo, digno de la entidad cuyos socios eran de lo más distinguido y lustroso de la población.

Cuando llegaron D. Juan Escosura y su familia, el salón hallábase ya repleto; invadido por una sociedad brillantísima.

Manolita, un tanto animada y resuelta antes, pareció turbarse cuando un joven, socio del casino, llegóse á ella ofreciéndola su brazo para introducirla en el salón.

Manolita tembló. Miró á sus primas que la sonreían... cogidas ya del brazo de otros dos jóvenes á quien hablaban con intimidad demostrativa de no ser aquella la primera vez que se veían.

Quiso hacer lo mismo correspondiendo cortesmente á los cumplidos de su caballero. Mas cuando haciendo un esfuerzo para recobrar el predominio de una resolución que la faltaba, levantó sus ojos para mirarle, sintió estremecido todo su sér por una sensación de sorpresa, de emoción vivísima.

Aquel rostro, ligeramente moreno, de expresión interesante, bella, atrayente; con ojos negros, grandes y cristalíneos; nariz admirable, boca correctísima, y bigotes sedosos, encosmetizados, enhiestos..., era el rostro mismo del zaherido y mal conceptuado estudiante; vicioso, borracho, Don Juanesco... era en fin el jocosamente adjetivado *Marqués de Pombal*.

Vestía con señoril distinción el correcto y acolillado frac; chaleco blanco, muy escotado; cuello alto de pajarilla encorbatado con un lazo diminuto también blanco; zapatitos bajos, negros, acharolados... y sus manos inhibíanse bajo la fina cabretilla de unos guantes igualmente blancos. ¡Ah! Se nos olvidaba. En el ojal derecho del frac llevaba prendida una flor blanca... Todo era blanco en aquel joven; todo menos sus cualidades morales que eran negras, muy negras...

Manolita enmudeció, sin corresponder siquiera con la cortesía obligada por la correcta educación, á las frases galantes que el joven la dirigía.

Recordaba lo que respecto de él contáronla sus primas. La vida crapulosa, el corrompido

proceder de aquel mal estudiante, tan ducho en jugadas del *Monte* como inepto para interpretar y asimilarse los textos de su carrera oficial.

Era además mujeriego, aficionado á requebrar con insolente descaro de libertino, á toda joven que él creyese fácil de conquistar.

Y la candorosa niña, tímida y modesta por carácter, temió que quizá el *Marqués de Pombal* viéndola tan apabullada, tan irresoluta, la tomase por una simplona muy á propósito para hacerla blanco de sus requiebros... Acordábase de la risa burlesca de Rosarito cuando la dijo: «Esta misma noche, en el baile, Pepito, el *Marqués de Pombal*, se te declara...» Y sus primas debían conocerle á fondo.

Entraron en el salón hendiendo la muchedumbre innúmera que le invadía.

Los tres jóvenes dejáronlas junto á mullidos y lujosos divanes. Y Manolita, torpemente, con balbuceos denotativos de la turbación que la embargaba, agradeció al joven su obsequiosa caballerosidad... Rosarito y Candelas celebraron la emoción de su prima. Rosarito musitóla maliciosamente: «Recuerda lo que esta tarde te dije.» Y Candelas festivamente, con su gracia peculiar de mujer ingeniosa insinuó: «He sorprendido en Pombal un no se qué de atenta admiración hacia tí, primita..., que me hace suponer... ¿Pero qué veo? Mira, mira; si te está contemplando con unos ojos... ¡Ay Manolilla! Marquesito tenemos...

Manolita sonrosadísima suplicó á sus primas

no se acordasen más de aquel joven disoluto y fatuo. La repugnaba, sin saber por qué. Quizá fuese por aquellas costumbres corrompidas que ellas mismas habíanle atribuído... Luego en el brevísimo espacio que medió entre el vestíbulo y el diván que ocupaban, le oyó decir unas simplezas... más tonterías...»

Sus primas dijéronla á guisa de lección.

«Pues mira: si por casualidad otra vez volviere á hablar contigo, á esas simplezas, á sus tonterías, contéstale de modo que él crea que tú las admites con satisfacción... es el sistema seguido por toda joven que le conoce.»

Manolita asintió sonriendo. «Así lo haría. Ya verían cómo se acostumbraba á tratar con aquellos entes distinguidos... En su pueblo y en los demás del contorno también los había afectados de aquel mal. Ahora que los aldeanos no usaban vocabulario tan florido... Pero el significado era idéntico.»

La orquesta preludió en aquel instante un animado y precioso bostón.

En el elemento joven notóse ese movimiento impulsivo signo de querer bailar.

Cada cual trató de procurarse pareja.

En un grupo departían amigablemente varios jóvenes...

—Con quién vas á bailar tú, Pombal?—preguntó uno de ellos á nuestro semiprotagonista que parecía no protestar de tal alias.

Pombal contestó enfáticamente, mirando á Manolita que departía con sus primas y varias señoritas llegadas en aquel momento:

—¡Phs! Con aquella niña rubia, prima de las de Escosura.

—¡Ah!—exclamó otro.—¿De modo que esa señorita es la hija de D. Cayetano, seguramente? El hermano del abogado; patriarca de no sé que pueblecillo donde impera con indiscutible potestad de caid ó visir mogrebino. Ya habíamos hablado de esa joven en varias ocasiones; lamentándonos de su reclusión en aquel pueblucho rústico é insignificante... Y que en verdad es hermosa.

—Más es rica;—manifestó un tercero.

—Por ella, Pombal,—insinuó otro del grupo guiñando maliciosamente sus ojos al joven con aire de confidencia.—La niña de por sí no es mal bocado; luego, con el aditamento de una fortuna no chica...

—¡Phs! No creas que lo descuido, Emilio, que ya la he dirigido algunas indirectas... cuando la introduje del brazo en el salón. Vosotros ya sabéis lo maestro que soy en materias amorosas, lo diligente, súbito... al instante que hablo con una mujer que lo merezca, ¡zás! se lo planto. Es mi sistema; las plazas que se han de tomar, cuanto antes mejor... antes de que puedan recibir refuerzos. Y ésta..., me parece que se me rinde al punto. No de otro modo se explica aquel tem-

blorcillo que sintió á las primeras palabras que la dirigió; su rubor, su confusión... ¡Chicos! Ni siquiera acertaba á contestarme. Creo que la he flechado.

Perfiló su cuerpo cuadrándose arrogantemente; estiró los brazos horizontalmente hacia adelante, sacándose los puños de la camisa fuera de las mangas del frac; estiróse éste, tosió, retusóse con ambas manos el bigote, y miró con descaro á Manolita que, en animada plática con Candelas, ni se acordaba de él para nada. Tal era la deferente simpatía que la joven mostraba por la importante figura del ínclito Pombal.

Dos de los jóvenes del grupo brindáronse á acompañarle. «Irían por Rosarito y Candelas; él podía bailar con Manolita...»

Aceptó. Y Rosarito, viéndoles dirigirse hacia ellas, llamó la atención de su prima y hermana.

—Acá vienen; prepárate, Manolita. Pombal cubre totalmente tu carnet...

Los tres jóvenes llegaron solicitando apuntar su nombre en el respectivo carnet de cada una de las señoritas.

Pombal osadamente requirió:

—¿Cuántos, señorita?

Manolita comprendió.

—Uno sólo caballero.

—¡Bah!—exclamó Pombal con insolencia.—

Uno no es ninguno...—Y apuntóse tres.

Manolita confesó sinceramente:

—Advierto á V. que no sé bailar... jamás lo hice.

—Tanto mejor señorita, pasearemos.

Rosarito y Candelas sonriendo maliciosamente habíanse ya alejado. Manolita y Pombal hicieron lo propio... Y entre el dédalo intrincadísimo de parejas que locamente valsaban, pasearon.

Pombal primeramente quiso demostrar á la joven su ilustración distinguida con algunos ensayos fraseológicos.

Describió la vida divertidísima de la ciudad. Los bailes, el teatro, los saraos elegantísimos de la alta sociedad... lamentándose de que joven tan linda, tan bella, tan...—mas contengamos nuestra pluma en la transcripción de piropos vanos, lisonjas necias;—pasase su vida en aquel pueblucho rústico, indigno de servirla de morada... Era una flor delicada y bella, vegetando en árido erial, en impuro contacto con abrojos y yerbajos.

Manolita enmudeció tímidamente, turbada por el chaparrón de floreos y aleluyas que su galanteador prodigábala elocuente.

Apenas comprendía. Verdad es que tampoco prestaba muy detenida atención...

Pombal fué poco á poco escurriéndose por el terreno resbaladizo de una declaración de amor.

«Confesó patéticamente la emoción intensísima que sintió al contemplarla por vez primera. Una emoción inexplicable, honda, *bestial*... Ya

cuando la vió por la tarde en el balcón de sus primas, aquel rostro de cielo quedó grabado en su mente, inundándole el alma de dulcísimos anhelos. Luego, cuando honrándole aceptó su brazo para introducirla en el salón, y pudo apreciar de cerca aquel su cuerpecito airoso y gracil; de talle *juncáceo*, contornos delicados, *artecaprichosos, turulatamente* bellos... Vamos que..., no podía menos de confesárselo... Se hallaba *bestialmente, brutalmente, estúpidamente* enamorado.»

Manolita sintióse astiada. Olvidó la lección que sus primas la dieran, de burlarse de aquel ente con falsas muestras de recibir halagada sus sandeces ridículas. En aquel instante, fué la niña siempre modesta, candorosa, tímida... Ella no conocía la burla; su sistema era la sinceridad noble y franca, desnuda de zaheridores sarcasmos...

Callóse resignadamente, tratando de encontrar un medio cortés que la librase de aquel fatuo.

Habíanse bailado ya dos bailes. Aún la restaba media hora de suplicio... Confesó hallarse cansada, por lo cual suplicó á Pombal.

«Si fuese tan amable que la condujese al lado de su tía...»

Pero Pombal no desistía fácilmente. «Érale preciso, indispensable, absolutamente imprescindible para su sosiego, recibir una muestra de agrado, de simpatía, de deferencia...»

Manolita miró anhelosamente escudriñando los ámbitos del espacioso salón.

Vió á muchas señoritas sentadas. Otras paseaban..., entre estas últimas hallábanse sus primas acompañadas por distinguidos jóvenes con los cuales departían festivamente.

En el extremo opuesto del salón, cómodamente arrellenada en un diván, veía á su tía dándose aire furiosamente con su inconmensurable abanico... La elevada temperatura del salón era incompatible con la excesiva obesidad de la respetable abogada.

Manolita dirigióse á ella.

—¡Querida tía!—susurró mimosamente sentándose á su lado.

—¿Qué tienes, niña? ¿estás enferma?—preguntó con grande interés su tía.

—No... es que... ya la diré...

Volvióse á Pombal, respetuosamente plantado frente á ella.

—Agradecidísima á V. caballero.

Pombal comprendió. Allí estorbaba... Saludó ceremonioso, retirándose hacia el centro del salón.

Emilio su amigo, el socarrón adulator detúvole interrogándole:

—¿Qué tal la niña? ¿Se rinde?

—Poco falta, chico. Ya creo haberla mareado... ¿Sabes? El mareamiento ese, preludio del amor que invade á toda joven modesta y casta...

JUVENTUD VICIOSA,
VEJEZ HAMBRIENTA

Los dos eran ricos, jóvenes y huérfanos. Carlos, hijo de un ilustre y distinguido abogado, quedó á la muerte de su padre dueño de una regular fortuna, hallándose próximo á licenciarse en la carrera de Derecho; y Luis, que lo era de un célebre y eminente médico, igualmente rico, y tenía ya aprobados cinco años de medicina.

Los padres de ambos habían querido que sus hijos estudiasen sus carreras respectivas, para así algún día poder legarles á la vez que un nombre ilustre, sus libros, su gloria, y la fortuna adquirida con tanto trabajo como constancia en el ejercicio de sus bien distintas profesiones.

Carlos, á la muerte de su padre, continuó con fe y entusiasmo sus estudios, haciendo esperar de él que fuese digno sucesor de aquél que un

día ilustró el foro con su elocuencia y profunda erudición.

Luis, en cambio, confiado en la fortuna que su padre le dejara y olvidando los consejos que en la postrer hora éste le diera, fué poco á poco y como insensiblemente abandonando sus estudios, y pronto la Universidad perdió un alumno, y los sitios de placer y crápula obtuvieron en cambio la continua asistencia de un asiduo concurrente.

Carlos veía con pesar cómo aquel amigo de la infancia, con quien había tantas veces compartido los locos juegos de la edad infantil, olvidaba sus deberes de dignidad, abandonando aquellos libros tan queridos, recuerdo imperecedero de la memoria de su padre, y donde éste absorbió aquella ciencia que orló su nombre oscuro de obrero intelectual, con la corona gloriosa de láurea inmortalidad.

Sus consejos de nada servían; su amigo de ellos se burlaba...—Mira, Luis,—decíale con esa entonación suave del hombre que quiere persuadir;—ya que tus inclinaciones son contrarias al estudio; ya que has olvidado los deseos de tu padre que, cual los del mío eran que nosotros, sus hijos, fuésemos algún día los continuadores de su ciencia elaborada con la savia erudita de esos libros que desprecias, y que ellos, tu padre como el mío, nos dejaron como perenne testimonio de su vida de trabajo, abandona á lo menos esa es-

candalosa vida de vicio que has emprendido; retrocede en el camino vergonzoso del vil libertinaje, y vuelve, aún es tiempo, á la pulcra vida aquella que tu padre te enseñara. ¿No quieres estudiar? Bueno, no estudies; eres rico y puedes vivir sin trabajar. Pero cuida, Luis, cuida de esa fortuna ganada por el trabajo y la virtud, y no la emplees en deleites impuros, ni malgastes en escandalosas orgías.

Luis se reía de su amigo.—¡Bah!—le decía,—estás demasiado romántico. ¿Qué ganaron nuestros padres con estudiar tanto? Dirás tú, que fortuna, ciencia, gloria, renombre... ¿Y eso á qué costa, amigo mío? A costa de una vida larguísima dedicada enteramente al estudio y al trabajo; desconociendo en absoluto las delicias de una vida de placer, y prematuramente arrugadas sus frentes bajo el peso abrumador de su sabiduría inútil... Supieron con su trabajo ganarse una fortuna, y nosotros, á lo menos yo, la disfruto gozando del placer que el mundo brinda... ¡Estudiar! ¡trabajar..! ¡Bah! Vamos á ver,—añadió con la sonrisa cínica del hombre vicioso:—Tú eres tan rico como yo; tú trabajas y yo gozo; tú ahorras y yo gasto; pero también tus años son los míos, y el tiempo para ambos pasa igual... Cuando lleguemos á viejos, tu fortuna habrá aumentado; serás rico, serás célebre. ¿Pero habrás gozado? ¡No! En cambio yo, rico por el trabajo de mi padre, libre de cuidados, exento de ambi-

ciones, de anhelos..., atento únicamente á disfrutar; pensando solamente en divertirme, cuando tú tengas la frente arrugada por el trabajo mental, y tu calva cabeza indique tu ruina, yo me hallaré joven, alegre siempre, siempre jovial...—Y eso es lo que se saca de este mundo; y cuando puede sacarse es de joven... pues de viejo, la ciencia cansa, el dinero estorba, y la alegría huelga... Quien no se divirtió de joven, mal puede disfrutar de viejo.

Carlos oyó á su amigo con pesar inmenso. Era un vicioso empedernido, á quien ya es imposible regenerar... Un vicioso convencido que no hay cosa mejor que sus vicios.

Los años pasaron. Carlos concluyó brillantemente sus estudios, abrió su bufete, y muy luego adquirió renombre de hábil y elocuente juriscónsulto... Jamás volvió á ver ni oír de Luis. Un día supo que había emprendido un viaje de placer á lejanas tierras, acompañado de una cocotte muy en boga en la sociedad crapulosa.

.....
Era uno de los más fríos días del mes de Enero. En la entapizada y confortada estancia de un señorial palacio, leía tranquilamente un venerable anciano, reclinado muellemente en el cómodo asiento de una gran butaca, y apoyados sus pies sobre una espesa y belluda piel de oso.

De cuando en cuando dejaba el libro en el

cual leía, y mirando con venerable placidez á través de los cristales, los blancos copos de nieve que volaban por el espacio impelidos por el viento, restregábase satisfecho sus manos ensortijadas, bostezando con esa somnolencia del que oye silvar el aquilón sin sentir su tacto helado.

Un hermoso reloj de pared dió las cinco. Era la hora en que el anciano acostumbraba á ir todas tardes á reunirse con su tertulia del casino. Allí pasaba tranquilamente hasta las diez que volvía á cenar... Tendió el diestro brazo, y oprimió el botoncito de un timbre que vibró allá lejos con el imperio irascible de una voz de mando.

—Preparad el automóvil,—dijo al criado que se presentó á recibir órdenes. El criado antes de retirarse entrególe un papel con un nombre escrito con lápiz.

El anciano leyó este nombre, y un estremecimiento nervioso recorrió su cuerpo débil y delicado. Su calva frente se contrajo al recuerdo quizá ya olvidado de otra época ya pasada, y con voz balbuciente ordenó al criado:—Que pase quien te ha dado este papel.

Poco después presentóse ante el anciano absorto, otro anciano sucio y andrajoso, cuya faz lívida y delgadez extremada denotaban la mísera indigencia que padecía.

Temblaba de frío; y al acercarse al anciano oyó éste el horrible castañeteo de sus dientes...

—¿Es usted D. Carlos de ***?—preguntó temblando.

—Sí, señor; ¿y usted quién es?—interrogó desconfiado el rico señor del palacio.

—Soy... soy...—balbuceó el mendigo;—la persona cuyo nombre habrá usted leído en el papel que le han dado.

—¡Usted!.. ¡tú!—exclamó estupefacto el anciano;—tú, Luis de Sanabria; mi amigo, mi hermano, mi...—Una lágrima desprendióse de los ojos del mendigo resbalando sobre la amarilla epidermis de su delgada mejilla. Carlos abrió los brazos recibiendo en ellos á su amigo querido, que lloraba... lloraba... con lágrimas de arrepentimiento; con sollozos de gratitud.

—Tienes frío, Luis; quizá hambre...—dijo Carlos mirando á su amigo con lástima.—Y yo aquí con calor, lleno el estómago... desde hoy vivirás conmigo, comerás mi pan, vestirás mis ropas y calentarás tus miembros en mi brasero...

Luis con el huesoso rostro entre las sucias manos seguía llorando; llorando ante la bondad inmensa de aquel amigo, personificación de la amistad sincera y santa.

—Vamos, Luis, no llores más,—dijo Carlos conmovido,—ya pasó, hombre; ya pasó. Un error de la juventud y... su consecuencia en la vejez... ven á calentarte ahora; luego te despojas de esos andrajos... mientras te calientas me cuentas tu Odisea, Luis.

Luis contó á su amigo su vida toda, sin omitir detalle alguno. Era la triste Odisea de todos los que como él viven... Mientras tuvo dinero gozó, triunfó, vivió el placer mentido y vano de la lujuria y el vicio..., con prostitutas, borrachos, falsos amigos que, con palmadas en el hombro y rimbombantes frases de adulación, le merma-ban el bolsillo bebiendo siempre á su costa. Luego sucedió lo inevitable; el dinero se acabó, las rameras le dejaron y los amigos no le conocieron... Llegó un día que le faltó que comer. Mendigó y le rechazaron; buscó empleo y no le hallaba... Hasta que al fin y obligado por el hambre, tuvo que trabajar corporalmente. Él, el niño mimado, el estudiante travieso, el señorito ricacho descargó fardos de alfalfa en una estación extranjera, desconocido de todos; empujado por los unos, hostigado por los otros y burlándose los más del *obrero señoritíngo* como le llamaban.

Luego llegó la vejez; con sus temblores, achaques, nulidades... y no pudiendo ya trabajar, mendigó sucio y harapiento el pan cotidiano con la manta al hombro y de sostén un palo. Y de pueblo en pueblo, de puerta en puerta, por los campos, por los valles, durmiendo aquí, cayendo allá, llegó al fin errante y mísero á su ciudad querida donde supo que su amigo incomparable, había con su trabajo y constancia aumentado su fortuna viviendo rico y feliz en un soberbio y señorial palacio...

Calló. El eco lúgubre de su voz hambrienta repercutió en la espaciosa y confortada estancia, y bruscamente púsose en pie dirigiendo sus llorosos ojos hacia una biblioteca repleta de libros que en un ángulo de la habitación se hallaba.

—Carlos; esos libros, —extendiendo su brazo escuálido,—son el testimonio perenne de tu vida de trabajo; como algún día, tú lo dijiste, lo fueron de nuestros padres inolvidables. Con ellos, tú eres el ingerto que renueva la vida gloriosa de tu padre; aumentaste la fortuna que él te legó, y vives rico, feliz y por todos respetado. Porque con ellos trabajaste. Y yo, al despreciarles soy el hijo indigno de un padre glorioso; el ludibrio de un apellido honrado, y derroché fortuna, salud, todo... viviendo ahora pobre, hambriento y por todos despreciado. ¡Por qué con ellos, no trabajé! ¡Loco! ¡loco! ¡qué loco fui! Y un sollozo tristísimo desgarró su garganta, escondiendo su mísera cabeza en el noble pecho del amigo leal.

—Luis,—dijo Carlos con dulzura,—consuélate, ya no tiene remedio. Tu desgracia nació de un equívoco en tus apreciaciones; invertiste los términos... En vez de creer que en la juventud se huelga, se goza y se disfruta porque en la vejez todo sobra..., debiste pensar que hay que trabajar de joven, para comer pan..., de viejo...

EL BOTIJO DEL MOCHIL

Los ardientes rayos de un sol Agostino caían abrasadores sobre la seca y polvorienta tierra, achicharrando á sus moradores con el irresistible fuego de aquel horno incandescente.

Era el mediodía. La brisa cual si asaz maligna quisiera cooperar con el ígneo astro al asamiento humano, habíase alejado con sus deliciosos perfumes allá, á las regiones heladas de las nieves perpetuas, reservándose sin duda para cuando luego, en el crudo invierno, dispusiérase á helarnos auxiliada entonces por el sol que haciendo sus acostumbradas cucarditas, ocultaríase exhibiéndose á cortos intervalos tras la opacidad cenicienta de alguna nube parduzca.

El excesivo calor y la escasez de la brisa, hacía que por doquier se extendiese esa calma abrumadora típica de los días calurosos de esta época estival; calma en la cual ningún murmullo humano turba su monotonía silenciosa, pareciendo ó que ningún ser viviente poblaba la tierra, ó

que todos hallábanse apabullados bajo los efectos de aquella tremenda calorina, sufriendo lo que vulgarmente se llama *modorrera galvanosa*.

Todo permanecía en mustio silencio. Los grillos no osaban salir del interior de sus frescas cuevas para musicar con el áspero frotamiento de sus huecos élitros, y los pájaros no alegraban con sus gorgoros la mustia melancolía de la campiña.

La cantarina calandria no hendía los aires arrojándola infinidad de trinos que tan melódico hace su canto; la tierna codorniz ocultaba jadeante su cuerpo ovoide, entre los frescos juncos de los arroyuelos que la prestaban temperatura grata, y los ligeros pardillos, las vistosas oropéndolas y los alegres jilgueros, habían emigrado todos á un espeso soto cuyos altos árboles brindábales la agradable perspectiva de su sombra fresquísimas.

Todos ocultábanse sustrayéndose prudentes á la acción irresistible de aquel sol asfixiante.

Los vagos cantarines de los campos, cantados por los poetas como compañeros inseparables del labriego, abandónanle ahora en que el sol envía en la perpendicularidad de sus rayos la fuerza toda de su calórico; como le abandonan luego cuando el ábrego azota la llanura, y la nieve envuelve en blanco sudario los deshojados árboles y las escuetas lomas.

Sólo el labriego, el mísero tributario de la

tierra calcinada, adherido á ella cual larva embrionaria al jugo que la nutre, es el que resiste impávido la rigurosidad de un calor volcánico, persistiendo impertérrito sobre el suelo áspero y terroso del cual extrae su sustento.

Esparcidas por el campo vense distintas comparsas de segadores.

Unas ya, en derredor de humeantes fuentes repletas de rojizos garbanzos, comen con plácido reposo. Otras en perspectiva de realizar tan grata operación... y algunas, no muchas, dan la última mano de siega esperando al rezagado mochil que ya tarda en llegar.

En un extenso campo de trigo segaban cuatro segadores y dos mochiles.

Siegan en silencio, sin proferir entre ellos expresión ninguna. Unos en pos de otros y en alineación perfecta, avanzan uniformemente abriendo ancha brecha en la espesura de unos tallos enhiestos y crugientes, formando tras de sí gruesas y numerosas gavillas.

Cúrvanse hacia la polvorienta tierra en violenta flexión sus espinazos. Giran de derecha á izquierda sus cuerpos musculosos, y en cada brusco viraje una manotada de aureas espigas, es truncada por la acerada hoz que fulgura radiantes resplandores, herida de soslayo por el sol ígneo.

Los retostados rostros emanan hilillos de sudor que ellos no se cuidan de enjugar: «Allí está la tierra, sedienta y ardorosa que lo recibirá

como sagrada ofrenda de un trabajo viril é im-probo...»

Agítanse los fornidos torax al raudo respirar de sus pulmones. Crugen los reseco tallos en monótono ris-ras al ser cortados por las curvas hoces, y el hálito perezoso de las entreabiertas bocas, fúndese con el seco polvillo expelido por la tierra. ¡Gloriosa fusión que amasa el duro mendrugo sustentador del labriego!

Los mochiles surcan rápidos el extenso gavi-llero, agrupando en orden las diseminadas gavi-llas. Luego, con la izquierda mano puesta en la espalda, con la cual sostienen el palo corvo, nombrado por ellos *atropador*, con la diestra respigan el lugar donde las gavillas estuvieron. Uno de estos canturreó una sosa canción popular.

—Oye muchacho,—gritóle el mayoral dando una brusca hocinada á varias espigas no cogidas por la hoz:—déjate ahora de cantares, vete al ható á preparar para comer; ya son las doce y no tardará el mochil que la corre (1).

El muchacho no se hizo repetir la orden. Pre-surosamente arrojó lejos de sí el corvo palo, llegándose diligente al ható y extendiendo el mantel. ¡El mantel! Una no muy amplia rodilla, ya sucia y raboneada por el uso, extendida por el suelo calcinado y polvoriento.

Pronto acercáronse hacia el vivac los segado-

(1) Dícese del que va al pueblo por la comida, y la expresión vulgar es «correr la olla».

res. Vienen ya erguidos, es decir, no; semierguidos, pues la prolongada curvatura de sus espinas dorsales, hanles doblegado el cuerpo semejándole á un zig-zag... Llegan cansados, extenuados, sudorientos.

Sus enormes zapatos, hundían quebrantando el resto de tallo de las segadas cañas del rastrojo las cuales una vez libres de aquella opresión, volvían á erguirse con ásperos crugimientos...

Circundan el sucio trapajo que hace de mantel. Y lo hacen de rodillas, sentados sobre los fortísimos tarsos recubiertos por el espeso contrafuerte de sus zapatos. Afilan pausadamente las curvas hoces con la gruesa piedra pizarrosa, que chirrea á su contacto con el acero... é ínterin el sol continúa derramando sobre el llano una catarata de fuego.

El mayoral agita un gran botijo que al parecer se halla vacío. Y con acento impregnado de amargura exclama:—¡Rediez que sed!

—Ya no tardará en venir,—dijo un segador haciendo esfuerzos por despegar la lengua del reseco paladar.

—¡Allí está!—exclamó un tercero señalando con su hoz el final de un camino, que se perdía en zig-zag por entre rastrojos y trigarrales.

Miraron todos. Y efectivamente vieron allá, lejos aún, la negra mancha de un bulto que parecía avanzar por el camino agrandándose por momentos...

Hicieron señas con las hoces para que animase el que venía. Este pareció haberlas visto. Advertíase ya el movimiento de sus piernas que se abrían y cerraban contra el vientre de su asnal cabalgadura.

—¡Ya viene el botijo!—exclamaron todos alegremente animándose sus curtidos rostros con el fulgor de sus miradas satisfechas.

La chamusquina en aquel momento era irresistible. El sol enviaba desde lo alto del cénit y en la perpendicularidad de sus rayos, todo el fuego de su enorme disco en ignición.

Los segadores, inclinadas sus ensombreradas cabezas abrumadas por la pesadez plomiza de aquel calor infernal, seguían afilando con inalterable parsimonia sus cortantes hoces, sin cuidarse de limpiar el sudor que resbalaba goteando por entre los ralos pelillos de sus mejillas sin afeitar.

Hallábanse mustios, cabizbajos, silenciosos... La rigurosidad del calor impedía la expansión natural de sus caracteres comunmente alegres; la sed horrorosa que sufrían secaba sus palabras antes de ser expelidas por los resechos labios...

Una voz infantil sacóles de su abstracción galvanosa. Un sooo... chillón y fuerte del mochil que esperaban, hizo que prestamente arrojasen las hoces que afilaban, levantándose presurosos, diligentes...

—¡Ah del botijo!—gritó el mayoral yendo al

encuentro del mochil que ya venía hacia él con uno enorme, puesto al hombro.

Cogióle por ambas asas, y levantándole hacia el cielo, cerró los ojos heridos por la refracción solar, y estuvo bebiendo cinco minutos con un delicioso *clo-clo*, que sonaba agradablemente en los sedientos que esperaban, los cuales sucesivamente fueron bebiendo.

Luego el mayoral volvió á coger el botijo. Y poniéndole en el suelo ante él y bajo sus manos tendidas como en actitud de bendecirle, exclamó solemnemente con tono doctoral.

—¡Oh botijo! ¡Celestial y admirable botijo! Tú eres el más precioso auxiliar de nuestra vida de trabajos. Sin tí, ¡oh compañero inseparable de nuestras miserias! Sin el fresco líquido de tu orondo vientre, maná delicioso que mitiga la mortal angustia de nuestra sed implacable, nuestra vida se extinguiría atrofiada por la irresistible canícula de este sol asfixiante; pero tú ¡oh maravilloso sedante de nuestro acerbo sufrimiento! vienes generoso y magnánimo á remojar nuestra seca y pegajosa lengua, devolviendo la paz á nuestras almas, turbadas por la sed devoradora que nos asesinaba.

Por eso yo ¡oh glorioso! ¡oh gran botijo! yo te bendigo. Te bendigo y proclamo soberano del rastrojo, en estos días infernales; paz y sosiego del atribulado espíritu del segador sediento, y el más valiosísimo amuleto contra su sed homicida...

Un soberbio eructo de sus compañeros, confirmó el himno que el mayoral dedicó al botijo. Luego continuó dirigiéndose al mochil que había traído el yantar, agarrándole de su derecha oreja.

—Y tú, rapaz pillerín que tardas en salir de la fuente por correr luego al borrico, ten cuidado, especial cuidado de ese botijo á cuyo servicio estás; pues si...—aquí el mayoral recalcó su acento, —si algún día llegases al rastrojo sin botijo por haberle roto, y el agua que contenía hiciese falta suma, te juro que esta orejita sería la responsable...

Y con sus dedazos oprimíala doblándola cual fragilísimo papel, á buena cuenta de los chillidos del muchacho que, con sus manos colgadas de la que le martirizaba, y con gran pataleo cual si bailase flamenco, decía:—No, mayoral; no, no lo romperé, no; pierda usted cuidauuu...

El mayoral soltó la oreja del pobre diablo, que presuroso alejóse de aquel lugar coligiendo en lo duro de la advertencia, la severidad del castigo en caso de cometer el pecado.

Y muy luego, aplacada la sed de los sedientos, y recogidas las gavillas de los rezagados mochiles, en grata paz y concordia honran todos la sopa de pan migado, haciendo que de vez en cuando circule la enorme bota de unos á otros, bebiendo ahora tanto vino como deseos sintieron antes por beber agua...

DOS LUNAS DE MIEL
DISTINTAS

I

EN diminuto gabinete hállanse sentados sobre cómodo diván dos jóvenes amantes. Y decimos amantes, por el amoroso diálogo que sostienen impregnado con la fragancia de unas miradas ardientes, lava expelida del seno de ese volcán amoroso, tan terrible ó más en sus erupciones que el más potente de los volcanes geológicos.

Ella es una deliciosa rubia, bella y risueña como el albor tenue de una mañana estival. Sus ojos son azulados, como el infinito del cielo en despejado día abrioleño; y sus labios purpúreos cual pétalos encendidos de rosa alejandrina, sir-

ven de apretado broche á una boquita que, cerrada, seméjase al encapullado botón de un clavel semioculto entre el verdoso cerco de sus sépalos.

Escucha con plácida languidez á su novio, joven distinguido, alto, arrogante. Viste con elegante distinción una sencilla y democrática americana de dril, muy cómoda para el calor que deja sentirse en uno de los días más calurosos del mes de Junio. Lleva pantalón claro de fina lanilla, y calza ligeros zapatos de lona. Un traje, en fin, de humilde burgués, ostentado con la natural elegancia de un aristócrata de rancia pro-sapia.

Tiene el sombrero de paja sobre una butaca enfundada en rosa. Sus cabellos, peinados cuidadosamente con la crencha en medio, forman un marco de ébano,—pues negros eran—en derredor de una frente alta y despejada, indicio claro de no torpe criterio.

Un bigote espeso y suavizado por arte del cosmético, de enhiestas puntas que se dirigen atrevidas hacia lo alto de su rostro moreno, da á su aspecto un tinte de noble dignidad, no exento de belleza.

Habla con acento suave y amoroso, subyugando deleitadamente á la hermosa.

Enlázanse cariñosamente sus manos. Y con el rostro radiante y arrebolado por la felicidad de su amor mutuamente correspondido, ambos no-

vios hablan de su próxima boda idealizando los planes más quiméricos para el porvenir.

—Nos casaremos en Septiembre,—insinuaba ella con argentina voz que aflufa balbuciente á sus bermejos labios.

No,—decía él.—¿No comprendes amada mía, que en Septiembre se termina la cálida estación estival, para dar paso al melancólico otoño en el cual las flores pierden su ambrosía, y los árboles vense desnudos de sus hojas que, ajadas y amarillentas son arrastradas por el frío viento por entre lodazales y basureros, con quejidos dolorosos de recuerdos inolvidables de la estación bondadosa, que benigna las reviste con el ropaje verdoso de su esplendor?... Y luego el invierno; el horrible y crudo invierno; con sus heladas, nieves, ventiscas... ¡No! Nos casaremos ahora. En la primavera, que es cuando los campos se reverdecen; las flores abren sus pétalos y extienden sus hojas, irguiéndose airoas y cimbreantes sobre los verdes tallos con reflejos purísimos de la rosada aurora que las acaricia. Los pájaros cantan regocijados trinos de amor á la vida, y se lanzan con incesante gorjeo por la inmensidad infinita del espacio, llenando los aires con la música divina de sus privilegiadas gargantas. Los aires son más puros, más suaves las brisas y las noches más poéticas con sus cielos sembrados de rutilantes estrellas... Y luego el estío, con sus verbenas, sus mañanas tibias y soñadoras, mañanas que ener-

van el espíritu predisponiendo al goce delicioso del amor que es la vida.

La bella enamorada sonreía. Su novio había enmudecido, mirándola con arrobamiento y besando apasionado sus manos pequeñas, como de niña. Entornó los ojos, y presa de dulce enervamiento dejó caer su cabecita sobre el hombro del amado que, escalofriado su cuerpo con el latigazo de la pasión sensual, y encendida la mirada en lúbrico llamear de amorosas ansias, buscó con sus labios pálidos los carmíneos de su novia, y un beso sonoro, de fuego, selló el amor en que su alma se abrasaba.

La joven se estremeció irguiéndose alarmada. Aquel beso de su novio fué como el aviso de algo más grave que pudiera ocurrirla. Levantóse del asiento, y miró en su derredor. No había nadie. La puerta hallábase cerrada y ella estaba allí, sola, con su novio... Éste la sonreía llamándola con sus ojos que brillaban.

—Qué tonta eres, Lupi,—balbuceó.—Te has asustado ante mi beso. ¿Estabas dormida?

—No, Pepe, que soñaba,—contestó la joven.

Temblaba y reía. La emoción del beso, cincel del amor hacía la temblar de dicha. La misma sorpresa sentida ante aquella súbita manifestación amorosa impelióla á reír...

Su seno agitábase con rauda balanceo bullendo bajo el fino ropaje que le cubría. El rubor invadió sus siempre rosadas mejillas, y una co-

riente de dulce voluptuosidad recorrió su cuerpo joven, en deseos irresistibles de un no sabía ella qué deleite inexplicable, pero que la hacía aproximarse más y más á su novio que la electrizaba con sus miradas de fuego.

—¿Qué hora es ya, Pepe? Debe ser muy tarde.

El joven consultó un elegante reloj de oro.

—Las siete,—contestó.

—¡Jesús! Y qué pronto se pasa el tiempo, Pepito—exclamó cándidamente Lupi.—Ya ves, viniste á las cuatro; ya son las siete... luego hemos estado tres horas hablando. ¡Si á mí me parece que no hace tanto tiempo que estás aquí!

Pepe sonrió. Luego dijo:

—Es que, Lupi adorada, las horas en que somos dichosos, transcurren—ó aparentan transcurrir—con menos lentitud que aquellas otras en las cuales nuestro corazón siente la tortura de algo doloroso y amargo.

—Sí, puede que eso sea,—afirmó Lupi pensativa.

—¿Qué ha de ser si no? Por eso yo...—añadió Pepe con amorosa sonrisa, y cogiendo ambas manos á su novia,—trato de pasar el mayor tiempo posible á tu lado, recreándome en la contemplación de tu belleza adorable, y recibiendo en mis ojos la deliciosa mirada de los tuyos, cuyas pupilas irradian todo el amor que tu alma siente...

—¡Tonto!...—exclamó Lupi riendo y tratando de evitar el segundo beso que ya preveía en la

actitud expectante de su novio, que atisbaba ansioso y lujurión la oportunidad de estamparle á sus anchas.

Hubo una cortísima lucha. Débil por parte de ella, que sustraía su rostro de los labios ardientes del impetuoso galán. Fuerte y decidida por parte de éste que al fin venció besando enloquecido la blanca nuca de su adorada...

Esta desasíose con un movimiento brusco de las manos de su novio, yendo á refugiarse tras de las cortinas del balcón.

—¡Pero que siempre has de ser así!—exclamó mitad enfadada, mitad complacida.—¿Cómo no habías de hacer de las tuyas?

—¡Tontina que tú eres!—balbuceó Pepe, con ese temblor de voz característico en todo aquel que se encuentra en tales casos.—¿Cuándo vas á ser razonable? Ya nos vamos á casar, y... todavía rehusas...

—¡Toma, hijo!—interrumpió Lupi:—Todavía rehuso, rehuso!... ¿Es que crees que porque nos vayamos á casar, ya vamos á besuquearnos como tontos? Luego, cuando nos casemos quizá te canses de mí, golfo.

El joven protestó.

—No, Lupi, no... Eso no. Te amo mucho para que suceda tal cosa...

Aproximóse lentamente. Sus labios sonreían como ofreciendo paz. Pero las negras pupilas de sus ojos emergían un rayo de luz vivísima, que

irradiaba en esplendorosas fulguraciones como un brillante rodeado de obscuridad...

Lupi tuvo miedo.

—No te acerques, Pepe, no te acerques... Sé bueno por Dios; que puede venir mamá.

—¡Bah! Tu mamá ya no hace caso. Hemos estado ya tres horas hablando, y ni siquiera una sola vez ha venido á vigilar su fruta... luego es que la otorga.

La joven rió.

—¿Te ríes?—preguntó Pepe sonriendo.

—¡Claro! Dices unas tonterías...

El joven no pudo responder.

Una señora ya anciana penetró en la estancia.

Era alta, gruesa, con el cabello completamente blanco aunque muy poblado aún. Manteníase erguida y firme como desafiando á los años. Andaba con paso sereno aunque pesado y tardó ya. Debió haber sido bella según demostraba el correcto perfil de su rostro ya ajado... en el que se vislumbraba alguna vaga semejanza al rosado y terso de Lupi. Era su madre.

Al ver la turbación de los jóvenes, y notándoles de pie uno cerca del otro, sonrió. Lupi abrió el balcón.

—Ya es hora, Pepito;—dijo la anciana señora.

Pepe maquinalmente sacó su reloj.

—Sí, las siete y cuarto...

—¿Salimos de paseo, mamá?—preguntó Lupi apoyado el busto en la baranda del balcón.

—Sí, hija, sí... Por eso ya debías arreglarte...

—Bueno, mamá.

Guardaron los tres silencio. Lupi con la vista inclinada hacia abajo, á un jardín al cual daba el balcón. Pepe mirando distraidamente al espacio, sobre la linda cabecita de su novia. Y la madre de ésta, la respetable anciana, que miraba á uno y otro de los jóvenes, sonriendo al suponer lo que ambos deseaban... Deseo que creyó satisfacer saliendo pausadamente de la estancia. «Que se despidieran á su gusto».

Lupi volvióse á su novio.

—¿Ves, imprudente, ves? En poco estuvo en sorprendernos.

—¿Bien y qué? Si así llega á suceder tu mamá se hubiera reído.

—¡No ves hombre! ¡Que era para reir!

Pepe aproximóse á Lupi, apoyando su costado izquierdo en el hierro del balcón y mirándola con ojos acariciadores.

Un rayo luminoso, rayo postrero del sol que se ponía, cabalgando sobre los bajuchos tejados de una calle de casas molineras, que separaba la casa de Lupi, de la población que allá, pasado un anchísimo paseo bordeado de árboles, extendíase formando un montón informe de tejados desiguales, llegó hasta los novios inundando sus rostros de vivo resplandor. La brisa, tibia y caldeada por los efluvios ardientes legados por el sol ígneo, que á la sazón trasponía tiñéndole de

tornasol, el dilatado espacio occidental, movía con suave balanceo las verdes hojas de los árboles, embalsamando el ambiente con los perfumes que robara á las flores, al besar su perantio bello y perfumado.

Un jilguerillo trinaba alegremente posado en una acacia cercana al balcón.

—¡Qué hermoso, Pepe, oh que hermoso!—exclamó Lupi contemplando arrobada la naturaleza.

Pepe estrechó su diestra besándola apasionado.

—Es el sol que bendice nuestro amor, adorada mía:—dijo con voz que en suavidad competía con la brisa de aquella tarde primaveral.

—¿Sí?—Manifestó Lupi enagenada de amor y de dicha:—¿Y ese pajarillo que canta? Parece como que es en honor nuestro. Mira cómo nos mira y mueve la cola saltando de aquí para allá. ¡Qué monada!

—Ese jilguero celebra nuestros amores, querida mía.

—¿El jilguero también?—interrogó Lupi riendo festiva y feliz.

Sí, también. Y la brisa que mueve el ramaje de los árboles, y juega con tus cabellos de oro; y el perfume de las flores; y el susurro de las aguas que vierte aquella fuentecita, cuyo caño semeja las fauces encendidas del león... Toda la naturaleza entona un himno triunfal y bello en loor de nuestro amor inestinguible.

Lupi estrechó amorosa y rendida la mano de su novio. Incluyó sobre éste, presa de enervante languidez, su busto palpitante, y entonces sin violencia ni audacia por parte de él, y con natural expansión de ella, sonó un doble beso que la brisa transportó, ¡que sé yo dónde! Allá á las regiones etéreas de los ángeles y querubines, donde no hay más que amor y bienandanza...

El sol ocultóse por completo, y el jilguerillo calló.

La fuentecita continuó arrojando el agua en chorro continuo, y los novios siguieron charlando y arrullándose.

Aquella tarde la anciana mamá de Lupi no pudo pasear. Y sonriendo siempre, con su bondadosa sonrisa de indulgencia, despidió á su yerno futuro hasta el día siguiente...

II

Son las diez de la noche. Nadie turba la monotonía silenciosa en la cual yace un pequeño pueblecillo. Sus habitantes descansan tranquilamente entregados á un sueño reparador, dulce sedante del afanoso trajinar del día. La luna luce su luz paliducha entre blancas nubecillas que la escoltan en su viajar etéreo. Algunas estrellas

brillan sobre el fondo azul de un cielo cirrus, bellamente empedrado cual purpurina túnica festoneada en caprichosas grecas.

Rumorean los dorados trigales al ser sacudidos por la brisa tenue. Óyese el áspero *crac-crac* de las ranas moradoras de un arroyuelo próximo, y una calma serena y apacible se extiende por doquier sobre aquellos campos cargados de preciados frutos.

Por el estrecho camino que en zig-zag cruzaba un extenso trigarral, avanza un hombre con paso ligero y firme.

Es joven, alto, robusto. Viste sencilla chaqueta de paño basto, de color ya indefinible por el uso, la cual lleva colgada del hombro izquierdo. Un pantalón de pana ya tazado y recosido, sostenido por un cinto de badana negra, y una camisa cuya pechera sucia y negruzca permite ver el chaleco desabrochado, constituyen toda su indumentaria, amén de las deshilachadas zapatillas de cordel, que aprisionaban sus pies grandes y anchísimos de jayán fornido.

Penetra en el pueblo por una calle estrecha y desencajada, que aflúa á una plazoleta rectangular. Y llegándose á una casa grande, de numeroso balconaje, fachada de ladrillo y zócalo de sillería, faraute de una respetable fortuna pueblerina, llamó con suave *tan tan* de sus manos callosas, á una ventana de la planta baja de la casa.

No tuvo que esperar mucho. La ventana crujió, y una muchacha morena, sonriéndole cariñosa, dejó ver su rostro nimbado por un destello de alegría.

—Hola, Farruco, al fin viniste, ¿eh? Me alegro, hombre, me alegro.—Y al decir ésto reía descubriendo unos dientes bien alineados, blancos y pequeñitos.

Farruco contestó:

—¿Por qué no iba á venir, Ricardita? Te dije que venía y he venido. ¡Y eso que á estas horas andar tres kilómetros...!

—Toma, hijo, no hay atajo sin trabajo; que dice mi padre. Y puedes estar satisfecho de tener una novia que te quiere y se casará contigo...

—¡Oh, Ricardilla! No creas que me asusta esa distancia que he dicho; la ando tan á gusto y como si no hubiera trabajado todo el día, sólo por el placer de contemplar esa cara como una guinda, y oír que me quieres de esos labios de bermellón...

Y con su ancha manota apretujó la cara de su novia que, riéndose como una alma ingénuu se dejaba querer.

—¿Cuándo nos casamos, Farruco?—preguntó amorosa.

—Ahora, antes del verano;—contestó el mozo.

—Debíamos dejarlo para después; en Septiembre. Mi ama dice que la hago falta.

—¡Ah, ah!--exclamó riéndose Farruco.—¿Con que la haces falta, eh?

La joven afirmó.

—Pues chica, á mí también me la haces, conque... ya puedes escoger entre tu ama y yo.

—Te escojo á tí, Farruquito... Ya sabes que te quiero con toda mi alma.

—Bendita sea tu boca, pichona mía;—murmuró Farruco apasionadamente, apretando con sus dedazos las redondas mejillas de la muchacha.

Esta dejóse besar de su novio, con su rostro fuera del marco de la ventana.

Era una morenucha linda y graciosa, con mejillas frescas y redondas como manzanas, dotadas de esa color saludable típica de moza campestre. Una narizucha algo remangada que no obstante no la afeaba, y unos ojillos parduzcos festoneados por espesas cejas, completaban el físico de aquella belleza campestre; de esas que escardan durante el día y hacen media por la noche...

—¿No sabes, Farruco?—interrogó á su novio.

—¿Qué?—contestó éste.

—Que mi antigua amita, la señorita Lola, se ha casado ayer en Madrid. Me ha mandado un regalo. ¡Qué buena señorita, y cómo me quería!

Guardaron silencio. Farruco de cara á la luna contemplándola embobado. Ricarda inclinada sobre su novio mirándole alelada.

Al fin Farruco habló, dejando entrever en su

exclamación el pensamiento que le hiciera guardar silencio.

—¡Habrà que ver el lujo de esas bodas como la de tu señorita!

Aquello fué lo que Ricarda deseaba. Era muy aficionada á contar episodios del vivir de la gente rica, con la cual había estado en contacto en clase de sirvienta; y nada más propicio que la exclamación de su novio para desbordar el torrente de sus recuerdos...

—¡Oh, Farruquillo! No puedes tú figurarte el lujo y esplendor que en esas bodas se derrama. Quisiera que lo hubieses visto una sola vez siquiera para que pudieras apreciar lo que es grandeza... Allí es ver trajes de seda riquísimos y de lo más precioso, que llevan las señoras engalanadas con hermosas joyas de valor incalculable. Los hombres visten de levita y con sombrero de copa. Todos van en coche, y en automóviles, cuyos cocheros y chauffeurs llevan prendidos ramitos de azahar... A los que son muy ricos y muy distinguidos les casan los obispos.—Como á mi señorita, que la ha casado el de Madrid-Alcalá...—Ya ves si es lujo.

—¿Y después del casorio, dí?—preguntó Farruco;—¿dónde van los convidaus?

—Pues—contestó Ricarda,—después de casarse, todos los que asisten á la boda, novios y convidados, van á un hotel donde se les sirve un fastuoso refresco llamado lunch. ¡Y allí quisiera

yo verte, Farruquillo de mi alma! Pues la tuya se iría tras de aquellos dulces exquisitos que de muchos ni el nombre sé á pesar de haberles tantas veces comido. ¿Y qué diremos de los ricos pasteles, y las piramidales tartas; los exquisitos bombones y los dorados flanes? De todo hay en aquellas mesotas larguísimas y con tanta abundancia, que bastaría con ello para matar el hambre á todos los mendigos de una región agrícola en que no se cogiera trigo. ¡Y ya ves si hay mendigos cuando eso sucede!

El joven miró á su novia riéndose.

—Parece que son muchos los dulces que debería haber, querida.

—¿Muchos? Qué sabes tú, hombre de Dios, si aquello es una lluvia de golosinas. ¿Y vinos? ¡Madrecita mía! Si todas las botellas que se consumen se derramasen aquí, pongo por caso en nuestro pueblo, en una acequia convenientemente preparada, me presumo que se podría regar con ello la mitad del campo que hay sembrado. ¡Y ya ves que es bastante!

—¡Quiá!—exclamó Farruco riendo á carcajadas:—no sería aún bastante terreno para tanto vino.

—¿Te chaceas? Pues hijo, no digas que tanto, pero lo que es mucho... ¡Y qué clase! De lo mejor y más caro. Allí reinan soberanos egregios como el Champagne, el Vevey, Borgoña y Lacrima Christy; así como nuestro Jerez que, por

ser de casa nunca es tan ensalzado como los forasteros. Luego van todos á la estación para despedir á los novios que, montando en el tren... ¿Has ido tú en tren, Farruco?

Este hizo un signo negativo.

—¡Oh, si vieras qué bien se va en el tren! Yo que he ido muchas veces en primera, acompañando á mis amas, he tenido ocasión de apreciar lo divertido que es... Con aquellos almohadones tan suaves y mullidos; aquella temperatura tan agradable, cuando no se van muchos viajeros, y aquel movimiento tan... tan... no sé cómo decírtelo, Farruco. Luego aquella impresión gratisima que nos causa el rápido paso del tren por llanuras, tapizadas unas, de fresca hierba ó de seca grama; y otras cubiertas por verdosos trigarrales por cuyos surcos rectos y paralelos véense en este tiempo grandes cuadrillas de escardadores que, al oír el tren, se yerguen curiosos, y agitando sus manos armadas de curvas hoces, gritan adioses de despedida hasta que el tren los deja atrás cual película cinematográfica... ¿Y aquellas montañas tan grandes, que parece van á caerse sobre el tren según éste pasa silvando por el desmonte cortado á pico? ¡Oh, Farruco! Todas estas emociones hacen que sintamos un no sé qué de delicioso y dulce; así como un sopor que cierra nuestros ojos y nos dormimos...

Maquinalmente había sacado parte del busto por la ventana. Su cara morenucha quedó cerca

de la del mozo, que besó lujurioso sus frescas mejillas á la vez que con el diestro brazo estrechaba su talle desarrollado. ¡Y qué maliciosos son los campesinos! Cuando la tenía así, abrazada, dijola festivamente:

—¡Vamos, chica! No te duermas. Que ahora no estás en el tren y en primera, sino en la ventana de doña Gervasia, tu ama, y en los brazos de tu novio...

—¿Dónde llegaba?—preguntó Ricarda sin tratar de desasirse de los brazos de Farruco.

Éste contestó:—Al momento de subir al tren...

—¡Ah, sí! Pues bien: después de arrancar el tren, los recién casados si por casualidad van solos...—interrúmpese riendo con grande intemperancia.

—¿Se abrazan, verdad?—arguyó Farruco, apretando el cerco de su brazo y aproximando más su rostro.

—No, no... No seas malo, Farruco. Quise decir que, si van solos..., pues...—otra vez las risas intemperantes y explosivas.

—Se besan, ¿no?...—añadió el marrullero galán, dando ahora un ruidoso beso en los labios de su novia.

—No, no... tampoco, Farruco; sólo que tú... ¡Ay, hijo! No se puede estar sola contigo.

—¡Yo lo creo!—exclamó con gracejo Farruco. —Ve ahí cómo tú te acompañas siempre que sales á la ventana á charlar conmigo. ¡V si vieras

qué compañía más peligrosa escoges! La Luna. ¡Ay, Ricardilla! Cuando la miro á ella y luego á tí, me dan unas tan ansiosas ganas de comerte las manzanas de tus mejillas, que... ¡No te rías, por Dios! Que te ahogo tus risas á besos.

Ricarda reía á más y mejor. Era uno de esos caracteres que todo lo echan á risa, y así ríen cuando aman que cuando desprecian... Al fin cesó de reír y prosiguió:

—Pues bien, Farruco; los recién casados después de recorrer venturosamente varias poblaciones, que formaban el itinerario de su viaje de novios, por ejemplo: de París á Londres, de aquí á Roma y luego á Venecia, cansados ya de tanto viaje, ahitos de amor y rebosando felicidad, vuelven á su casa y se establecen según su rango y posición...

Ricarda calló y miró á la Luna.

—¿Terminaste ya?—interrogóla Farruco.

La joven afirmó.

—No está mal esa luna de miel, chiquilla; pero eso no se hizo para nosotros... ¿Quiéres que te esponga la nuestra, Ricarda?

—Sí. ¿Por qué no iba á querer?

—Pues escucha entonces.

El joven recostóse cómodamente en el marco de la ventana, y con entonación reposada dijo:

—Cuando nosotros nos casemos, cuyo acto religioso se compondrá creo yo de las mismas ceremonias que el de los señoritos, una vez ter-

minado el casorio, celebraremos también eso que tú has llamado *lucho*.

—Dirás lunch y no lucho,—rectificó Ricarda.

—Bueno, mujer, no me interrumpas, que entendiéndose lo que quiere decirse, lo mismo da decirlo de una manera que de otra. Pues bien, en ese lu... uch ó comida que es como mejor yo lo entiendo, no habrá excelentes licores, ni espumosos vinos; ni dulces ni bombones, ni toda esa reata de golosinas que tú has enumerado... pero en cambio abundará en grande la chanfaina, el carnero, los guisantes y habas verdes, y sobre todo ello los gordos y lucidos conejos que yo pienso cazar á lazo, y que guisados con la salsa que guisa la tía Remedios que es la guisadora de todas las bodas, hará que nuestros convidados se agarren á la bota, y la empinen con valentía trasegando el tintillo de estas tierras que, aun cuando no tan generoso como los por ti mentados, no por eso le faltará gracia y fortaleza para atontonar á los que lo beban, que con seguridad no sabrán lo que se dicen... si es que algo dijeran.

Esa comilona de nuestra boda no se realizará en un hotel ni en una fonda, sino en casa de tu padre, que al efecto preparará convenientemente la panera donde guarda el poco grano que recolecta... Por lo demás, si en las bodas de los ricos hay mucha galanura y fineza, en las de los pobres hay mucha expansión y regocijo; sin faltar

alguna que otra borrachera, que da á la fiesta un mayor barniz de gozo, con lo cual la falta de uno se compensa con lo otro, por lo que todos y cada uno en su ambiente disfruta buenamente de aquello que Dios le otorgó.

—¿Y después del banquete?—interrogó Ricarda.

—¡Ah! Después del banquete, no nos acompañarán los convidados á la estación porque nosotros no viajamos. Si es de noche, cada uno se irá á su casa. Y al día siguiente, tú y yo que somos novios, en nuestro día de tornaboda, montaremos, no en el tren para verificar ese delicioso viaje por tí descrito, sino en un borrico muy mono que yo he comprado para este objeto... y en el que nos trasladaremos también de un lugar á otro como los ricos. ¿Por qué no? Pero no de París á Londres y de aquí á Venecia, sino de rastrojo en rastrojo y de tu pueblo al mío, que es en suma el programa de nuestra luna de miel. ¿Te agrada, Ricardilla?

Ésta miró amorosa á su novio. Luego con voz arrulladora y mimosa, dijo:—Farruquillo; desde el día que te quise y correspondí á tu querer con objeto de ser tu esposa, formé el propósito de obedecerte en todo cuanto tú indicases, y complacerme en aquello que á tí te agradase.

—Así te quiero, pichona. Enamorada, obediente, pronta á satisfacer mis anhelos... No te pesará, no; yo te querré cada día más.

Callaron los dos y miráronse cerca, muy de cerca. Ella sintió en su rostro el hálito húmedo de la respiración de él, y éste percibió el latido tumultuoso de los rollizos senos de ella... que rozaban el busto varonil sin ropa casi, extreme-ciéndole con los alfilerazos de la sensualidad.

Al fin, después de un corto instante de silencio, habló él, pero tan bajo, que su voz más parecía susurro tenue de brisa, que voz humana con que se manifiestan los sentimientos que nos mueven á hablar.

Parecía cual si quisiese obtener de su novia algo importante, en lo cual él cifrase su mayor ventura.

Tal hablaba de vehemente y apasionado, según demostraban sus contorsiones y animados gestos, pues ya dijimos que su voz era imperceptible.

Ella reía, si bien denegaba, ó á lo menos quería hacer valer con su resistencia lo que su novio exigía.

Éste cesó de suplicar, y animado por la condescendiente risa de ella, apartóla suavemente con su mano izquierda, y apoyando la diestra en el alféizar de la ventana, intentó colarse por ésta dando un pequeño salto.

Ricarda le rechazó.

—¿Qué vas á hacer, loco? Puede oírnos mi ama.

—Tu ama duerme, querida, y además es sorda... tú me lo has dicho un millar de veces.

—Sí, pero... yo no quiero, Farruco... Eso no es decente, es pecado.

—Ya no hay pecados, Ricarda, y menos en el amor. Vamos, anda... déjame pasar contigo, riquina; estoy tan mal y tan molesto aquí... Para eso ya nos vamos á casar.

Y extremó sus caricias. Puso el más compungido rostro que vióse nunca. Habló aún más amante, más tierno; hizo como que se desesperaba...

Y Ricarda, siempre riendo, pero una risa ya temblorosa, agitada, sin aquella aturdimiento de otras veces. Es que su afán era reír y reía, pero inconsciente y como á la fuerza...

Sentía un fuego abrasador en su rostro, que la quemaba sus morenuchas mejillas, poniéndoselas encendidas. Era el mirar de sus ojos rayo ígneo, luminoso... y su boca entreabierta alentaba anhelosa, cual válvula de escape expele todo un infierno de vapores saturados.

Miró á la Luna y desfalleció.

Farruco, el marrullero Farruco, comprendió lo que su novia sentía.

«Aquello era amor, era deseo. ¡Vaya!»

Empujó suavemente hacia adentro á Ricarda, y saltando sobre el alféizar, penetró en la estancia...

Ricarda ya no reía. Temblorosa y anhelante dejó hacer á su novio, el cual una vez dentro cogió con su poderosa mano la fragilucha ven-

tana, y con un movimiento brusco nos dió ventanazo. Cerró... ¡Y aquí no ha pasado nada!

III

La estación hallábase animadísima. En el andén paseaban en numerosos grupos personas de ambos sexos y edades distintas, que denotaban pertenecer al gremio de «San Matrimonio».

Efectivamente eran casados. Formaban agrupaciones clasificados en edades. Los jóvenes, que aún sentían reverdecer sus entusiasmos solteriles, emparejados con simpática permuta de consortes. Quiero decir: Que, cada dos matrimonios, habíanse transferido sus poderes respectivos ambos cónyuges. Me explicaré mejor: El varón de un matrimonio, enlazado y formando pareja con la mujer del otro; y viceversa.

Era un cambio que acrecía agigantando el entusiasmo de todos. Pues sabido es, que la compañía de la propia esposa, no predispone al grato alborozo del regocijo; sino que al contrario, parece mermarle con la natural circunspección que debe reinar en el trato de dos esposos, máxime si su matrimonio está ya consolidado con esos garfios de la carne llamados hijos.

De este modo, unos y otros divertíanse de lo

lindo, sin omitir en las formas ni en el lenguaje actitud ni expresión ninguna, por disparatadas y obscenas que fuesen.

Paseaban unos en pos de otros cantando desaforadamente. De vez en cuando agrupábanse formando dilatado círculo, y con voz estentórea los hombres, fija la vista en una enorme bota ya muy mermada y rugosa, cantaban:

«Qué alegres son
los de la compañía;
qué alegres son,
alargue usted el porrón.»

Y luego añadían, arreciando en sus voces coreadas ahora por las chillonas de sus mujeres. «¡Que beba! ¡que beba!»

Y bebían todos: hombres y mujeres. Pues para tranquilidad de nuestras lectoras, (*si merecimos el honor de que alguna nos leyese*) debemos hacer constar que el contenido de la bota, no era vino, sino una bebida de agradable sabor que en los pueblos hacen con mosto y aguardiente, á la que dan el nombre de angélica.

Pero no obstante, á pesar de este nombre tan «angélico», la sabrosa bebida había ya caldeado los cerebros de los más, y algunas mujeres ya no bebían; limitándose á tocar con sus labios la alta y aguda pipita de la descomunal bota, para que la juerga no decreciese con su melindrosa continencia.

Al final de una de estas rodadas en círculo, en las que la bota pasaba triunfalmente de mano en mano, agasajada por las tabernarias estrofas antedichas, un hombre ya no muy cabal, encendido el rostro y chispeantes sus ojos, que sin embargo luchaban con el peso un tanto plumizo de los párpados, dijo después de beber un magnífico trago, echándose atrás, á la espalda, el largo pañuelo que anudado en la garganta oficiaba de corbata: «¡Escuchad, eh! ¡escuchad! Que voy á hablar.

«¡Que hable, que hable Pitorro!»—Dijeron todos vociferando.

Y Pitorro, levantando con su diestra la mano-seada bota, irguiendo su cabezota de bruto sobre los robustos y un tanto cargados hombros, habló estentóreo y rudo de esta manera:

—¿Sabéis lo que vamos á hacer esta noche? Pues como noche de novios que es, cada uno de nosotros debemos dormir con la mujer del otro.

Quiero decir: Que con mi mujer duerma Serapio, y yo con la de éste; y así todos; ¿qué sos paice?

—¡Bien, bien por Pitorro!—graznaron los hombres riendo á carcajadas.

Las mujeres, aunque también reían, demostraron no hallarse conformes con tan extravagante moción.

La mujer de Pitorro dirigióse á éste con gra-

cejo, si bien su acento tenía cierto retintín de disgusto.

—¿Sabes con quién tienes que dormir esta noche, Agapito?

—¡Toma!—contestó éste:—¿Pues con quién va á ser? Contigo, riquina; sólo que aquello que dije fué una *groma*...

—No, hijo, no, conmigo tampoco, por esta noche; tienes bastante compañía: La mona, sabes...

Ruidosas carcajadas acogieron el chiste de la mujer de Pitorro.

En grupos apartados paseaban los viejos; separadamente unos y otros consortes. Los hombres hablando del campo, y de los resultados un tanto quiméricos de la cosecha próxima. Las mujeres dale que dale contra la buena fama de sus convecinas.

En el despacho del jefe una mesa servía de campo de operaciones á cuatro jugadores de tresillo.

Fuera de la estación, en una explanada próxima, varios jóvenes de ambos sexos bailaban con incansable afán al compás de una modesta orquesta, formada por un violín que garraspeaba ásperos rechinidos; una bandurria con la caja abierta, y dos guitarras viejas y mugrosas que acompañaban con desmayo el vals que los otros dos instrumentos destrozaban.

Allá, dos kilómetros escasos de la estación,

divisábase un poblacho rodeado de chopos altísimos y corcovados.

Era el pueblo de aquella multitud, que en la estación, solazábase alborozadamente.

Sobre un ribazo, muy cerca del baile pero sin tomar parte en él, dos jóvenes, hombre y mujer, extraños á todo lo que en su derredor sucedía; juntos, muy juntitos, con el semblante orlado de intensa felicidad, hablaban queda y amorosamente.

—Feliz ¡día, Ricarda:—decía él estrechando cariñoso la mano de su compañera.—Hoy es el más feliz de mi vida...

—Y de la mía, Farruco: Contestó Ricarda mirando amorosa á su ya esposo.—La fecha de hoy será inolvidable para nosotros; la tendremos perpetuamente grabada en nuestra mente....

—Así es, querida mía.

—¡Qué felicidad, Farruco!—prosiguió Ricarda arrullándole con su mirada tierna de enamorada:—Ya estaremos siempre juntos, viviendo unidos en virtud de ese lazo bendito del matrimonio, que será espinoso cuando se realiza sin amor y solamente por conveniencia; pero gratísimo y dulce cuando une la vida de dos seres ya de antemano unidos por el amor... Como nosotros, marido mío.

Farruco, el esposo feliz, no contestó. Sentado algo más bajo que su esposa, apoyándose con amante negligencia sobre las rodillas de ella, con-

templábala con ojos ansiosos, que fulguraban cual los de gato hambriento próximo á capturar entre sus uñas al descuidado ratoncillo.

A lo lejos oyóse el agudo silbido de un tren que llegaba.

Todos los bailadores corrieron hacia la estación deseosos de verle llegar.

Farruco y Ricarda también acudieron cogidos de la mano.

El tren llegó. Los viajeros asomábanse á las ventanillas admirados al ver tanta gente en una estación de poca importancia. En una de las ventanillas hallábanse asomados dos elegantes jóvenes. Ella, una rubia admirable, llevaba prendido en sus cabellos un ramo de azahar.

El tren paró, quedando la ventanilla de la joven rubia, de frente á Farruco y Ricarda, que alelados contemplaban á la elegante pareja.

—Mira, Pepe,—dijo la rubia á su acompañante, sonriendo:—Esto parece una boda, ¿verdad? Y estos dos jóvenes que están cogidos de la mano serán los novios. Ella lleva prendida en sus cabellos una flor de lis...

—Sí, como tú un ramo de azahar,—contestó sonriendo Pepe, y contemplando amoroso la aurífera cabellera de su esposa. Todo es simbólico igualmente. La flor que esa joven lleva en su cabellera significa lo mismo que tu ramo...

La rubia sonrió. Luego dijo:

—Estos novios no viajan, ¿verdad?

—Seguramente no,—respondió Pepe.—Son pobres trabajadores del campo. Mañana quizá se les concluya su luna de miel... La novia acompañará al rastrojo á su esposo para ayudarle en las faenas rudas de la siega; siendo así, en estos matrimonios de pobres, más apropiadas aquellas palabras que sirven de lema al matrimonio: «*Para ayudaros unos á otros*». Pero no vayas á suponer,—añadió Pepe al ver el gracioso mohín que su esposa hizo,—que por eso no disfrutaban igual dicha que nosotros. Pregúntales si son dichosos, verás qué te contestan...

La máquina silbó, partiendo el tren con gran pausa y triquiteo al hollar las trepidantes agujas.

Luego fué tomando poco á poco mayor velocidad, hasta que al fin alongándose en la llanura, perdióse allá en el infinito como un monstruoso titán que corriera enloquecido...

En la estación continuó el bullicioso alborozo de antes. Farruco y Ricarda siguieron arrullándose... Era el último día de su soltería y el primero de su matrimonio. Debían aprovecharse.

IV

Un mes pasó. En el atardecer tibio y sereno de un día de Agosto, cuando el sol próximo ya al occidente derramaba sobre la gran meseta castellana sus postreros fulgores, inundando de luz

y oro los campos extensos, plétoros de rubios trigales; y cuando el ambiente cobra ese tinte de austera placidez, típico de las tardes estivales, siendo todo belleza y armonía, encanto y bienandanza... un hombre joven, encorvado en violenta flexión de su espina dorsal, y con raudito girar de derecha á izquierda su cuerpo musculoso..., tronchaba con áspero ris-ras de su curva hoz, doradas espigas que crujían entre sus dedos cubiertos de gruesos dedales, cual enconchado cuerpecito de molusco cruje, capturado entre los apretados tentáculos del terrible pulpo.

Al segador seguía una mujer también joven, que levantaba las gavillas de rubias espigas que aquél en pos de sí y en perfecta alineación iba dejando. Luego cuidadosamente respigaba el suelo que aquéllas cubrieron. Mas lo hacía ya con tan marcadas muestras de cansancio, que el segador, luego de un poderoso tajo dado con su hoz á varias espigas, que solitarias ya y audazmente erguidas afrentaban la pulcritud de la siega, incorporóse sobre su descoyuntado espinazo, y dijo á su compañera con bondadoso acento:

—¡Ay, Ricardilla! ¡qué atrás te quedas!

Ricarda sonrió, suplicando mimosa.

—¡Ayúdame, Farruco!

—Ahora, mujer, espera un poco,—contestó éste.

Y terminando de segar el final de dos surcos,

arrojó al aire un reseco escupitajo, y con la hoz bajo del brazo y entonando una sosa canción de aldea, ayudó á Ricarda, concluyendo prestamente el atropo de gavillas.

—Ahora á echar un trago, ¿eh?—insinuó sonriendo Farruco, y dirigiéndose hacia el ható.

Su esposa le siguió. Y sentándose ambos sobre el suelo teniendo sus rótulas dobladas, Ricarda puso en manos de su dueño una no pequeña bota de clarete que suavizó eficaz el reseco y polvoroso paladar.

Hallábanse muy cerca de la línea férrea, cuyos rieles perdíanse allá lejos en la curvatura de un gran desmonte.

La estación, también muy próxima, teníanla á su derecha. Algo más lejano, y sobre una planicie, divisábase el poblacho con sus chopos corcovados...

Farruco recostado sobre el albardón del jumento fumaba tranquilamente. Y Ricarda, la feliz esposa, aún no saciado su amor, apoyábase con blando abandono en las rodillas de su esposo, mirándole cariñosa y enamorada.

Un silbido estridente oyóse allá lejos, interrumpiendo la monotonía silenciosa de los campos. Era un tren que llegaba. Los recién casados pusiéronse en pie. El tren acercábase vertiginoso, dejando en pos una estela espesísima de negro humo.

La tierra retembló ante el violento triquiteo

del monstruo. Este, próximo ya á los esposos, acortó un tanto la marcha á causa de la proximidad de la estación.

Farruco y Ricarda contemplaban alelados cómo se acercaba ya pausadamente, aquella mole de hierro arrastrada por la potente máquina, que resoplaba arrojando negras columnas de vapor.

Estaba ya tan próximo, y su paso era tan lento, que los esposos distinguían perfectamente varias cabezas asomadas á las ventanillas.

En una de éstas distinguieron la rubia cabellera de una mujer muy hermosa, que apoyaba mimosamente su cabeza sobre el hombro de un joven que la acompañaba.

La rubia miró con grande interés á los esposos manifestando extrañeza.

Designóles á su acompañante.

—Mira, Pepe, no sé por qué me figuro, que he visto á estos jóvenes segadores, en no sé dónde, pero los he visto.

Pepe fijóse bien. Escudriñó los alrededores, reconoció la estación próxima, luego contempló el poblacho rodeado de corcovados chopos, y viendo cómo Ricarda apoyaba con cariñosa zalamería su mano diestra en el izquierdo brazo de su esposo, sonrió.

—Yo también los he visto, Lupi; y ha sido por estos sitios, recuerda.

Lupi recordó entonces. Sus pupilas irradiaron con el destello vivísimo de la sorpresa, y una

sonrisa de ingénuo admiración brilló en sus labios apetalados.

Pepe dijo:—Es para que te convenzas, que la luna de miel de dos esposos que se aman, es tan feliz en la calmosa serenidad de los campos, como en el agitado é inquietante vivir de los viajes...

Lupi no contestó. Al pasar el tren ante los atónitos esposos, dejó caer al suelo un ramito de azahar ya ajado. Ricarda recogióle mostrándole á su esposo. Luego, sonriendo, sacó de entre su pecho una flor de lis también ajada...

VIII

PATRIOTISMO

CUENTE usted D. Sergio, eso que dicen que sabe de no sé qué acción patriótica, de una cantinera vallisoletana.

Habían llegado paseando al pie de una elevada loma.

D. Sergio, maestro jubilado de primera enseñanza, alto, fornido, de complexión sana y carácter expansivo y bonachón, siempre afabilísimo en su trato social, y aficionado á narrar cuentos é historietas que refería con sin igual donaire y gracejo, indicó á sus acompañantes—que dos eran los que le acompañaban,—la cima de la loma en cuya base se hallaban.

Ellos comprendieron. «Allá arriba lo contaría.»

Subieron. Y ya en la cima, dirigieron su vista en todos los sentidos, oteando el magnífico paisaje que los circundaba.

Abajo el pueblo, con sus casuchas de adobe y piedra, sobre las cuales destacábase la above-

dada techumbre de la iglesia, cuya torre altísima, recibiendo de lleno los postreros rayos del sol próximo á su ocaso, envolvía con su sombra que se prolongaba á extramuros del pueblo, el mísero grupo de sus casas ramplonas y deslustradas.

Era cual gigante que tuviera aherrojado bajo el poder ciclópeo de su poderoso brazo, á un mísero y despreciable pigmeo.

Cerca del pueblo, circundándole con un anillo verdoso que al reflejo del sol poniente esparcía irisaciones de esmeralda, divisábase por un lado, hacia el oriente, el extenso prado comunal hendido por un ancho arroyo, á cuyos lados elevábanse con altiva arrogancia varios chopos centenarios, y por el otro, hacia el norte y noroeste, las eras que semejaban con sus bajuchas empalizadas, que las dividían en parcelas de distinto diámetro y configuración, un enorme lienzo de fondo verde donde se hallasen dibujadas infinitas figuras geométricas.

Más acá, un extenso viñedo servía de grato solaz á la vista, con su frondoso verdor pincelado á trechos por el amarillear macilento de alguna cepa filoxerada. Y allá, ya lejano, un pinar dejaba entrever sus calles de pinos, altos unos, bajuchos otros, y todos circunvalados por su copa circular, cual muchedumbre fantasmagórica de gigantones y pigmeos de ensombreadas cabezas.

D. Sergio sonrió satisfecho. «Aquello le agradaba á él; era un bonito paisaje.»

Luego sentóse sobre una encespedada lindera, entre espliegos y tomillares. Invitó á que le imitasen sus compañeros, dos jovenzuelos de catorce ó diez y seis años, que lo hicieron frente á él, en el suelo y sobre sus rótulas dobladas.

—¿Sabeis vosotros dónde sucedió el hecho que os voy á contar?—interrogó D. Sergio á sus jóvenes oyentes que le miraban atentísimos.

—No, maestro,—contestaron.

—Pues ese alarde de patriotismo acaeció en Valladolid, en la hermosa capital de nuestra provincia, que allá lejos se entrevé envuelta entre las penumbras vespertinas.

Ambos jovenzuelos dirigieron maquinalmente sus miradas hacia el lugar señalado por el anciano.

—¿Aquello es Valladolid?—interrogaron con asombro.

—Sí, hijos, sí; aquello es Valladolid, la bella ciudad pinciana, cuna de príncipes, vergel donde florecieron egregias celebridades, que recibieron su inspiración en las orillas alfombradas del Pisuerga. Y allí fué como os digo, donde sucedió hecho tan memorable, y que si no fué historiado, culpa fué de los cronistas que eran los llamados á recogerlo y trasmitirlo como preciado ejemplo de patriotismo. A mí me lo narró mi abuelo ¿sabeis? Y yo os lo narro á vosotros para que igualmente lo narreis en el mañana á vuestros hijos, á vuestros nietos.

Calló. Sacó del bolsillo interior de su americana una larga pipota de mango amarfilado y curvo, y llenándola con tabaco de diez y ocho, encendióla pausadamente y fumando con delicia, sonrió á los muchachos que ansiosos le contemplaban.

Luego, después de garraspear y escupir, comenzó su deseada narración, que era así:

«Corría el año 1809. Año azaroso y turbulento para España, que á la sazón gemía bajo el peso de la invasión napoleónica.

»Un día, Valladolid tuvo el honor de albergar en su seno al gran Napoleón. Y digo el honor, porque aunque en España fuera un intruso, un conquistador que traía á nuestro suelo el azote más terrible de los pueblos, la guerra, siempre era un grande hombre aureolado por la excelsa virtud del genio, que todos sus enemigos, que tantos fueron y tan poderosos, no podrían dejar de reconocer.

»El emperador invicto de los franceses, famoso héroe de Austerlitz y de Lodi, albergóse en el Real Palacio (hoy Capitanía General), durante su corta estancia en Valladolid.

»No muy lejos del imperial albergue, en una calleja estrechuca que no tiene más mérito que su nombre,—como recuerdo imperecedero de un varón insigne y por haber nacido en ella otro insigne varón gloria nacional y preciada joya vallsoletana, el eximio vate D. José Zorrilla;—un in-

dustrial inteligente, previendo que la permanencia del ejército imperial en Valladolid había de rendirle buenos beneficios, estableció en dicha calle una cantina donde los soldados franceses, los «gabachos», aplacaban su sed con clarete.

»En dicha taberna despachábase únicamente vino del país, por lo cual en el frontispicio de su fachada pintarrajeada anunciábase en muestra monumental y con grandes letras, el siguiente reclamo á los aficionados hijos de Baco:

«Excelente vino de Cigales.»

»El cual clarete,—pues clarete es y no malo el vino cosechado en dicho pueblo, y que designaba la muestra,—gustaba en extremo á los soldados franceses, haciéndolos asiduos visitantes de la susodicha cantineja.

»El dueño de ésta tenía una hija que le ayudaba en el despacho, la cual moza, garrida y rozagante como una rosa de cien hojas, atraía con la gracia de sus ojos á los lanceros de la guardia imperial, bizarrosos y alegres soldados, tan aficionados á los buenos vinos como á las lindas mozas.

»Entre ellos había uno que mereció las simpatías de la bella cantinerita. Era alto, airoso, de faz hermosa y apuesto continente. Hablaba el castellano con suma corrección.

»Había requebrado á la vallisoletana linda. Y la sencilla muchacha, sugestionada por el florido

lenguaje de aquel buen mozo que la ofrendaba amor, aceptóle con gran alborozo de su alma candorosa y pura que gozaba con el ensueño de unos amores sinceros y lealmente apasionados, que fué lo que el francesito hízola creer con firme convicción.

»Tenían sus horas para grato solaz de sus expansiones amorosas. Y en ellas, el francés, conociendo que así halagaba el amor patrio de la joven, predisponiéndola más y más á rendirse á sus caprichos de libertino, encomiaba las costumbres y usos españoles, cantando un himno de loa al noble suelo español.

»Muy caro érale—habla el francés,—abandonar la hidalga España donde á ella había conocido, y donde tantas muestras de atención habían recibido sus compatriotas de la generosidad española.—Se refería seguramente á los sitios de Zaragoza y Gerona.—Tarde olvidaría la agradable impresión que sintió al percibir los aromas entomillados del Pirineo agreste; el placer que le causara la vista de la extensa meseta castellana... Pero forzosamente tendría que abandonar tan hospitalario país, por reclamarle en el suyo el cumplimiento de su deber de soldado. Pero que no lo sintiera. En cuanto cumpliera su servicio militar, vendría á buscarla para casarse con ella y vivir dichosos en España, tierra de valientes soldados y generosos vinos.

»La joven creyó á su seductor con tan fervo-

rosa credulidad, que le hubiera otorgado en un instante propicio el rico panal de su cuerpo, como le diera ya totalmente el néctar dulcísimo de su alma enamorada.

»Pero una feliz coincidencia lo impidió, como vereis.

»Era una tarde.

»La puerta de la cantina estaba cerrada, y dentro había dos ó tres mesas llenas de bebedores. Todos bebían, y en sus rostros notábase ya el síntoma precursor de una próxima embriaguez. Hablaban con gran entusiasmo intercalando á veces fuertes interjecciones y ensordecedores vivas.

»En el mostrador hallábanse el dueño y su hija. El tabernero con el ceño fruncido soportaba mal aquel ruido de mil diablos. Su hermosa hija se hallaba violenta... irritada... contemplando aquella confusión babilónica que más que orgía parecía el entusiasmo bélico de una declaración guerrera.

»Uno de los bebedores acercóse al mostrador diciéndola:—*Belle jeune, plus de vin*. Los demás le imitaron brindando todos por la hermosa cantinera.

»Mas ésta no los entendió. Hasta que su novio, á quien el vino había acrecentado sus entusiasmos patrióticos haciéndole olvidar su papel de admirador de España, levantóse erguido, y con el vaso en la diestra, brindó dirigiéndose á su novia en español correcto.

»Ahora que todos mis compañeros acaban de brindar en nombre de tu belleza por nuestra gloriosa é invicta Francia, lo hago yo, dedicándote este brindis á ti, que eres sin duda la flor más lozana de tu ruda Castilla; á ti á quien pienso llevar á mi país de hadas sustrayéndote á la rustidez prosaica de tu España inculta...

»Nunca hubiese dicho tal cosa, pues no había terminado de hablar su última frase, cuando la gentil vallisoletana, que le había escuchado pálida y cejjunta, le arrojó con brioso empuje el vaso que tenía en la mano, y que fué á romperse en mil añicos contra la frente del que denigraba á su patria.»

Los niños manifestaron admiración profunda.

—¡Bien hecho!—Exclamó uno de ellos enagenado ya de sentimiento patrio.

El otro interrogó.

—¿Y Napoleón, maestro; que hizo Napoleón cuando lo supo? Fusilaría á la cantinera, ¿eh?

D. Sergio sonrió. Luego dijo:

—Napoleón, hijos míos, cuando le comunicaron la noticia dicen que se paseaba inquieto y ceñudo; con las manos cruzadas á la espalda, la barba caída sobre el pecho, y aquellos paseitos cortos y acompasados que era su característica. Debía haber recibido muy malas noticias del extranjero, y tenía pésimo humor.

»Al referirle el episodio de la cantina, frunció el ceño más de lo que tenía por costumbre,

y que no era poco. Luego, deteniéndose en sus paseos, ordenó bruscamente á sus oficiales, que respetuosos le rodeaban:

»—Disponed para marchar al instante: salimos de Valladolid.

»Y poco después, Napoleón seguido de sus tropas, abandonaba la ciudad á la cual ya jamás habría de volver.

Al pasar por la famosa cantina, contempló con curiosidad de héroe á la bella *patricio-cantínera*, que los veía pasar con mirada altiva y sonrisa desdeñosa.

»Señor Mariscal,—dijo el César al de Besieres que cabalgaba detrás de él, muy cerca.—Los países que tienen por defensores de su integridad á valientes y heroínas... son inconquistables. Y picando espuelas, salió á buen paso de Valladolid camino de Burgos.»

D. Sergio calló, sonriendo á sus atentísimos oyentes que ni pestañeaban.

Luego volvió á rellenar su pipota consumida durante su relación, y levantándose apoyando su diestra en el hombro de uno de los muchachos, encaminóse hacia el pueblo seguido de éstos que aquella noche soñaron hallarse borrachos en una cantina, matando soldadotes de grandes bigotazos y relucientes armas. Como leían periódicos y estaban al tanto de la guerra europea, no sabían qué clase de soldados eran: si franceses, ingleses ó alemanes... Pero de todos habría. Pues ellos en

su infantil patriotismo, despertado por la narración de D. Sergio, mataban únicamente enemigos que fueron de España. Y todos, en unas ú otras ocasiones salvo aquellas en que nos necesitaban, lo habían sido.

IX

EXCURSIÓN

Y al fin Trinidad; la bella Trini, como la llamaban sus íntimos y deudos, rubia, con hermosa cabellera que en remolinos graciosos circundaba su tersa frente, la faz siempre orlada de esa expresión placentera que constituye el encanto de la simpatía personal, y ojos castaños; ojos que resultarían feos si en ellos no brillase incesantemente un destello vivísimo de alegría juvenil, obtuvo de su padre, hombre de rectos principios y severa respetabilidad, pero excesivamente cariñoso y bueno, la permitiese pasar unos días en aquel pueblo chiquirrín é insignificante; tan tristón y monótono por lo común, pero animado ahora por las fiestas que en él celebran sus vecinos en honor de su patrona veneranda.

Trini ya conocía aquello. Hacía dos años que estuvo por vez primera... y como gozando en su descripción al pensar que muy pronto volvería á disfrutarlo, locuaz y verbosa narrábalo á sus padres y hermanos ínterin la enorme maleta, mostrando su ancho y capacísimo seno, tragaba

y tragaba con voracidad insaciable de cetáceo hambriento, todo el equipaje natural en una joven que va á divertirse: blusas de baile, cinturones y cintajos, faldas, el corsé de repuesto, dos vestidos de última moda..., y sobre todo ello la indispensable cajita-tocador con su oloroso contenido de polvos Blanc Rose; esencias, jabones, baselinas...

Trini aún no había terminado de hablar cuando la maleta mostróse llena.

El reloj señalaba con su gravedad estoica la hora precisa del tren...

Originóse ese movimiento confuso que precede á la salida de casa; momento fatal en que parece trasponerse todo aquello que no hacía mucho teníamos á la vista.

Trini cogió la sombrilla, el abanico. Una hermanita cargó con la caja del sombrero, y asentando la criada en su voluminosa cadera la gran maleta, partieron. Al llegar á la estación sólo un minuto faltaba para salir el tren. Menos mal, el billete ya le habían con anterioridad sacado...

Penetraron en el andén. Trini gozosa por la proximidad del viaje, sofocada por el presuroso tránsito de su casa á la estación, reíase con gracioso aturdimiento viendo las premuras de sus padres al colocar en el interior del coche su equipaje; al considerar lo expuesto que estuvo en no coger el tren...

Aquello la agradaba á ella. Llegar á la hora precisa, cuando no hay que esperar; cuando al punto de llegar á la estación se sube al coche y el tren marcha...

Cambiados los besos de ritual y las cariñosas frases de despedida, Trini subió al coche; un coche de segunda en cuya ventanilla cedida galantemente por un señor gordinflón, colocóse la bella excursionista posando sobre la concurrencia que llenaba el andén, sus luminosos ojos abri-llantados por el gozo pueril que llenaba su alma, rebosante de satisfacción al lograr el objetivo tanto ansiado.

Oyóse la última señal de que el tren partiera. Y luego de unos potentes resoplidos de la humeante locomotora, el gran convoy, largo, negro, pesado como cadena de pecadillos gravitando sobre una conciencia mística, púsose calmamente en marcha ahogado su leve ruido por los adioses de despedida que los que se iban, asomados á las ventanillas formando en ellas gruesos racimos de cabezas apretujadas, y los quedados, fijos á lo largo de la cornisa del piso del andén, mútua y profusamente se prodigaban.

El tren apresuró su marcha una vez que hubo salido de la estación. Trini sentada cerca de la ventanilla, y en ésta apoyado su brazo, entrete-níase contemplando la Naturaleza.

Las huertas, con sus vallados bajicuchos divi-sores de pequeñas propiedades, y cerca, muy

cerca del tren que pasaba al lado de ellas cubriendo de negro su verdosa superficie, perciéndose distintamente el vaho húmedo de los alfalfares encharcados; oyéndose el seco y monótono tac tac de los engranajes de las norias.

Más allá, cubriendo en toda su extensión el panorama que Trini divisaba, inmensos trigales mostraban el verdor ya un tanto rojizo de sus tallos espigados. Y entre ellos, diseminados por aquí y acullá varios viñedos, mostrando unos en la verdosa frondosidad de sus tallos enracimados, su esplendoroso y rozagante apogeo; y otros, pajizuchos y lacios con aspecto tristísimo de enfermos incurables, denotaban al terrible parásito que tantos estragos causa destruyendo la savia vital de sus raíces.

Un pueblo veíase allá sobre el altozano, coronadas sus viejas casas de adobe por la alta torre parroquial, en cuya sillería reflejaban blanqueándola los últimos rayos del sol próximo á ocultarse. Y corriendo paralelamente á lo largo de la vía, un riachuelo encantaba la vista con la suave corriente de sus aguas tranquilas, y el hermoso verdor de numerosos árboles que apretujados y confundiendo su espeso ramaje, cubrían la enarenada superficie de sus orillas laterales.

Llegaron á la estación donde Trini había de apearse.

En ella la esperaban ya varias amigas... Bajaron la maleta, besáronse efusivamente, y poco

después ocupando la incómoda albarda de sendos borriquillos, tomaron el camino que conducía al pueblo.

Aquella excursión en burro regocijó en extremo á Trini. Celebraba su puerilidad de niña siempre propensa á reir y gozar, la larga recua que el jumento que ella ocupaba, y los ocupados por sus amigas, formaban con alineación simétrica á lo largo de aquel sendero estrechuco y polvoriento, que serpeaba en numerosos zigs-zags á través de dorados trigos y parduzcos centenares.

Al llegar al pueblo era ya muy de noche. Un resplandor rojizo y esplendente iluminaba las negras fachadas de sus casas ramplonas y agrietadas, nimbadas por un penacho enormísimo de fulgurantes chispas que, ascendiendo del seno del pueblo hacia los misterios del espacio, caían luego desparramándose profusamente semejando lluvia brillantísima de refulgentes estrellas.

Era la hoguera. El grande hoguerón tradicional que precede á la fiesta...

Las lindas viajeras azuzaron con la voz chillona de alegría á las ya cansadas bestias.

Y al llegar á la casa donde Trini pernoctaba, descabalaron presurosas yendo al instante donde la hoguera ardía... Una plazoleta pequeña y fea, de suelo desigual y desempedrado.

En una pequeña elevación de la plaza, y bajo un cobertizo á quien los del pueblo daban el pomposo nombre de *seportal*, el dulzainero y su

redoblante no daban tregua á sus instrumentos, tocando con desconcierto, pero animadamente, las piezas todas de su repertorio; un repertorio viejísimo rejuvenecido por sólo una pieza moderna: *La Serafina*.

Trini no quiso bailar. Y acercándose á la hoguera, contemplaba extática las caprichosas contorsiones de los gruesos troncos de leña, que, con ruidoso chisporroteo, ardía arrojando aquel penacho de brillantes chispas que tan alegre impresión causólas desde la oscura penumbra de la carretera.

Alrededor de la hoguera, cual diablejos escapados de las fraguas de Vulcano, innumerables chiquillos desarrapados y sucios, danzaban locamente con atrevidas y grotescas gesticulaciones de pillastres sin decoro.

Trini fijó luego su vista en el espacio umbroso, más negro y lúgubre allí donde el esplendor de la hoguera cegaba el paliducho fulgor de los astros nocturnos. Y al ver que el ruidoso cohete ascendía rapidísimo dibujando la fúlgida línea de su trayectoria, tapábase los oídos para evitar oír su repercusión detonante y seca.

Las amigas dispusieron retirarse á casa; ya era hora. Pasaron muy cerca del dulzainero que, con la chifla al alto cual si husmease los misterios del espacio, tocaba y tocaba requerido por la autoritaria voz de los mozos, el airoso, flamante y jamás para ellos cansable pasodoble *La Sera-*

fina... Aquello sí que era de su gusto, y no las otras piezas sosas y *menótonas* más viejas que sus abuelas...

Y amotinábanse ante el dulzainero, cada vez que éste no tocaba su pasodoble predilecto, protestando de ello con estentóreos y rudos voza-rrones.

—¡Oiga osté, tío Ulugio! No toque esos bailes más viejos que... ¡Amos! Toque *El Serafina*, que paíso le pagamos ¡tío gorrino! pa darnos gusto.

Y el pobre dulzainero dábale sin descanso á tal pasodoble, cuya gracil y airosa música hacía jalear en animado contorno el desarrollado y robusto talle de las rollizas campesinas...

.
Y al fin pasóse la fiesta. Y Trini después de unos días de loco correteo por los contornos del pueblo, y luego de alguna que otra excursión á los pueblos próximos, volvió á llenar su maleta para el retorno, con las ropas si antes almidonadas y limpísimas, ahora un tanto lacias y rugosas... cruzando por su mente cual película cinematográfica, todo el finito programa de las fiestas ya pasadas.

Primero la misa; muy solemne. La procesión; la magnífica procesión en la que los del pueblo derrochaban entusiasmo férvido, en festejar á su patrona la virgen del Arco, con airosas danzas que el dulzainero preludiaba con su chifla siem-

pre husmeando allá arriba, y bailadas por los mozos que sudaban y sudaban congestionado el rostro por la agitación del baile, y pesado el estómago por el garbanzo que aquellos días tanto abundaba.

Luego los bailes; los animosos bailes. Por el día, en aquella pradera extensísima y verdosa, matizada por las mil florecillas que la Naturaleza pródiga, vierte sobre la fértil y rústica superficie de los campos.

Después, por la noche, en el *encerrado*, como en el pueblo dicen. Grandes panerones de paredes atelarañadas y mohosas, de cuyas vigas carcomidas y curvas pendían quinqués con pantalla de latón, vertiendo su luz mortecina y débil por el espacioso y lóbrego recinto de aquellas zahurdas convertidas en salón de baile.

Y Trini al acostarse, terminada la diligencia de enmaletar su equipaje, creía aún percibir en su tímpano la chillona monotonía del popular manubrio tocando el manoseado *Ven y Ven...*

Soñando al dormirse en el retorno á su casa; con la familia amada; en la ciudad querida... sintiendo ahora tanta alegría y gozo, como hacía unos días sentía ante la perspectiva de su ya realizada excursión al pueblo.

¡Misterios de la humanidad que siempre gozó puerilmente, de la inconstante y pasajera dicha de todo lo que no es común; de todo lo inusitado!

EN LA FUENTE

GLORIA, la joven más bella de la aldea, hallábase triste, contrariada y violenta.

Ella antes siempre tan alegre, expansiva y cariñosa, veíasela ahora abstraída constantemente bajo el influjo poderoso de algún pensamiento profundo. Siempre con los ojos fijos en la labor que hiciera. El pensamiento muy lejos de allí donde ella estaba, y á las preguntas que se la hacían, y ofrecimientos con que la brindaban, contestaba á las unas con monosílabos, rechazando los otros con aspereza.

En la aldea era bien explicable esta postración moral de Gloria. Había regañado con su novio, bizarro joven á quien ella quería entrañablemente, y con quien ya llevaba dos años largos compartiendo las delicias, muchas veces espinosas, de una relación amorosa.

La ruptura de aquellas relaciones, que cual todas las de su especie parecían irrompibles, era para todos un enigma inexplicable.

Nadie comprendía cómo aquellos dos jóvenes que tan enamorados parecían, pudiesen haberse desavenido tan brusca é inopinadamente, sin que hubiese al parecer motivo alguno de desavenencia. Quizá fuese el resultado fatal de alguna maquinación malévola que, ideada con aquel objeto y realizada por medio del artero y capcioso infundio, causó la separación momentánea de aquellos dos corazones que tanto se amaban y que tanto sufrían al faltarles lo que pudiéramos llamar la esencia del amor: «que es la expresión cariñosa de ese léxico poético, lenguaje que, brotando del alma y afluyendo á los labios, musita dulcemente al oído subyugado del amante, todo aquel florilugio de caldeadas frases que constituyen el delicioso néctar de dos novios que se aman. y que es para sus almas lo que para la reseca tierra después de larga sequía, el agua de lluvia que, infiltrándose á través de sus partículas, la fertiliza y refresca con la eficacia bienacción de aquel líquido inapreciable».

Como casi siempre sucede cuando dos novios están de chivo, él comenzó por requebrar á una joven amiga de Gloria, y ésta pareció aceptar con gusto los galanteos de un pretendiente...

Ambos ex-novios trataron á la par, y como impulsados por un mismo sentimiento, el ocultar á la curiosidad ajena el verdadero estado de sus almas. Mas cuanto más gozosos y satisfechos demostrar intentaban, más se reflejaba en sus

rostros y aptitudes el desasosegado despecho que sentían.

Él ya no entonaba alegres canciones, cuando sentado en su yunta penetraba en el pueblo después de un largo día de rudo trabajar campestre. Sólo el arado chirriaba sobre el suelo al zorrastrar el largo y estrechuco clavijero. Ya no era el rondallista decididor y entusiasta que impera en la cuadrilla por su carácter dicharachero en el decir y gracioso y sentido en el cantar. Su guitarra, siempre colgada del mohoso clavo, permanecía constantemente muda cual si ella también sintiese la ruptura de aquellas relaciones tan amantes, en loor de las cuales habían vibrado tantas y tantas veces sus cuerdas sonoras, estrujadas por los nerviosos dedos del enamorado galán que ponía en sus tocatas todo el amor que su alma sentía. En su conversación advertíase ahora cierto tono de melancólica tristeza, ahogado á veces por un conato de forzada risa. En fin, todo su aspecto exterior denotaba el síntoma característico de un malestar profundo.

Gloria, mucho más sensible cual mujer que era, denotaba más claramente el gran pesar que á su alma maceraba, sin que en esta ocasión la valiese en nada el disimulo.

Cuando bailando con el nuevo pretendiente levantaba hacia él sus ojos para mirarle, y plegaba sus labios como sonriéndole, y sin que ella al parecer quisiere encontrábase con el rostro de

su antiguo novio que también la miraba, una ola de fuego inundaba su rostro bello, y el rubor teñíale de purpúreos arreboles.

Entonces, con el seno palpitando en emocionadísimo anhelo, latiéndola agitadísimo su corazón torturado, é impelida por el raudo compás de un vals muy movido, lanzábase en vertiginosa danza por entre un dédalo intrincadísimo de locas parejas, cual si quisiera olvidar en medio de aquel laberinto la borrasca que su pecho albergaba.

El estado de aquellos corazones, que tan indiferentes parecían y tan unidos se hallaban, no era un secreto para las personas sensatas. Comprendían éstas que lo que existía entre aquella pareja desavenida era amor, mucho amor; despecho, mucho despecho...

Atardecía. El sol ya había remontado las altas lomas que circundan la aldea, notándose en ésta ese ruido monótono y característico de los pueblos rurales.

Oíase por doquier el seco y áspero *ras-ras* de los arados al arrastrar sus clavijeros; el acompasado caminar de los obreros que, por caminos distintos y en caravanas numerosas, volvían del trabajo con el azadón al hombro... y el tintineo metálico de las carlanças férreas que circuían el cuello lanoso de las ovejas que, en rebaños nu-

merosos de innúmeras reses, acercábanse hacia el aprisco cual imponente alud de nieve deshelada.

Los últimos rayos del ígneo astro, perdíanse allá en la curva línea de occidente, tiñendo de arreboles el magnífico dombo del espacio. La brisa, cálida y galvanosa, típica de las tarde cuyos días fueron calurosos en extremo, movía con suave frou-frou las verdes hojas de los copudos árboles, y una calma plácida de virgiliano deleite extendíase por doquier en derredor de la aldea.

Apoyado en un árbol, y con la vista fija á todo lo largo del camino que conduce desde la aldea á la fuente, y muy cerca de ésta, un joven como de veinticinco años, alto, de rostro hermoso, si bien retostado por el sol y coronado por el alifñado tupé de un joven que se acicala, miraba con indecible afán observando con gran atención, á todas las muchachas que en tropel apresurado acudían en aquella hora á la fuente por agua; las cuales mirábanle al pasar con maliciosa sonrisa, y luego murmurando y riendo se alejaban de él con un susurro infernal de murmullos burlescos.

El largo cordón de aguadoras había desaparecido. La paciencia de nuestro joven parecía ya agotarse, cuando sus ojos brillaron en la semi-oscuridad de la próxima noche, clavándose ansiosos en una forma blanca que con paso corto y menudito acercábase á él, hacia la fuente.

Era Gloria. Viva y perspicaz pronto reconoció ésta en el joven aquel que la esperaba á su antiguo novio, y un rubor ténue tiñó sus frescas mejillas. El movimiento de su seno hizose más agitado, y con los ojos bajos, medio ocultos tras de las sedosas hebras de sus pestañas, lanzó al pasar una mirada de amor infinito á su amado.

Éste unióse á ella y la acompañó á la fuente. En ésta permanecieron un corto instante silenciosos, y como abrumados por el cúmulo de reproches que en confuso tropel á sus mentes acudían.

Monótono y acompasado oíase el sonoro susurro que el agua producía al llenar el espacio cúbico del panzudo cántaro. La luna alumbraba ya con su luz pálida de cuerpo opaco las negras lobregeces de la noche, y una infinidad de estrellas rielaban allá arriba, esculpiendo el espacio azulado-oscuro con un amplio manto de puntitos luminosos.

Entre los reñidos novios entablóse al fin un vivo diálogo, amargado al principio con la catilinaria irónica de sus respectivas quejas, y suavizado muy luego por el poderoso influjo de su amor mútuo que les hizo olvidar el enfado que sentían. Su acento fué poco á poco adquiriendo esa melosidad cariñosa tan común en los amantes, y una grata complacencia brilló en sus rostros, contraídos antes por la dura expresión de su enojo.

Habíanse sentado en una piedra que en la

fuelle había. Con sus manos enlazadas y muy juntitos los rostros, hablaban quedo y amorosamente glosando gozosos la dulce bienandanza del amor correspondido; y sus palabras, unas veces dulces, semejantes al suave aroma que las flores exhalan en esas mañanas tibias de primavera, y ardientes otras cual lava eruptada por activo volcán, rociaban sus corazones henchidos de amor y de dicha, de alborozo y bienandanza.

Gloria escuchaba con supremo deleite las palabras que su novio profería. Su linda faz exornábase con un ténue rubor, indicio claro de lo que en su corazón pasaba; y el alto relieve de su seno bullía bajo el chal percalíneo, en rítmicos latidos de virginales ansias.

Contempló á su novio insustituíble. Este dejó de hablar sonriéndola amoroso. El agua seguía afluyendo del caño de la fuente, derramándose sobre los bordes del cántaro ya lleno. Muy cerca de ellos, en un pradozuelo surcado por estrechucu arroyo, los grillos y ranas parecían cual si quisieren porfiados, turbar el apacible silencio de la noche. Allá á lo lejos, perdiéndose casi en la lejanía, un buho lanzaba á intervalos el chillido gutural de su canto lúgubre...

El novio de Gloria contempló á ésta con admiración suprema. En sus pupilas, que irradiaban placer inmenso, vislumbró tanto amor y dicha tanta, que un escalofrío sensual recorrió su cuer-

po al sentir junto á sí el suave contacto de su novia que se estremecía y tanto le amaba.

Un pensamiento lascivo cruzó por su mente. Tenía cerquísima á una mujer hermosa que era su novia y á quien amaba con pasión sincera. Hallábanse solos en un lugar aislado por el umbroso manto de la noche, y loco, frenético, ardiendo en vehementes ansias de voluptuosidad, atrajo hacia sí á Gloria, depositando amante un sonoro beso en sus ardorosos y amapolados labios.

Súbitamente pareció aquietarse el tridenteo desabrido de grillos y ranas. La luna, cómplice del amor, prudentemente ocultóse tras de la tupida capa de una parda nube, y una estrella fugaz surcó rauda el estrellado espacio, cual si púdica huyese de aquella escena de amor.

* * *

Las mujeres que figonean fiscalizando todos los actos del baile, sorprendiéronse muy de veras que al domingo siguiente Gloria y su novio bailasen juntos. Murmullos y comentarios no faltaron aquella tarde entre las respetables matronas del infundio.—¿No habían reñido?—preguntábanse capciosas.—Pues estonces, ¿á qué aquella expresión placentera que se advertía en sus rostros cuando se hablaban y aquellas tiernas miradas que se dirigían?

Las soberanas de la escoba hallaron aquel

caso insólito y excepcional. Para ellas lo natural y lógico era que los novios siguieran siempre reñidos. Que nunca se reconciasen:—¡Vaya una formalidad!—Antes de un mes de haber regañado, ya se reconciliaban...

Y lo más sorprendente es que desde entonces demostraban quererse más. Y su amor creció progresivamente hasta finalizar en el dulce epílogo de toda relación amorosa, el matrimonio. Y las malignas murmuradoras convencieron de que no hay fuerza natural ninguna que pueda desunir por mucho tiempo la armonía de dos corazones que bien se quieren.

Podrán enfriarse un tanto sus relaciones. Prodigarse mutuamente los reproches justificativos del enfado que sienten. Les parecerá que ya jamás volverán á verse, á hablarse... pero al fin instintivamente, pareciendo espontáneo lo que no es más que premeditada ocasión, se encuentran, se miran, háblanse al pronto con enfado, luego más amablemente y por fin terminan por amarse tanto ó más que antes de haber regañado.

Y esta es la piedra de toque que da á conocer si dos novios se quieren profundamente.

«Si en el transcurso de sus relaciones, riñen unas cuantas veces y al poco de haber regañado reconcilianse, queriéndose más... señal evidente que el amor de ambos es grande, sincero, apasionadamente sentido...

FRUTO DE AMOR

I

Y con gran zozobra para Amparito y Daniel llegó el tan temido día del sorteo.

Amparito y Daniel eran novios. Sus relaciones amorosas databan desde cuando eran niños; pues, inseparables en sus juegos infantiles, queriéndose fraternalmente al llegar á la pubertad, en el pueblo comenzaron como en broma á juzgarles novios y ellos no queriendo que tan hipotético noviazgo parase en broma, lo formalizaron elevándolo á la categoría de cosa hecha y resuelta.

Pero tan resuelta, que á los dieciseis años élla y diecisiete él, hallábanse tan amartelados y pegajosos en su amor, que ni Amparito se acordaba de otros muchachos que no fueran Daniel, ni Daniel obsequiaba á muchacha ninguna que no fuese Amparito.

Así las cosas, llegó un día en el cual los pa-

dres de Amparito pararon mientes en aquellos amoríos de la *chica*.

Ellos lo habían echado siempre á broma. «¿Que Amparito gustaba mucho que Daniel la bailase?» «¿Y que Daniel no bailaba más que con Amparito?» ¡Bah! Cosas de chiquillos. «¿Olvidaban en el pueblo que siendo vecinos una y otra casa, la de los padres de Daniel y la de ellos, los muchachos desde niños habíanse acostumbrado uno y otro á estar siempre juntos?»

Y los padres que hasta ahora habíanse hecho para su tranquilidad tales reflexiones, ahora sin embargo comenzaron á desazonarse ante el pegajoso amartelamiento de los mozos.

Porque mozos eran ya ambos, y no mozos rapalones y de ínfimo parecer; sino muy bizarros y de airoso y buen palmito.

Amparito, su hija, espigada y desarrolladota, con su morenillo rostro siempre risueño y alegre; sus ojos zaragateros y burlescos que se reían en el cubil de sus órbitas de todo lo que reputasen ridículo, y su cuerpecito bailarín y gracil que se quebraba en ondulación graciosa cuando locamente valsaba los domingos en aquella plazoleta desigual y mal empedrada..., con sus diecisiete años cumplidos; su charla atrevida y el audaz estridor de su risa siempre en ejercicio, no era ya la muchacha que solamente trata de divertirse y reir, sino la hembra que sueña con la posesión del amor de un hombre...

¿Y qué hombre iba á ser quien con más derecho se creyese, para ser galán de los ensueños eróticos de Amparito, sino el mismo con quien siempre alternó en sus juegos y risas infantiles, trasformado ahora por mor de la edad en juegos amorosos de la juventud? ¿Y éste no era Daniel, aquel mocetón de diez y ocho años, alto y bien modelado, con guapo rostro exornado ya por un incipiente bigotillo, que le daba aire de oficial recién salido de la Academia; con quien siempre gustaba de bailar Amparito, y quien sólo á Amparito él bailaba?

Y la consecuencia de que los muchachos eran novios, deducida por la edad y la constante prodigalidad de uno y otro en sus benevolencias y atenciones, trastornó en acerbos sinsabores el pacífico bienestar de los padres de Amparito.

Porque forzoso es decirlo: ellos eran labradores bien acomodados, de dos yuntas y con propiedad suficiente para no precisar colonia alguna.

Y los padres de Daniel al contrario, además de no poseer más que una yunta flacucha y flébil, toda su tierra labrantía concretábase á lo que buenamente cedióles un rico colono que explotaba una rica y vasta heredad.

Por lo cual y sin más razones, prohibieron á Amparito sus relaciones con Daniel, y á éste la entrada en la casa, que hasta entonces usara con entera libertad de vecino cuyo trato es íntimo.

¡Pero buena la hicieron los tales padres con prohibir á su hija seguir queriendo á quien de luengos años ya quería!

Como si tal veto á su amor fuese un acicate que la estimulase á querer más, Amparito entregóse á un verdadero paroxismo amoroso—permítasenos la paradoja,—que la arrastraba á querer más y más á aquél con quien jugando de niños á los novios, aprendió á quererle de la manera única que debe quererse: «Con sincero apasionamiento y enloquecedor deleite...»

Daniel por su parte no perdía ripio. Verdad es que ya no podía hablar con el sosiego de antes á su novia, pues á más de estarle prohibido entrar en casa de ésta, en los bailes á que Amparito concurría, muchas veces también érale imposible acercarse á ella por haberla acompañado su padre, decidido á evitar que los muchachos ni aun bailasen juntos.

Nada. Tuvieron que valerse de otros medios que la sagacidad de su amor les sugirió. ¡Y que no es poco sagaz que digamos el amor!

¡Lo que él inquiera, estudia y rebusca entre los más intrincados rincones de la sagacidad humana, para hallar los medios más conducentes á poner en comunicación verbal á quien le siente latir en el archivo de su corazón!

Y hasta que encuentra esos medios que decimos, lucha tenaz y paciente; no sosiega, no descansa, recorre todo el dédalo complicadísimo

de sutilezas y audacias. Y al fin vence. ¿Por qué no? Todo esfuerzo en la consecución de un fin tiene su galardón. Y así sucedió á Daniel y á Amparito.

Firmes en su amor cada vez más tenaz cuanto más contrariado era, indagando é inquiriendo, hallaron por fin los medios de entrevistarse sin que los padres de ella se enteraran de nada.

Y no faltaron personas perspicaces que notaron una extraña coincidencia: «La de que muchas tardes, al entrar Daniel por la puerta trasera de la casa de la señora Jacoba, algo pariente de Amparito, la cual trasera daba allá, fuera de las corralizas del pueblo, no hiciese mucho que Amparito entrara por la puerta principal en casa de su tía la señora Jacoba, con la que ciertamente antes no había mantenido relaciones amistosas...»

¡Diabluras del amor que no en vano llamósele el duende más duende de toda la grey de su especie!

¿Y no saben ustedes lo que hicieron los padres de Amparito por ver si lograban que ésta olvidase á su novio? Pues pensaron casarla. Pero no vayan á creer que para su objetivo buscaron un mozo que pudiese con sus prendas físicas hacer más renunciable el amor de Amparito. ¡Quiá! Avarientos hasta la médula de esa ruin condición, proporcionáronla un candidato todo lo más distanciado de Daniel en gracia y belleza.

Según éste era alto, esbelto, de airoso porte

—como ya dijimos,—aquél era bajocho, rechoncho, patizambo... Daniel era hermoso, con su rostro terso, blanco, que no maceraba el sol estival en los trabajos campestres á los que el mozo se dedicaba, más que con un tenue barniz dorado, que le sonrosaba haciéndole si se quiere más atractivo.

En cambio, la faz del electo por los padres para esposo de Amparito, era el más atrayente anuncio de la fealdad, si tan lamentable prenda se cotizase como la «Crema Servus» para el calzado.

Había que ver aquellos ojillos, casi tapados por las espesas y cerdosas cejas; aquella nariz chatorra y arremangada, que le hacía cara de mascarilla carnavalesca; aquellos labios gruesos, siempre sucios... que eran comisura amplísima de aquel buzón enorme llamado boca. ¡Qué boca! Cerrada semejábese á la de un anfibio. Y abierta... ¡Bah! dejemos de comparaciones.

Pero el mozo era inapreciable prenda para los padres de Amparito. Pues no en vano era ya dueño de un coto redondo muy cercano al pueblo... coto de unos cuatro pares de mulas que le dejaron sus padres cuando hicieron la tontería de morirle.

Y por eso, que Amparito quisiere ó no, había que casarla por fuerza.

II

Sorteábase en el salón de actos del Ayuntamiento los mozos del reemplazo de Daniel.

La sala estaba atestada. Todo el pueblo había asistido.

Aquel año el sorteo despertaba interés. Era como esas causas criminales de gran sensación, que llevan á las Audiencias numeroso público aficionado á emociones judiciales.

Y ese interés despertado en el pueblo aquel año, originábalo Daniel. Y más que éste en su personalidad, era el arrogante reto que á la faz del pueblo lanzó al padre de Amparito, un domingo en el baile al no dejarle bailar con la amada.

Le había dicho en un arrebato colérico, y con la solemnidad de Quinto Fabio Máximo al declarar la guerra á Cartago en nombre del Senado romano:—Se empeña usted en que su hija y yo no nos queramos, y yo le aseguro á usted que, si salgo bien del sorteo de mi quinta, ya veremos á ver quién se casa con Amparito; si yo, ó ese buho con quien la quiere usted casar.

Y nunca fué más despreciable el *buho*—que desde entonces así le llaman,—como desde aquélla fecha en que conquistó gran renombre de cobarde; pues á pesar de hallarse allí cuando le aludieron con tan extravagante alias, aparentó no

haberlo oído y se acurrucó en un rincón como una liebre acosada por los galgos entre un callejón sin salida.

Y aquellas arrogantes palabras de Daniel fué lo que como ya dijimos llevó aquel año á casi todo el pueblo, hasta las mujeres, á presenciar el sorteo.

Todos ansiaban saber la suerte que le cabía al guapo muchacho.

Unos con deseos de que sacara buen número y se librara del servicio.

Otros, y estos eran los menos, ansiando que le tocase para Melilla, ó si se quiere para Pekín. Tales eran el padre de Amparito y el *buho*, con algún que otro pariente de ambos.

Habían ido ya saliendo los números con los nombres de los mozos quintados, con gran expectación de la concurrencia.

Entre ésta veíase al *buho* mirando con grande afán hacia la mesa donde el sorteo se verificaba, arrojando de vez en vez miradas oblicuas á Daniel que se hallaba entre los mozos.

Muy cerca del *buho* se encontraba el padre de Amparito.

Y entre las mujeres que asistieron á fisionear, —cosa que nunca había sucedido en el pueblo, —encontrábase la señora Jacoba, muy oronda y emperifollada, dándose notabilísima importancia de embajadora.

«Iba en nombre de Amparito, ya que ésta no

había querido ir, ni la hubiesen dejado aunque quisiera».

Habían ya salido todos los números menos dos. Y cosa extraña: los números rezagados eran precisamente el primero y el último, ó sea: el peor y el mejor.

Y también casual y extraordinariamente espectante, que uno de los mozos á quien debía corresponder uno de aquéllos números era Daniel...

Y era de ver la curiosa ansia estereotipada en los rostros de todos.

Daniel algo pálido y cejijunto esperaba el fallo del azar.

El padre de Amparito no pestañeaba. Y el *buho* clavaba sus ojillos de tábano en la voluminosa urna de transparente cristal.

Esta se hallaba en el centro de la mesa y frente al alcalde.

A cada uno de sus lados, y sentados con las piernas colgando por un lado lateral de la mesa, hallábanse dos niños que sacaban las papeletas.

Uno las que contenían los nombres de los quintos. El otro las de los números. Estos no estaban en la urna, sino en un puchero de latón, de esos de hacer arrope.

El primero de dichos niños metió el bracito en la urna y le sacó apretujando en su mano una papeleta doblada.

El alcalde desdoblóla leyendo:

«Daniel Gutiérrez».

En la sala prodújose un murmullo de expectación.

Ahora se vería lo que todos anhelaban ver.

El otro niño metió su brazo en el puchero que contenía las papeletas de los números y sacó una también doblada.

El Regidor Síndico desdoblóla con algún temblorcillo en los dedos, pues era pariente de Daniel, á quien quería.

Los ojos de todos enfocaban en las brillantes pupilas, aquel papelucho que el Regidor desdoblaba parsimonioso y temblón.

Los oídos esperaban con el tímpano en tensión que se cantase el número.

Este fué el fatal, el uno.

Y ya sabido el resultado, cada cual manifestó la impresión que le causara.

Daniel hundióse las uñas en las cerradas palmas de sus manos. «¡Maldita su suerte perra!»

El *buhó* enarcó sus cejotas de escobajo, fulgurando sus ojillos una mirada de felino que relame el cuerpo ensangrentado de su presa.

Y el padre de Amparito, no pudiendo contener su satisfacción, exclamó en alta voz:—¡Al servicio!

Y salió presuroso de la sala monologando por lo bajo:

«Ahora vería *aquella* cómo habría de acceder á sus ruegos y amenazas que hasta entonces había

desdeñado unos y rechazado otras. Pero ahora que se la iba el *zángano* de su novio... vería, vería la mocosa.»

III

Y Amparito sintió la mala suerte de su amado con acerbo dolor.

«Se le llevaban, allá, á Melilla quizá; á la guerra... y sabe Dios cuándo volvería á verle».

Daniel no esperó al año siguiente para que le llamasen á filas. En cuanto supo su suerte, á los pocos días sentó plaza de soldado. «Adelantaría un año».

Y los últimos días que precedieron á la salida de Daniel del pueblo, para el punto donde fué destinado á cumplir su servicio militar, la vivienda de la señora Jacoba fué un lugar de jubileo para los novios.

Siempre la puerta principal asaltada por Amparito, que so pretexto,—pretexto fútil pues ya aquello no era secreto en el pueblo,—de engañar á las vecinas de la señora Jacoba, llevaba tapadujos misteriosos que decía ser encargos para su tía.

Siempre chirriando ásperamente las viejas traserosas, que daban allá, á extramuros del pueblo, y que se abrían en estrecha abertura por la que se colaba Daniel bonitamente.

Y cuando el padre de Amparito, extrañado

de la asiduidad con que su hija visitaba á la paciente señora Jacoba, indagó y al fin obtuvo conocimiento pleno, de que aquella casa era el *nido* amoroso de los contrariados novios, prohibió á su hija visitar más á la señora Jacoba y á ésta la casa de él, irridadísimo contra la espontánea tercería de la «Celestina».

¡Pero tarde llegaba la prohibición paternal!

Era el último día de la estancia de Daniel en el pueblo, y ya no era cosa de sentir la destrucción de aquel nido de amor. Pronto volaría uno de los pájaros.

Y voló. Daniel fué á Madrid incorporado á un batallón de cazadores. Y á los pocos días tocóle á su batallón partir para Melilla, y allá fué Daniel llevando en su pecho el lastre de un amor imposible.

La primera carta que el soldado envió para Amparito, fué dirigida bajo sobre cerrado á la señora Jacoba. ¡Pero oh desgracia! Vióla el padre, entendió la jugarreta que se pretendía hacerle, y ya jamás pudo Amparito ponerse en contacto con la señora Jacoba... que anunció á Daniel su inhibición en aquel asunto.

Por lo tanto, los novios quedaron en absoluta incomunicación uno de otro, cosa pretendida por el padre de Amparito, que así pudo llegar más fácilmente á la consecución de su fin... casar á su hija con el ricachón gaznápiro.

Y la casó. Al pronto con protestas y lloriqueos

de Amparito, verde su corazón en el amor de su único novio. Con resignación luego que vió no podía sustraerse á su sino fatal de víctima...

Y en el pueblo dicen como testimonio verídico, que *la pobre Amparo* al aceptar ante el ara por esposo á un hombre á quien no quería, exhaló de sus labios pálidos un suspiro tristísimo y sus ojos desprendieron ardiente lágrima.

Y estos *dimes y diretes* pueblerinos, coincidían con el nacimiento del primer hijo de aquel matrimonio forzoso, que, según cálculos razonadísimos de las matronas, resultó *tremesino*...

QUIÉNES ERAN LOS DUENDES...

I

Y en el pueblo el sobresalto era enorme. Que había duendes no había ni que dudarlo. Estaba probadísimo hasta la saciedad; pues ya los mozos habíanlos visto...

De ahí el *run run* que circulaba en el pueblo, de pavorosos y fantásticos noticiones transmitidos de unos á otros con rapidez muy digna del «sistema Marconi».

¡Había duendes! Cosa que helaba de espanto el corazón nada heroico de los pacíficos lugareños.

Hasta entonces no habían asaltado más que la vivienda del Sr. Gaspar, el ricacho mejor acomodado del pueblo. ¡Pero quién sabe! Puede que no tardando recorriesen sucesivamente las casas todas del pueblo...

Y había que ver cómo los vecinos se aperciaban contra aquéllos endemoniados é invisibles

visitantes, que tan malas noches daban al señor Gaspar.

¡Con qué fervor acudían á la iglesia con enormes pucheros de porcelana, que el sacristán llenaba hasta los bordes de agua bendita! y con cuánto mayor fervor luego en sus casas respectivas, armados con escobajos y algarabía aspergionaban las puertas, las alacenas, los graneros, sin olvidar el pajar y la cuadra!

En cada ventana y entrelazado en sus fuertes barrotes, veíase el ramo de palma bendecido por el párroco en el domingo de Ramos...

No; lo que es por aquella vez, si los malignos espíritus recorrían al fin las casas todas del pueblo, como según testimonio de los ancianos, que se lo habían oído á sus abuelos que á su vez habíanlo oído de los suyos, había sucedido allá, antaño mengaño... ahora..., no podía argüirse de imprevisión y descuido; que bien prestos acudieron á santificar sus casas con el agua bendita, triaca de demonios y de toda caterva de trasgos infernales.

El señor Gaspar hallábase como es dable suponer en un estado tal de lamentable desasosiego, que su cara, por lo común enjuta y rugosa, ahora semejábase con aquellas barbuchas lampiñas de pelos hirsutos, (ni para afeitarse tenía humor el infeliz) á la grave y peluda cara de un chivorro padre, ya viejo.

No comía ni bebía;—más que á sus horas,—

pero con tan desganado ánimo y apocamiento que más parecía comer algo para no perecer de hambre tan presto,—pero al fin perecer,—que comer para sustentar su cuerpo y tirar viviendo.

Y esto á pesar de las animosas exhortaciones de Mariucha su hija única.

La tal, en las horas del yantar y sentados padre é hija en derredor de una mesuca miserable, —mesa de pobre ó de avariento, que no espera ser honrada por intrusos comensales,—trataba de persuadirle de que recobrase la calma de su espíritu turbado por tan necias alucinaciones.— ¡Necias alucinaciones, sí, señor!—ratificaba con valiente persuasión Mariucha, rebatiendo los silogismos con que su padre intentaba persuadirla de lo cierto de su creencia.

«¡Que no había duendes!»

¡Pero hija, por Dios! argüía el padre quejumbroso y casi llorón:—¿Quieres negarme lo que mis oídos oyen todas las noches, y que no ven mis ojos por faltarme el valor para ponerles en contacto con tan endemoniados sujetos? Aunque poco adelantaría si me atreviese á ello; porque, ¿cómo los duendes—y que no otra cosa es según creo yo;—iban á esperarse que yo los viese? ¡Ya huirían de mí después de haberme embrujado, saliendo por el tejado sin taladrar vigas ni tejas, transformados por arte demoníaco en pulgas que fácilmente se cuelan por la más pequeña gotera!

Mariucha comía y callaba, sonriéndose con malicia.

Yo admito que tú y la criada no oigais nada como decís: que bien pudiera ser que los duendes sólo viniesen á turbar el plácido sosiego de este pobre pecador, porque así al *demo* plugo tentarme. ¡Pero que me niegues lo que oigo...! ¡Hija, hija, por Dios, que soy tu padre! ¿Miento yo acaso? ¿he mentido alguna vez? ¿soy ¡Dios me libre! aficionado á inventar fábulas que llevan el germen de lo más infernal y satanESCO?

—No, padre, no... eso no, usted siempre fué muy discreto, muy cristiano...

—Pues entonces, hija, ¿iba yo á fantasear neciamente, atribulando al pueblo entero que miedoso y tristón sigue el curso de mis pesadumbres? ¿Por qué esos ruidos misteriosos que todas noches oigo allá, hacia las once ó doce?... ¡Vamos, hija! Mariucha, dime: ¿Tú en verdad no oyes nada? ¿ó es que eres tan animosa que á pesar de oirlo tratas de negarlo para infundirme valor? Si es así, hija querida, Dios te lo premie.

—No, padre, no... Yo no oigo nada, ya se lo he dicho.

El viejo inclinaba su calva frente torturada en cavilosas reflexiones.

Luego con desmayado ademán arrojaba el cubierto de su temblona mano, y se levantaba de la mesa saliendo al corral para distraerse contando los huevos que pusieran sus gallinas.

Y salía de la estancia con tan dolorosos gemidos, que Mariucha condolida por el acerbo dolor de su padre, llamaba á la criada, diciéndola:

—Ya ves, Emeteria, á mi padre. Cada vez más desalentado y tristón... temo que enferme y... me dan ideas de... ¡Pero no, por Dios! Si lo supiera... ¡Qué se yo! Puede que me matara. Tan avaro como es.

Y no dijo nada. Y fueron pasando días. Y los duendes siguieron turbando el sueño del señor Gaspar... hasta que al fin una noche decidió, aconsejado por la plana mayor del pueblo, la más ilustrada,—el párroco, médico, maestro, veterinario...—conocer, ó poner los medios para ello, el origen de aquellos ruidos que tan medroso noches ha habíanle traído, y que él reputaba como originados por un tropel de duendes ó brujas que tomaron su desván por centro de sus operaciones bacanalescas.

Porque en el desván era donde el señor Gaspar creía percibir aquellos extraños ruidos, que el infeliz no acertaba ni á explicar ni á comprender.

Eran así como... primeramente, el roce de un cuerpo que se arrastraba por el tejado. Luego el golpe de alguién que caía sobre el desván, y á continuación un suave murmullo de voces, así como de dos personas que hablaban; luego alguna que otra risilla... y á veces... ¡Dios le perdone! Pero había creído oír así como el chasquido de algün que otro beso... ¡Pero vayan ustedes á

imaginar lo que aquello sería! Cualquier cosa menos lo que á él se le figuraba.

II

Era la noche de un sábado. La noche más propicia para los espíritus malignos. Noche de brujas, duendes, vestiglos... y por ende lóbrega como boca de lobo, y fría como una noche Siberiana...

El señor Gaspar hallábase sentado en alto y vetusto sillón forrado de cuero.

Rodeábanle sus deudos y amigos, que fueron á demostrarle su leal querer, acompañándole en aquella noche tremebunda.

Estaban decididos á ello. En aquella noche sabrían si eran ó no duendes los que turbaban el sosiego del señor Gaspar, el buen amigo y rico pariente. ¿No era vergonzoso que un pueblo entero, gimiese bajo la férula de un pánico ridículo, puesto que no sabían qué sería aquéllo? Puede que no fueran duendes ni Dios que lo crió; sino lo que decía el secretario del Ayuntamiento, que era un incrédulo redomado:

—«¿Sabeis qué duendes son los que van todas las noches al desván del señor Gaspar? Pues nada más sencillo. Mozos que saben que en dicho desván hay tendidas exquisitas uvas verdejas,

y se la dan buena á costa del ricacho y mengua de todo el pueblo.»

Y se reía el demonio de hombre, añadiendo:

—«¡Con qué gusto se solazarán con tan buenas uvas los mozarrones, ínterin ustedes tiemblan con tan ridícula zozobra!»

Verían, pues, aquella noche...

Entre los que acompañaban al señor Gaspar sin ser parientes y en calidad de amigos, se encontraban: el médico titular del pueblo, un viejecillo ya caduco y flébil, más aficionado á tertuliar con sus convecinos que á molestar el magín con el enrevesado estudio de los textos hipocráticos; el señor cura, muy animoso y locuaz, siempre de buen humor y dispuesto á reir la gracia de cualquier chiste por malicioso que fuese, y sentado muy cerca de él, con respetuoso continente y cara que por fingirla tan austera resultaba de avinagrado gesto, el sacristán tenía sobre sus rodillas un gran volumen, y en el suelo y junto á sí un cantarito de cobre y en éste un hisopo.

Eran los artefactos guerreros empleados contra los espíritus malignos.

Todos guardaban un silencio absoluto, notándose en sus semblantes cierto malestar y desasosiego.

Hasta el médico y el cura que no creían en duendes ni en aparecidos, parecían hallarse preocupados.

En la estancia sólo oíase el monótono y ás-

pero chisporrotear de los leños que ardían en la chimenea, y los mugidos del viento que azotaba los cristales.

Al fin el cura mal avenido con aquel silencio turbóle rogando al médico:

—Vamos, D. Fermín, cuéntenos usted algo. Todos corroboraron este deseo.

—Sí, sí... que lo cuente. Ala, D. Fermín, cuente usted...

Y dispusieronse á escuchar atentos lo que don Fermín los contase y que no sería hacer poco si lograba disipar su miedo.

D. Fermín asintió.

—Contaré á ustedes algo. Así quizá logremos pasar más agradable la velada... y que no parece sino que es interminable. Sólo son las diez, conque hasta las doce que es cuando podemos ver eso... Pero allá va, señores; un poco de atención. Y después de toser comenzó así:

•Pues señor... Era la época en que los árabes invadieron nuestra amada é independiente patria. En la florida y pintoresca Bética estableció un serrallo uno de los más poderosos y opulentos árabes, el cual empeñóse en tener por favorita y reina de su harén, á la más hermosa y gentil princesa de la cual con más justicia enorgullecíanse los estados cristianos. De su fe cristiana y virtud castísima hacíanse lenguas todos cuantos la conocían. Era opinión firmísima de que nadie había aún logrado interesar el corazón de la her-

mosa, sin embargo de ser tantos y tan linajudos caballeros los que pretendieron en vano ser sus amantes.

Los más bizarros y apuestos guerreros quebraron lanzas en loor de su belleza insuperable. Inspirados trovadores cantaron melancólicos sentidas trovas ensalzando á la ingrata, y reyes magnánimos quisieron ceñir su corona en las nacaradas sienes de aquella vestal. Pero nadie logró conmover aquel corazón roqueño.

El opulento árabe, cual si el conocimiento de aquella virtud inquebrantable acrecentase su pasión, formó el propósito decidido de hacerse dueño de aquel portento, no escatimando medio alguno que le condujese á la realización de aquel fin. Y tal fué la maña que se dió en ello, tales los recursos que su invectiva le sugirió y tales sus arrumacos y encantamientos... que, al fin llegó á conseguir el amor de la princesa...

—¡Lo consiguió!...—exclamaron los oyentes en un arranque espontáneo de sincera admiración.

El narrador interrumpido en su relación, sonriendo satisfecho al notar el efecto que ésta hizo, arrojó un tronco de leña al fuego y paseó su mirada de uno á otro de sus contertulios.

El silencio que estos guardaban era solemne. Todos esperaban que el médico continuase. Pero D. Fermín, restregándose satisfecho sus manos delgaduchas, miraba ahora con aire distraído las

ígneas y vacilantes llamas, que en suaves contorsiones lamían la negra cornisa de la enciscada chimenea.

El viento silvaba afuera, azotando ahora contra los cristales nutridos copos de nieve.

—¡Rediez!—exclamó un contertulio, con satisfactorio frotamiento de manos, al percibir el grato calor de la chimenea y suponer el frío que en la calle habría:—Mala noche pa los duendes.

En este mismo instante oyóse allá arriba, y sobre el desván, un seco y violento golpe.

—¡Ahí están!—exclamaron todos saltando bruscamente de sus asientos impelidos por el miedo.

El médico, á pesar de toda su ciencia humana, sintió recorrer por su cuerpo flébil un escalofrío.

El cura también inmutóse. Mas comprendiendo que en aquella ocasión érale preciso intervenir, en atención á su ministerio sagrado, dirigióse á todos intentando tranquilizarles, si bien su voz temblequeaba.

—No se asusten ustedes, señores, que yo lo conjuraré.

Y calándose el bonete, y poniéndose la sobrepelliz, colgóse del cuello la estola, y salió de la estancia seguido del infeliz sacristán, el cual temblaba preso en los apretados grillos del miedo.

Subieron unas cuantas escaleras dirigiéndose hacia el desván. Y ya en éste, vieron allá, y junto

á la claraboya que daba al tejado, dos bultos como de dos personas que hablaban...

El cura y su subordinado, estrechamente unidos por el miedo que á ambos embargaba, guardaban absoluto silencio sin respirar siquiera.

Oyeron una voz que decía:

Suelta por Dios, déjame, vete ya... Allá abajo hay gente que vino esta noche con fin de ver qué clase de duendes son los que turban el sueño de... de... que no, que no, vete.

Oyóse el sordo ruido de una lucha. Luego el sonoro estallido de un bien estampado beso.

—¡Los duendes son!—esclamó el sacristán con voz que hacía balbucir el castañeteo de sus dientes. Tal era su miedo.

El señor cura ya no dudó. «Aquéllos, efectivamente, eran los duendes...»

Y sin considerar que un espíritu maligno no hubiera nombrado á Dios, ó fuese porque en su miedo no había entendido nada de aquello que dijeron los que por duendes tomaba, el caso es que, enarbolando el hisopo, hundióle hasta la mitad del mango en el caldero, y bien repleto de agua bendita acercóse receloso al grupo duendesco, arrojando sobre éste un buen chaparrón al tiempo que con voz temblona pronunciaba los latines que son de rigor en tales casos.

Al duende no pareció agradarle ni el latinejo ni el chaparrón; por lo que, sin aguardarse á otro y con gran premura, saltó agilísimo—como duen-

de que era—la ventana, y ya en el tejado vió el sacerdote saltar á la calle en forma de arrogante mozo, por medio de una escala sostenida desde abajo por otros duendes como él... que serían quizá los que tan alarmado tenían al vecindario todo.

El buen pater volvióse pasmado hacia el otro duende, que suspiraba en un rincón del desván.

Y su sorpresa no tuvo límites al conocer á Mariucha, la misma hija del señor Gaspar.

—¡Calla!—exclamó asombrado el sacerdote: —¿Pero eres tú, Mariucha?

—Sí, señor cura, yo..., que... ¡ay! No diga usted á mi padre que... ¡Si supiera, Dios mío! Verá usted... Yo quiero á Bartolo, el hijo del tío Serapio. Y como mi padre no quería que hablásemos, ideamos este medio para ello... Ya ve usted que... ¡ay! No diga usted nada, señor cura...

Y la rapaza avergonzadísima bajó corriendo las escaleras.

El sacerdote quedóse un instante perplejo.

Luego dijo al sacristán:

—¿Qué te parece á ti de estos duendes, Toribio?

El sacristán que ya revivía contestó riéndose:

—Pues que son de mejor índole que aquellos otros que creíamos. De éstos yo me figuro que nos han de traer algún beneficio...

El señor cura sonrióse y guardó silencio. Luego bajó á la estancia donde intranquilos aún,

esperaban sus contertulios, á los cuales tranquilizó con estas palabras:

—Todo se arregló, señores. Ya sé quienes son los duendes...

Y acercándose al señor Gaspar, hablóle misteriosamente al oído.

El ricacho abrió tamaña boca. Luego exclamó balbuciente:—¡Mariucha! ¿Conque era ella?

Y en el pueblo el revuelo fué enorme.

«¿Conque Mariucha, eh?—oíase por doquier».

«¡Bonitos duendes!»

Y el secretario muy ufano celebraba su perspicacia.

«Si ya decía él: que aquello pararía en lo que debía parar... Porque acertada fué su hipótesis. El siempre dijo que serían mozos que rondaban las uvas del señor Gaspar. Luego resultó que se lo rondaban á la Mariucha... ¿Y qué más daba? El caso era el mismo».

Y desde entonces en el pueblo nadie cree en duendes ni en brujas. El señor Gaspar durmió ya en paz y sosiego las posteriores noches, si bien un tanto disgustado por el *run run* ahora burlesco que circulaba por el pueblo, y el haber tenido que casar tan inconvenientemente á su única hija.

«¡Mariucha casada con el hijo del tío Serapio, que casi siempre fué criado de su casa!

Aquello soliviantaba el espíritu orgulloso del ricacho. Pero no había más remedio. Mariucha engruesaba más cada día, embrujada por aquel maldito duende... ¡El duende del amor! Que ese sí que se cuela subrepticamente por el resquicio más estrecho; el del alma...

XIII

¡POBRE ALICIA!

NUNCA podré olvidar el pesar que me causó aquella infeliz criatura, tronchada su dicha por el zarpazo horrible de la fatalidad.

Hará esto unos diez ú once años, época en que yo residía en Valladolid como oficial del regimiento de Isabel II.

Cierto día, domingo por más señas, disfruté la grata sorpresa de encontrarme con un antiguo amigo, al cual ya hacía bastante tiempo que no veía.

Fuimos amigos durante una porción de años, por lo cual uno y otro experimentamos gran alegría al encuentro.

Me dijo que era médico titular de un pueblecito cercano á Valladolid: Unos dieciocho kiló metros á lo sumo.

—Sí, chico;—añadió festivamente: He recorrido toda Castilla siendo el «matasanos de sus aldeas y villorrios».

Yo me reí de la frescura de mi amigo, que

por lo visto justificaba aquel dicho de Salomón: «Jamás olvidará el hombre en su ancianidad el camino que hubiese emprendido en su infancia...»

Había sido siempre díscolo estudiante y juer-guista empedernido. Pero á la vez dotado de los más generosos sentimientos que el corazón humano puede albergar... Fué, en fin, un cariñoso y excelente amigo, ecuánime en su querer y munífico en el otorgar.

—Oye,—díjome después de un largo rato de amena charla, en la cual nos contamos mutuamente nuestras respectivas vidas durante aquel lapso de tiempo que no nos veíamos:—Tienes que ir á mi pueblo á pasarte unos días conmigo. Vete dentro de unos quince días, el ocho de Mayo, que es la función del pueblo.

Se lo prometí.

—Pero no dejes de ir ¿eh? Te espero con verdadero interés, y tú ya sabes, puesto que también me conoces. El que me promete una cosa y no me la cumple... me causa profundo y apenado enojo.

Yo me reí reiterándole mi promesa. Iría. Nos separamos hasta el ocho de Mayo.

Y efectivamente. Ese día estaba yo en el pueblo donde mi amigo ejercía su profesión, con gran fama de excelente sujeto, y médico un tanto corto en sus conocimientos profesionales.

Comprendí que le habían conocido perfectamente. Llegué muy pronto al pueblo; á las ocho

de la mañana. Mi amigo ya había terminado su visita. Me dijo que tenía muy pocos enfermos, y sin peligro. Y como aquel día era de gran solemnidad en el pueblo, habíase levantado temprano para concluir cuanto antes su deber.

Pasamos agradable rato de conversación. Luego, después de almorzar, fuimos á misa... la misa solemne é indispensable en todo pueblo que celebra su función. Y de aquí paso á lo interesante, á mi cuento.

Era por la tarde; las cinco aproximadamente. Jugábamos en casa del párroco una porción de personas, en distintas mesas y á juegos diferentes. En unas jugábase al tute, al tresillo en otras, y en una ocupada por dos guardias civiles y otros dos del pueblo, labradores de poca importancia según colegíase por su trapío, jugaban al mus.

Yo jugaba al tresillo con dos curas forasteros y el secretario de ayuntamiento. Mi amigo se las entendía al mismo juego con el párroco del pueblo y otros dos labradores bien acomodados, y otras dos mesas ocupábanlas los tutistas que, sobre todo los de una de ellas, debían ya tener despellejadas las falanges de sus diestras según los furibundos puñetazos que descargaban sobre el tapete al echar cartas.

No sé quien lo propuso. Pero el caso es que al instante fué aceptado con placer por todos. «Había que dar un paseito por el baile para desentumecer los miembros».

Salimos de la casa rectoral. Esta se hallaba en el centro del pueblo, junto á una plazoleta.

No se advertía el más leve ruido que denotase que el pueblo se hallaba en fiestas.

Interrogué á mi amigo. «¿Y la gente? No veo á nadie».

Están al baile, me contestaron; allá vamos nosotros ahora...»

Bajamos por una calle estrecha y larguirucha, que desde el centro del pueblo, desde la plaza, salía á las afueras.

Casi todas las casas hallábanse cerradas. En algunas veíase á sus dueñas cerrar las puertas y reunirse luego á varias mujeres que las esperaban... y llenando la calle con sus ropajes negros, caminaban pausadamente delante de nosotros.

Al fin salimos del pueblo. Y muy cerca de éste, en una era extensísima, que según me informaron servía para el desgrane de sus cosechas á la mayor parte del vecindario, hallábase el baile. Un baile popular, democratizado por el fraternal contacto de una y otra clase; la patronal, digámoslo así, ó sea los labradores, los propietarios... y la clase obrera, los proletarios de los pueblos rurales.

Desisto de extenderme en minuciosidades, describiendo lo que ustedes conocen tan bién como yo. Un baile de pueblo en día de función...

Una dulzaina que preludiaba con lastimeros quejidos el vals más patético y melancólico que

darse puede. Un redoblante que la acompañaba con violento *tarraaan catacatán...* de sus palos que descargaba con garbo sobre el duro parche de la caja, y el conjunto polícromo de tantas parejas de tan distintas edades y sexos.

Los señores sacerdotes no quisieron acercarse al baile, yéndose en paseo reposado por un caminejo que salía á la carretera.

Los demás nos entramos en la era hendiendo la muchedumbre heterogénea de paseantes y bailadores.

Mi amigo me propuso dar un largo paseo fuera del bullicio del baile.

Así lo hicimos, yéndonos por un camino opuesto al que llevaban los sacerdotes y que atravesando también la carretera conducía á los lagares del pueblo, muy alejados de éste.

Paseábamos tranquilamente en plácida conversación, sostenida únicamente con remembranzas de nuestra juventud, de aquellos años inolvidables para nosotros, en que tan amigos fuimos...

De pronto mi amigo se interrumpió señalándome disimuladamente á dos mujeres, que muy cerca de nosotros y hasta entonces ocultas tras de un recodo del camino, hallábanse sentadas sobre el verde césped de una lindera.

—Fíjate bien, Luis, en una de esas mujeres, en la joven.

Pasamos muy cerca de ellas, sentadas en la lindera que bordeaba el camino y de cara á éste.

Mi amigo paróse á saludarlas, obligándome á mí la urbanidad á hacer lo propio. Entonces tuve ocasión de fijarme bien en la joven, escrutando su rostro con verdadera insistencia policiaca.

Quedéme absorto, dolorosamente conmovido ante la expresión de mustia melancolía que su aspecto denotaba.

Era una joven alta y rubia. Sus cabellos de un dorado muy vivo, destellaban irisaciones bellas al reflejo del sol ya muy próximo á su ocaso. Su rostro, de perfil correctísimo, debió haber sido de rosada y tersa epidermis; según testimoniaba la aurifera color de sus cabellos y el principio de la frente, blanca, lechosa junto al nacimiento de la cabellera rubia.

Pero ahora, ¡oh dolor! Aquel rostro hallábase invadido por una infernal plaga de hoyos virulentos, semejante á una hermosa naranja que picotearan los pájaros. Su color era negruzco, algo achocolatado, la color característica de los virolosos. Y los ojos... ¡Oh, qué lástima! Aquellos ojos que yo me los figuraba así, no sé por qué, antes de la enfermedad horrible: «Grandes, porque así aún lo eran—que el tamaño no mermó la enfermedad tajante de la belleza,—azules, de limpidez etérea, por consonancia de aquellos cabellos rubios, que atraían del sol los bellos reflejos de su disco de oro; y de mirar dulce y placentero, porque aquella joven, todo belleza, todo armonía, necesariamente habría de ser buena...

Pero ahora era una lástima contemplarlos. Apabullados y mustios, tristísimos, miraban estráxicos expeliendo, en su mirar dolorido, todo el sinsabor de aquella alma atribulada. Era una lástima, una lástima...

La desgraciada debió comprender mi insistencia en contemplarla, porque bajó muy turbada su vista al suelo, sin levantarla más durante el corto instante en que permanecemos con ellas.

Al retirarnos la envolví en una mirada de conmiseración.

Cuando nos hubimos retirado un buen trecho, mi amigo me preguntó:

—¿Viste á esa jóven? ¿Qué te ha parecido?

—¡Oh!—contesté yo.—Debe haber sido muy bella. Pero ahora, la pobre...

—Sí—dijo mi amigo.—Ha sido muy bella, todo lo bella que tú hayas podido imaginarte. Era la joya de este pueblo y la admiración de todos los del contorno. Antes de que la odiosa enfermedad se cebase en ella, hoy, día solemne en el que las jóvenes ostentan la gala de su hermosura, ella brillaba allí, en aquel baile que hemos dejado en la era, como una preciosa dalia entre un ramillete de magnolias.

Era también tan alegre como hermosa. Y su risa vibrátil, espontánea, de alborozo infantil, estallaba á la más pueril chanzoneta en un torrente delicioso que comunicaba alegría á todos, impeliéndonos á reir.

Todo era gozo en derredor suyo. Todo felicidad, amor, bienandanza...

Yo hice un gesto de apenado asentimiento.

Mi amigo continuó:—Pero no creas que únicamente la pérdida de su belleza,—con ser pérdida tan sensible,—ha motivado esa postración moral en que vive, aislada de todos y retraída de todo lo que signifique placer y diversión, sino que hay otra causa más importante que ha troncado en absoluto la dicha de esa infeliz... Pero no te impacientes, te lo explicaré:—añadió mi amigo tomando por impaciencia el gesto que yo hice.

«Esa joven antes de su desgracia tuvo, como es fácil presumir, una porción de galanteadores que constantemente hacíanla la *rosca*. Era muy dulce panal para que no atrajese las moscas. Entre todos sus galanes, ella prefirió á un joven de Valladolid, estudiante del último año de medicina. Se enamoraron formalmente y decidieron casarse cuando él concluyese su carrera, lo que hubieran hecho si la fatalidad no se interpone entre ambos en forma de viroleta, pues el mozo con el que yo me relacioné amistosamente, demostraba, y así á mí aseguróme, que la quería lealmente.

Pero cuando al medio año siguiente de concluir sus estudios el joven, pensaban ambos novios realizar sus ensueños de amor, casándose, ella que tenía en no se qué pueblo cercano de

aquí una hermana de su padre, tuvo la malísima ocurrencia de ir á dicho pueblo en ocasión de haberse desarrollado allí la peste variolosa, que, cual si estuviese hambrienta de sangre sana, invadióla al punto cebándose con voraz encarnizamiento sobre aquella belleza admirable, cercenada como el bello vivir de las flores, cuyos tallos troncha la violencia del viento huracanado.

Desde entonces eso fué la pobre Alicia, que así se llama: «Una flor marchita y ajada...»

—¿Y el novio, amigo mío? ¿qué hizo el novio ante la desgracia que afligía á su amada?—
interrogué yo vivamente interesado en tal historia.

Mi amigo contestó con acento sardónico:

¿No lo supones? Pues el novio que tanto decía quererla, y así lo demostraba, cuando supo esa desgracia no creas que corrió á verla; ¡quia! todo al contrario. Lo que hizo fué no volver á verla más...

—¡Cómo! ¿La abandonó?

—¡Bah! Pues claro, hombre, la abandonó.

Él no amaba más que á la belleza, á la pintura; esa belleza fué destruída, la pintura raspada y... ¿A qué quería ya aquel juguete deslustrado y feo? Pues hizo como los niños hacen con los caballitos de cartón cuando éstos se desarmazan: «Despreciarlos». Y de ahí precisamente dimana la triste melancolía de Alicia, y que tú la habrás notado, así como su absoluto retraimiento

á todo lo que signifique placer. Perdida su ilusión de mujer hermosa; tronchada su dicha de novia abandonada... ¿qué la queda pues? Vivir como vive, y hace bien. «Una monja sin clausura».

Yo quedéme ensimismado, preso en un dédalo intrincadísimo de reflexiones amargas.

«¡Qué asco de vida!»

«Nosotros nos la amargamos con nuestros egoísmos vitandos. Ya que aquella niña tuvo la desgracia horrenda de perder el encanto de su belleza, ¿por qué aquel quien canturreó en su alma las dulces glosas del amor, la abandona luego que su hermosura es destruída? ¿No la quedaba el alma? ¡Bah! El alma. Es fuente de todo bien y archivo de todo mal. Lloro las penas y ríe los placeres; pero también ama la belleza y repele lo feo, lo horrible... Y como aquel estudiantillo de medicina, novio de Alicia, también poseía alma... ¡Pues ve ahí! Al perder su novia lo que á su alma agradara, repelióla ésta... ¡Sino fatal de la criatura humana! Amar y aborrecer. ¡Pobre Alicia!»

Nos hallábamos muy cerca de la era, de vuelta ya del paseo. El sol hacía rato que se había puesto, invadiéndonos ya las sombras opacas del crepúsculo vespertino.

Una suave brisa movía los trigales que rumoreaban. La carretera destacaba su blanco-paruzco de entre el fondo oscuro de los sembrados que la bordeaban, como una recta trazada con

clarión sobre la negra superficie del encerado.

En ella veíanse tres bultos que se movían andando reposadamente. Eran los señores sacerdotes que volvían de su paseo. Allá, casi perdido en la umbría, notábase el pueblucho, designado sólo por alguna que otra luz que se escapaba por las ventanas abiertas de algunas casas próximas.

Más acá distinguíase la era, y en ésta el baile que semejaba un enorme panal hollado por milares de himenópteros.

De allá, del pueblo, llegó á nuestros oídos el melancólico repiqueteo de las campanas que tocaban á la oración. Los señores sacerdotes detuvieronse un corto instante fuera de la carretera... Rezaban.

La dulzaina dejó oír entonces su melódico ritmo de notas, tocando una habanera exageradamente patética. Los doloridos *pipeteos* del clásico instrumento, resonaban casi lúgubres en la quietud silenciosa de los campos. Parecía cual si el dulzainero afectado de misantropía, quisiere, tocando, llorar las penas de su alma...

Aquello predisponía al sentimentalismo. Yo, inconscientemente, giré mi vista á la derecha, y en otro camino que también afluía al pueblo, pero algo más alejado de la era donde se celebraba el baile, distinguí confusamente dos bultos negros... y también maquinalmente exclamé:

«¡Pobre Alicia!»

ANTE TODO LA LEGALIDAD

I

SERIAN aproximadamente las diez de la noche. Una noche fríasima, con furioso ventisco que azotaba los yertos rostros, silbando al encrucijarse entre las oscuras calles de apretujadas casas. En el hediondo tugurio de una callejuela estrecha y solitaria, mal alumbrada por la lejana luz de una bombilla colocada en la aguda esquina de otra calleja hermana y sentados sobre desvencijadas banquetas en derredor de toscas y mugrientas mesas, apuraban sendos vasos de vino tinto varios individuos de rostro sucio y callosas manos. Eran obreros de un almacén de maderas, propiedad de D. Arturo Ruipérez.

Todos hablaban con animado manoteo y gesticulaciones airadas de oradores enardecidos por la pasión de sus ideas, y los efectos perturbadores del tintillo trasegado.

Era una buena noche, ya que no una Noche Buena. Víspera de elecciones de concejales.

En el pueblo, pueblo grande con pretensiones de ciudadela, cabeza de partido con plaza de toros y cine todos los domingos, advertíase una animación inusitada, un alboroto de mil diablos. Parecía que todos sus vecinos, tocados de monomanía y epilepsia, se dieron por recorrer turbulentamente las calles todas de la población, turbando el reposo ordinario con sus descompasados gritos que al fin paraban por ahogarse en el reducido espacio de los vinosos tabucos.

Era noche de grandes borrachos, de excelentes oradores. Todos bebían, todos hablaban... Quien no lo hiciera, no era hombre de valor ni buen español en vísperas de elecciones.

Y bebían, bebían... con loco deleite de viciosos vinícolas; con la fruición de los que acostumbran ponerse *curdas*. Y lo que maravillaba era que cuanto más bebían, más hablaban... pero con el desconcierto y desvarío de los que han dado asilo en su cerebro al último mono.

Los electores concurrentes al tugurio en cuestión pasarían de veinte sin llegar á treinta.

Ya no podían jugar. Los más fuertes, los que aún se resistían á los desastrosos efectos de la suprema embriaguez, debatíanse con las cartas en la mano, confundiendo ya lamentablemente las jugadas y hasta las expresiones. Por decir «mus» decían «vino».

Por el suelo rodaban abandonadas viejas y mugrientas fichas del juego del dominó. Algunos ya, con los fornidos brazos sobre las envinadas mesas y en ellos apoyadas sus cabezas rendidas por la fuerza del *morapio*, roncaban ruidosamente alternando sus ronquidos en gran desconcierto con las estentóreas voces de los que padecían borrachera charlatana.

Éstos hablaban de firme. Convertidos en improvisados oradores, declamaban tribunicamente acerca del resultado de la próxima lucha electoral.

Para ellos era indudable. El triunfo de su partido sería al siguiente día un hecho ciertísimo. Si en el pueblo no había más que un rey... su amo, el rico propietario y acaudalado comerciante D. Arturo Ruipérez, candidato en las próximas elecciones municipales.

—Amos á ver—decía un elector perorando sobre la mesa, puesto de rodillas y sentado sobre sus talones para así tener más estabilidad.—¿Vais á dudar del triunfo de nuestro amo? Seríais unos asnos, porque ¿quién sería el gachó que lograra echar la *pata* á D. Arturo en las *ileciones*? Ni el mismo Maura que viniera con todo su palique ni toda su juerza política, podría derrotarle.

Un gruñido de aprobación sucedió á estas palabras. Los oyentes aplaudían todos con gran entusiasmo, descargando terribles ganchazos en el mugriento tablero de la tosca mesuca.

De repente todos enmudecieron. La puerte-

cita de la tasca abrióse bruscamente y un hombre decentemente vestido con traje negro y sombrero flexible de anchas alas, entró cerrando tras de sí la puerta.

Era el señor Melitón, administrador de los bienes de D. Arturo.

Venía á darles buenas noticias, á participarles la gran posibilidad de triunfar en las elecciones.

Había recorrido todos los puntos de reunión de los electores, en los cuatro distritos electorales que en el pueblo había, y en ellos halló el convencimiento plenísimo del más ruidoso y admirable triunfo. «¡Ea! No asustarse, señores, la elección es nuestra...»

Y habiendo adquirido con la inconsciencia de la costumbre, en aquella noche sembrada de clubs políticos, de oradores mediocres, la facilidad de expresión necesaria para endilgar un discurso en cada reunión de aquel matiz, expuso ante la turbada atención de sus emborrachados oyentes, todas las impresiones recogidas en los distintos centros políticos—expresión suya aplicada á las tabernas donde se reunían los electores.

«Que la elección del siguiente día la tenían ganada, era un hecho. No había más que ver el entusiasmo que derrochaban todos sus partidarios, llenos de fe y esperanza en la causa. No así los otros, los del otro bando, que, cual si ya cogiesen la dura derrota que los esperaba, demos-

traban un desaliento grandísimo, una amargura infinita.

Eso lo sabía él por espías que prudentemente había enviado á sus reuniones.»

Luego los arengaba á ser firmes y tenaces para oponerse á las fuerzas contrarias.

Si por causa de alguna decepción que no se esperaba, la elección corriese peligro de perderse, duro y á ellos; á palo limpio arrebatárlenlos los votos. Que jamás se dijera en el pueblo, que los electores de D. Arturo Ruipérez habían sido derrotados por sus contrarios, cuando éstos eran notoriamente menos borrachos y brutos que ellos.

Estas últimas palabras eran acogidas con grandes muestras de aprobación por el auditorio que pasaba la borrachera en pie.

«Aquello sí que era una gran verdad, que ellos demostrarían al día siguiente. Si el señor Melitón veía que la *ilección* no se ganaba, no tenía que hacer más que guiñarles un ojo, y en un periquete harían pedazos á la *urnia* y hasta al presidente si se enfurruñaba. ¡*Güenos* eran ellos para sufrir *emposiciones!*»

El señor Melitón manifestóles su satisfacción pagándoles más vino.

«¡Ala! A beber. Cuanto más vino, más borrachos. Cuanto más borrachos, más valientes.»

II

Igual vocerío y desconcierto é idénticas bo-rracheras, predominaba en una grande tasca con visos de café ó bar á la moderna.

Aquí los bebedores pasarían de cincuenta; nadie dormía, y todos hablaban con estentóreos vozarrones, viciando la atmósfera con el nauseabundo olor de sus alientos envinados.

Unos sentábanse alrededor de mesas bajucas y redondas. Los más, de pie y formando grupos circulares, bullían y se agitaban, avanzando y retrocediendo para así dar más fuerza á sus argumentos discursivos.

Eran electores del bando contrario á D. Arturo Ruipérez, afiliados al partido de D. Cosme Cortinejo.

El señor Melitón, ó estaba él engañado ó trataba de engañar á sus partidarios cuando los decía que sus rivales desfallecían, faltos de ánimo y absolutamente desalentados para entablar la grande y titánica lucha electoral.

Todo al contrario, hallábanse si se quiere tanto ó más animosos y entusiasmados que sus beligerantes electores.

Para ellos era de una certeza rotunda el triunfo de su causa en las próximas elecciones municipales. Su jefe, el prestigioso D. Cosme, saldría

concejal para poder ser elegido Presidente del Ayuntamiento; sería alcalde.

¿No lo merecía mejor que el *otro*, aquel mentecato de D. Arturo? Buena diferencia había de uno á otro. Los dos eran muy ricos, sin diferencia alguna en esto. Pero D. Cosme era más distinguido... más ilustre... vástago de una nobilísima familia. ¡Como que hubo quien dijo de él que procedía por sucesión directa del mismísimo conde Fernán-González! ¿Esto no era de atender? Luego era abogado, y de talento según decían; aunque nunca había informado en ninguna Audiencia. ¡Pero lo que es en el Ayuntamiento...! Había que oírle.

Y en estas y parecidas frases discurrían los electores, prodigando los más hiperbólicos elogios á su jefe político, y por ende candidato en las próximas elecciones.

Estas ya se aproximaban. Muy pronto amanecería, y los electores irían desde las tabernas á ejercer el sufragio á sus respectivos colegios electorales.

Ellos no se acostaban. Fijos allí, ante los jarrros llenos de espumoso vino, esperarían la hora señalada para la votación. Así no había desertores que, después de comer y beber á costa del candidato *A*, trocasen la papeleta votando por el candidato *B*.

Irían todos en pelotón, compuesto cada uno de estos, no sólo por electores de un mismo partido,

sino por los que juntos bebieron y se emborracharon. Así era más fraternal la idea que los unía...

III

La elección verificábase con excelente orden, y sin haber tenido aún que lamentar incidente desagradable alguno.

Todos habían ido desfilando sucesivamente ante la urna, depositando en ésta el voto que la Ley del sufragio les concedía.

A primeras horas de la mañana, cuando del resultado de la elección no podíase aun colegir quién triunfaría, los electores de uno y otro bando conservaban una severa corrección, hija de la esperanza que á unos y á otros animaba á creerse respectivamente triunfantes. Mas cuando se aproximaba la hora del escrutinio, y ya la transparente urna mostraba su oronda cavidad llena de blancas y enrolladas papeletas, unos y otros perdieron aquella correcta y respetuosa compostura, mostrándose inquietos y desasosegados, con una inquietud y un desasosiego de bien distinto carácter y colorido.

Los parciales de D. Cosme Cortinejo, el distinguido abogado y noble vástago de la caballerosa estirpe de los primeros Condes de Castilla, mostraban en sus semblantes y aptitudes un regocijo grandísimo; una alegría inmensa.

«La elección era suya, la tenían ganada».

En cambio, los Ruiperistas, con faz fosca y mirada colérica, con gestos airados de rencorosos odios, denotaban el rabioso pesar que les causaba la sensible derrota que ya concebían.

Unos y otros formaban grupo aparte dirigiéndose recíprocamente el fulmíneo encono de sus miradas encendidas.

Los que esperaban ganar, con aire insolente de burlesco sarcasmo. Los que creían perder, con la iracundia colérica del más retador enojo...

El local donde se celebraba el escrutinio hallábase repleto de electores. Todos querían presenciar el acto.

Algunos, tanto de una como de otra parte, tenían largas tiras de papel donde anotaban los electores que iban votando; era la obra de los más entusiastas que habían seguido desde un principio el curso de la elección. No faltaba quien, con el lápiz en ristre llenaba la pared del local con operaciones aritméticas, tratando de averiguar así el resultado exacto del escrutinio.

Mas el convencimiento era pleno. Los Ruiperistas perdían. Muchos de estos faltaban...

El señor Melitón al frente de un numeroso grupo de electores, acercóse á la mesa con siniestro talante. Todos sus parciales iban armados de sendos garrotes. El presidente de la mesa ordenó que se retiraran... «Allí no se permitían palos».

El señor Melitón protestó. «Bueno es que no

se permita introducir palos ni ganchas en el local; pero tampoco debía permitirse cometer abusos electorales...»

Los Ruiperistas gruñeron aprobando las palabras de su subjefe.

El Presidente vociferó indignado:

—Aquí nadie comete abusos. La elección se ha verificado con la más absoluta legalidad.

Aprobación por parte de los de D. Cosme. Protestas de los Ruiperistas.

Uno de estos, el más entusiasta, capataz de una tanda de obreros en una de las numerosas explotaciones del candidato presuntamente derrotado, adelantóse al grupo diciendo con voz ruda y garrasperosa.

—La *ilección* no es legal; los de D. Cosme se han dedicau todo el día á comprar votos. A mí *mesmo* han tratau de *forzarme*...

—¡Mentira!—protestaron á una voz varios Cosmistas.

—Ese borrego no sabe lo que dice,—arguyó una voz vinosa.

—Está borracho y *velay*,—añadió otra.

—¿Quién es el borrego? ¿quién el borracho?

Y los Ruiperistas, blandiendo las enormes ganchas, vociferaban turbulescamente no percibiéndose más expresiones que las que dieron origen al tumulto. «El borrego... El borracho...»

Los de D. Cosme también blandían ganchas. El señor Melitón guiñó un ojo á sus parciales.

¡A ellos, muchachos!

Y mientras unos disponíanse con buen fin y con la mejor voluntad á romperse la crisma, otros acercáronse á la mesa descargando poderosos garrotazos sobre la fragilísima urna.

Y aquí fué Troya.

Voces, gritos, blasfemias, insultos... Pedacitos de vidrio que chascaban bajo los gruesos zapatos de los contrincantes; papeles arrebujados que se ensuciaban entre el polvo del pavimento... Estacazos y mojicones; coces y mordiscos... Y la vinosa voz del capataz que, puesto de pie sobre la mesa, gritaba:

—¡Compañeros! Hemos ejercitau nuestro derecho de *ceudanía*, salvando á la Ley de atropellos vergonzosos...

LAS MALAS LENGUAS

—Sooó. Llegamos;—dijo el señor Simón arrojándose del carri-coche, y metiéndole por unos anchos portones á un espacioso corral cubierto de estiércol que picoteaban ufanas varias gallinas.—Ya pueden apearse ustedes, señores, esta es su casa.

Así lo hicieron los señores; una elegante y distinguida pareja, que atrajo con su aspecto de señorial elegancia á un buen grupo de chicuelos que no lejos de allí jugaban á la pelota.

—¿Qué les parece á ustedes los alrededores del pueblo?—interrogó el señor Simón vagando su vista por el vasto horizonte, y extendiendo el diestro brazo en todas direcciones, cual si quisiera señalar lo más notable del paisaje.

—¡Hermosísimo! ¡admirable! ¡deliciosamente pintoresco!—exclamó el caballero contemplando extasiado la extensa campiña cubierta de árboles, y prestando á la señora que le acompañaba los grandes gemelos de teatro con los que había

auxiliado el órgano perceptor de las sensaciones ópticas.

—Ya se lo dije yo á usted, D. Lucas,—insinuó risueño el señor Simón, cual si gozase al ver sentir á su huésped una admiración que ya él había anunciado.—El paisaje de Buena Vista es insuperable. Todos los que aquí vienen ó pasan al azar, aseguran que pocos pueblos gozarán de Naturaleza tan rica y variada.

—Efectivamente, es preciosísimo,—corroboró la señora devolviendo los gemelos á D. Lucas, el cual volvió á encajárselos en la cavidad circular de sus órbitas, interin aquélla proseguía:—Mira, Lucas, fíjate en aquellas montañas tan altas y escarpadas, cuyas vertientes laterales hállanse cubiertas por tantos bultitos verdosos y redondos, que forman líneas rectas y simétricas; deben ser pinos. Y miró al señor Simón que, sonriente y benévolo, confirmó lo dicho por la señora.

—¿Y aquella otra montaña cónica de al lado, en cuya cúspide parece notarse así como la inmensa mole de un castillo? ¡Oh, Lucas! ¡qué precioso es todo esto! ¡qué pintoresco!

El señor Simón restregábase las manos satisfecho. Mientras desuncía el jamelgo del coche, pensaba en la posibilidad de que aquellos señores tan distinguidos, tan elegantes, quedarían allí, en aquel pueblo que tanto les agradaba y por tanto en su misma casa, á pasar toda la temporada de estío; y su estrecha mente de cal-

culador roñoso, comenzó ya á hacer el resumen de ganancias líquidas que á su bolsa reportaría la larga estancia de aquellos señoritos tan encoquetados.

El marrullero se relamía ya con la cuenta que al finalizar la temporada les pondría. Sería una cuenta digna de ellos; una cuenta de grandes señores; de príncipes, de duques, de...—¡Simón!—oyóse de allá fuera. Era la voz del señor. No había que impacientarle; había que servirle bien.. A quien bien se sirve bien paga.

Sonriente, encorvado el espinazo, con la gorra en la mano y con servil humildad, corrió hacia D. Lucas que le dijo:—Mi esposa y yo agradándonos la vistosa campiña y bella posición de este pueblo, hemos decidido pasar en él una larga temporada. Y puesto que usted tiene alojamiento de sobra en casa, y desde ella se descubre perfectamente tan rico y variado panorama, en ella nos quedaremos; ya está usted, pues, advertido.

Al señor Simón le relumbraban los ojos; aquellos ojillos parduzcos de zorro avaro... Al fin se quedaban. Ya era un hecho; lo decía el señor... ¡Qué cuenta, Dios mío! ¡qué cuenta! Ufano y diligente corrió á bajar el baúl del carruaje; pero antes de llegar á éste paróse sorprendido ante el lejano y sordo griterío de muchas y distintas voces...

D. Lucas y su señora también prestaban atención. Los muchachos, que satisfecha su cu-

riosidad habían vuelto á reanudar su juego, abandonaron de nuevo éste dejando que la forrada pelota rodase inconsciente hasta hundirse entre el fango de un arroyuelo próximo.

Uno de ellos habíase subido sobre una elevada y medio derruída empalizada. Desde allí, y á guisa de atalaya, descubría un buen número de calles del pueblo...—Corrí, corrí; miray cómo riñen la tía Celipa y la señá Tomasa;—gritó arrojándose al suelo y poniéndose con presteza la chaqueta. Los compañeros le imitaron y como por encanto desaparecieron.

El señor Simón miró muy preocupado á sus huéspedes.—¿Y nosotros qué hacemos, señores?

—¡Ah!—contestó D. Lucas:—Quedarnos en casa. ¿A nosotros qué nos importa que los vecinos riñan, si no conocemos á nadie...?

Sí, pero yo...—replicó el señor Simón arrascándose la cabeza:—la que riñe es la señá Tomasa; y... tiene una lengua que... ¡Válgame Dios! Y echó calle arriba seguido de sus huéspedes á quien no agradaba quedarse solos en casa extraña.

La trifulca había llegado á su más culminante período. Las dos comadres que en la calle debatían sus diferencias y antagonismos, manoteaban con grandes chillidos en medio de un gran círculo de espectadores que complacidos asistían á tan divertido espectáculo.

—¡Vaya con la bribona! ¡la rufiana!—gritaba la señá Tomasa contestando á otra sarta de piro-

pos de aquel color que la tía Celipa habíala propinado.

—¿Yo rufiana?—chilló ésta agitando sus robustos brazos, é hinchadas las venas de su garganta de mujer bravía:—usted sí que es una rufiana, y una perdida, y una... ¡Pero bueno! No quiero golver á hablar más con una tía lindrosa como usté. ¿Sabe usté con quién tiene que reñir?—añadió recalcando las frases que expelieron sus labios, rudas y ásperas cual latigazo de gañán selvático:—¡Pues con éste! Y dándose con su diestra un soberbio manotazo en cierta maciza redondez, alejóse iracunda pero digna en su altivez al mirar complacida el gran pelotón de espectadores, los cuales corearon con grandes carcajadas aquella oportuna retirada; verdadera retirada por el *foro*, como dijera algún chusco malicioso.

A la señá Tomasa no pareció agradarla tal fin. Era el triunfo de su rival... ¡Demonio! Ella jamás lo consentiría.—¿Habrás visto la endecente?—chilló mirando con los ojos refulgentes de ira á la apiñada multitud.—¡Oiga usté, tía bruja!—añadió dirigiéndose hacia su contricante que muy ufana se alejaba con gran contoneo de sus bien dotadas caderas:—¿Se ha olvidau usté de cuando venía á unirse en mi casa con el señor Simón, con quien andaba en relaciones malas á escondidas de su marido el bonachón de Juanelo?—D. Lucas miró maliciosamente al señor Si-

món que se hallaba rojo de vergüenza:—Entonces sí que era yo güena, ¿eh?

La tía Celipa volvió al campo echando chispas;—si yo he andau con el señor Simón,—gruñó,—usted lo hizo con Marcelo el marido de la Micaila, que les pilló un día en el huerto de «*allá abajo*».

Sí y sí,—gritó furiosa la Micaela; una mosquita muerta con cara de comer lentejas:—usté, señá Tomasa, si qués una verdadera bruja; una endecente; una golfina...

¡Calla tú, merluz! Si no pues echar la voz de adrento, según estás de pocha, endina;—replicó la señá Tomasa espumajosa de ira.

Una pariente de la Micaila intervino en defensa de ésta. Luego también quebró lanzas una sobrina de la señá Tomasa, y al fin y á la postre se armó una de chillidos, voces, manoteos y escobazos; coreado todo ello por un repertorio vil de insultos, los más soeces, que D. Lucas temiendo con razón que aquella algarada de mujeres se trocase en sangrienta lucha de hombres, (que tras de lo uno suele venir lo otro) hizo una señal al señor Simón que aún se hallaba corrido y avergonzado, y tomaron la vuelta de casa.

El carruaje hallábase tal como ellos habíanle dejado. Las gallinas seguían impávidas picoteando el estiércol del corral...

Enganche usted el caballo, señor Simón; nos

vamos,—ordenó D. Lucas. El avaro abrió tamaña boca.—¿Se van...? ¿Los señores se van...? preguntó balbuciente.

—Sí, señor; nos vamos. No queremos pueblo.

—No comprendo, señor;—arguyó tenaz el señor Simón, en su obsesionado egoísmo de no dejar marchar la cuenta de marras:—Antes les agradaba el pueblo; ahora quieren irse de él... Ya ve usted, D. Lucas; el *paisaje es bellísimo; delicioso el clima, los aires sanos...*

—Sí,—replicó friamente D. Lucas:—*Pero las lenguas son muy dañinas.*

EPÍLOGO

D. Lino calló. Volvió á dar un buen atizón á la lumbre ya mortecina y débil, y luego de un traguito de agua con que remojó la garganta, seca por tan larga relación, miró con sonrisa bondadosa á sus oyentes atentísimos, sin que sus labios ya se desplegaran. Había acabado.

Comprendiéndolo así los contertulios, trocaron el atento silencio con que le habían escuchado, en esa confusa algarabía en que varias y distintas voces comentan los episodios relatados en una narración ó en un discurso.

Cada cual comentó lo que más le hubo agrado, y que por tal razón quedó mejor grabado en sus mentes.

Y todos los contertulios, indiferentes al estilo y forma, emitían sus opiniones fundados en el fondo y asunto de cada cuento, olvidados del ropaje fraseológico con que fueron expuestos.

Quién aseguraba que el mejor de los cuentos contados por D. Lino en aquella noche, era aquel en el cual demostrábase lo que vale el agradecimiento de un obrero sensible á las cariñosas atenciones de su amo.

Tal cual decía que no había comparación entre ese y aquel otro que aleccionaba á las jovencitas, á ser prudentes en sus relaciones amorosas, posponiendo el amor carnal que se siente por el novio, al filial que sentimos por los padres.

Un viejo recordaba el cuento quinto de don Lino; aquel intitulado, «*Juventud viciosa vejez ambrienta*». Y su voz cascada y débil glosaba aquella advertencia á la juventud inexperta, cuando en los años mozos descuidamos la virtud inapreciable del trabajo, entregándose á crapulosidades y vicios que, mermando la fortuna predispone á la vejez indigente, llena de frío, que tan sensible es en ese ocaso tristísimo de la vida.

La señora Basilia, dueña de la casa, también emitió su opinión. Según ella el mejor de todos fué el sexto. Una risilla maliciosa de las mujeres, coreada por la carcajada brutal de los hombres, hizo sonrojarse á la viuda que rectificó ofendida. —No hay por qué el reirse de esa manera, que ya saben ustedes á cuál me refería, pues quise decir el sexto cuento de D. Lino. Aquel que se dice, «El botijo del mochil». ¿Pues no les parece á ustedes que es cual si efectivamente D. Lino hubiese experimentado la horrible sed de un día asfixiante? Tal fué su exactitud en describirlo.

A mí—dijo una mocita rolliza y coloradota, que se sofocaba al hablar viéndose mirada por la concurrencia,—el que más me ha gustado

es aquel llamado «Un fatuo». ¡Pero qué graciosa era Manolita, y qué calabazas más rotundas dió á aquel tontón que se creía amado por todas! ¡Bien hecho, anda! ¡que se fastidie!

Así fueron los contertulios desmeluznando y comparando los cuentos todos de D. Lino.

Éste los oía reposadamente reclinado sobre su asiento. Y cuando alguno de los críticos requería su asentimiento para hacer valer su opinión, se sonreía bonachonamente y encogiéndose de hombros, permanecía silencioso, como diciendo: «Yo os lo conté, juzgarlo ahora vosotros.»

La discusión fué poco á poco perdiendo fuerza. La señora Basilia había ya llenado por segunda vez de aceite el velón, y el agua del botijo habíase terminado.

D. Lino sacó su reloj.—¡Caracoles!—exclamó consultando la numerada esfera.—La una y media, señores, la sesión ha sido larga.

Un movimiento brusco prodújose en la estancia. El movimiento característico de una tertulia que se pone en marcha... Ruido de sillas al colocarlas en sus sitios respectivos, el áspero raspar de las cerillas que se encendían para otorgar su luz á farolillos mugrientos, y alguna que otra tos acompañada del oportuno estornudo, amen del suave crujir de los cigarros que se fajaban con el fin de fumarles por la calle.

Luego todos y sucesivamente fueron saliendo, profiriendo el clásico...

—Vaya, hasta mañana. Descansar.

D. Lino salía el último, y algo más fino y cortés, decía antes de embozarse:

—Buenas noches, señora Basilia.

—Buenas noches, D. Lino—contestaba ésta ya adaptadas sus costumbres á las costumbres urbanas del capitán.

Entonces, en aquella hora melancólica que tan bien sienta la compañía y tan triste es el hogar solitario, la señora Basilia se acordaba de las estrellas del señor capitán, y el señor capitán pensaba en el escabeche y arroz de la señora Basilia... Demostrando con esto que no eran muy aventurados los comentarios malévolos de solana.

Cada cual fuése á su casa. La señora Basilia cerró la pesada puerta de la suya, terminando así en agradable concordia aquella invernal noche, sosegado el espíritu, libre de todo lastre de rencorosos antagonismos.

¡Costumbres sencillas y buenas, muy dignas de ser imitadas!

.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria.....	5
Al lector.....	7
Prefacio.....	9
Amor filial.....	15
El juramento.....	25
Gratitud.....	35
Un fatuo.....	55
Juventud viciosa, vejez hambrienta.....	87
El botijo del mochil.....	95
Dos lunas de miel distintas.....	103
Patriotismo.....	137
Excursión.....	147
En la fuente.....	155
Fruto de amor.....	165
Quiénes eran los duendes.....	179
¡Pobre Alicia!.....	193
Ante todo la legalidad.....	205
Las malas lenguas.....	217
Epílogo.....	225



